



TROTSKY, por G. Amador.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*Nuestra
revolución*

*Ensayos sobre la revolución
obrera e internacional*

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov

Valencia, agosto de 2024

germinal_1917@yahoo.es

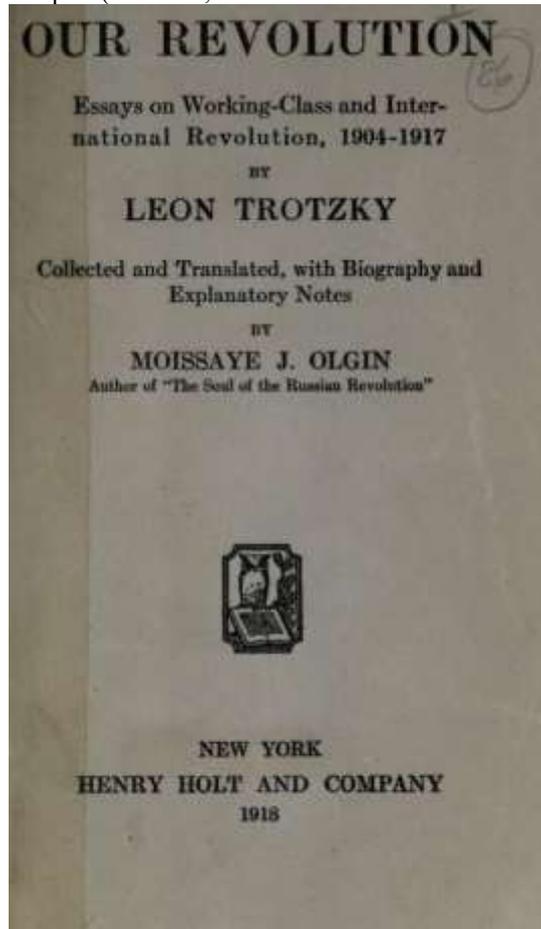
Edicions internacionals Sedov



Por primera vez en castellano, en esta serie ofrecemos esta obra publicada en 1918 por la editorial Henry Holt and Company, de Nueva York, con textos recopilados, traducidos y anotados por Moissaye J. Olgin, y bajo el título *Our Revolution; Essays on Working-class and International Revolution, 1904-1907*. M. J. Olgin, que hablaba con fluidez varios idiomas y era autor de varios libros sobre la cultura rusa y yiddish, se plegó por completo a la reacción del estalinismo contra el bolchevismo y tras el ascenso de Stalin al poder después de la muerte de Lenin y la expulsión de León Trotsky del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1928, e inmediatamente antes de las grandes purgas de los viejos bolcheviques (Zinóviev,

Kámenev, Bujarin y otros) en 1935, publicó una de las obras clásicas antitrotskyistas, *Trotskyismo: la contrarrevolución disfrazada*. Son hechos que una lectura atenta de su aportación en esta obra que ahora presentamos deja ya en parte explicados. Lamentamos no poder ofrecer también por ahora la obra de Trotsky, también una recopilación de textos, y titulada *Nuestra revolución (Nasha Revolutsia)*, 1906, editada “durante mi estancia en prisión” (*Mi vida. Autobiografía (con anexos)*, página 460 de nuestro formato pdf en estas OELT-EIS).

En cuanto a las lecturas complementarias, comenzamos por las ‘obligatorias’: si todavía no has leído *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución* ni, tampoco, *1905* (ambas disponibles en estas mismas OELT-EIS), será mejor que dediques tu tiempo en primer lugar a su lectura para leer posteriormente este opúsculo. Ya complementariamente, pero *muy* necesaria, *La revolución permanente*, disponible en estas OELT-EIS.



<i>Índice</i>	
<i>Prefacio</i>	4
<i>Notas biográficas</i>	5
<i>El proletariado y la revolución</i>	12
<i>Los acontecimientos de Petersburgo</i>	19
<i>Perspectivas de una dictadura obrera [extractos de Resultados y perspectivas]</i>	24
1789-1848-1905	26
Revolución y proletariado	32
El proletariado en el poder y el campesinado.....	35
El régimen proletario.....	38
Las condiciones previas del socialismo	42
El gobierno obrero en Rusia y el socialismo	52
Europa y la revolución	56
<i>El Sóviet de Diputados Obreros y la revolución</i>	62
<i>Prefacio a Mi viaje de ida y vuelta</i>	72
<i>Las lecciones de un gran año (9 de enero de 1905 – 9 de enero de 1917)</i>	74
<i>En el umbral de la revolución</i>	77
<i>Dos rostros (Las fuerzas internas de la revolución)</i>	79
<i>El conflicto en aumento (Las fuerzas internas de la revolución)</i>	82
<i>¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)</i>	83
<i>Trotsky en el estrado de Petrogrado (De un periódico ruso)</i>	85

Prefacio

Los revolucionarios rusos hemos sido desconocidos en el mundo. El mundo ha simpatizado con nosotros; el mundo exterior ha prestado ayuda y consuelo a nuestros refugiados; el mundo, a veces, incluso nos ha admirado; sin embargo, el mundo no nos ha conocido. Los amigos de la libertad en Europa y América estaban ansiosos por ver la victoria de nuestra causa; observaban nuestros éxitos y nuestras hazañas con gran interés; sin embargo, estaban preocupados por los resultados materiales. Nuestros puntos de vista, nuestras afiliaciones partidistas, nuestras divisiones fraccionales, nuestros tanteos teóricos, nuestras construcciones ideológicas, para nosotros los protagonistas de nuestras luchas revolucionarias, eran ajenos al mundo. Se suponía que todo esto era un asunto interno de Rusia.

La revolución ha dejado de ser un asunto interno de Rusia. Se ha convertido en un asunto mundial. Ha empezado a influir en gobiernos y pueblos. Lo que no hace mucho era una disputa teórica entre dos círculos revolucionarios “subterráneos”, se ha convertido en un poder histórico concreto que determina el destino de las naciones. Lo que era la concepción individual de líderes revolucionarios concretos, ahora gobierna a millones de personas.

El mundo está ahora vitalmente interesado en comprender a Rusia, en conocer la historia de nuestra revolución, que es la historia de la gran nación rusa de los últimos cincuenta años. Esto implica, sin embargo, conocer no sólo los acontecimientos, sino también el desarrollo de los pensamientos, de los objetivos, de las ideas que subyacen y dirigen los acontecimientos; conocer el inmenso volumen de trabajo intelectual que las últimas décadas han acumulado en la Rusia revolucionaria.

Hemos seleccionado la contribución de León Trotsky al pensamiento revolucionario, no porque esté ahora en el candelero de la historia, sino porque sus concepciones representan una tendencia muy definida, clara e intrínsecamente coherente del pensamiento revolucionario, muy aparte de la de otros líderes. No estamos de acuerdo con muchas de las ideas y políticas de Trotsky, pero no podemos pasar por alto el hecho de que estas ideas se han convertido en predominantes en la fase actual de la revolución rusa y que están destinadas a dar su impronta a la democracia rusa en los años venideros, tanto si el gobierno actual sigue en el poder como si no.

El lector verá que los puntos de vista de Trotsky, tal como se aplican en la Rusia gobernada por los bolcheviques, no son de origen reciente. Se formaron en el curso de la Primera Revolución Rusa de 1905, de la que Trotsky fue uno de sus líderes. Se desarrollaron y fortalecieron en los siguientes años de reacción, cuando muchos grupos progresistas buscaron compromisos con las fuerzas absolutistas. Se afirmaron especialmente durante la guerra mundial y las circunstancias que condujeron al establecimiento de un orden republicano en Rusia. Tal vez se habrían evitado muchos malentendidos e interpretaciones erróneas si la Norteamérica pensante hubiera sabido que esas concepciones de Trotsky no se crearon de improviso, sino que fueron el resultado de toda una vida de trabajo al servicio de la revolución.

Los escritos de Trotsky, además de su valor teórico y político, representan un vigor de estilo y una claridad de expresión únicos en la literatura revolucionaria rusa.

M. J. Olgin
Nueva York, 16 de febrero de 1918

Notas biográficas

Trotsky es un hombre de unos cuarenta años. Es alto, fuerte, anguloso; tanto su aspecto como su forma de hablar dan la impresión de audacia y vigor. Su voz es la de un tenor agudo que suena a metal. Incluso en sus momentos de tranquilidad parece un resorte comprimido.

Siempre se muestra enérgico. Está lleno de pasión, esa pasión mental ardiente y vibrante que caracteriza al judío intelectual. En el estrado, así como en la vida privada, presenta un aire de peculiar importancia, una cosa indefinible que dice muy claramente: “He aquí un hombre que conoce su valor y se siente elegido para objetivos superiores”. Sin embargo, Trotsky no es imponente. Es casi modesto. Es distante. En el fondo de sus ojos hay una tristeza persistente.

Era natural que él, un joven universitario dotado con una gran avidez por el pensamiento teórico, cambiara, hace unos veinte años, las sombrías aulas de la Universidad de Odessa por las frescas brisas de la actividad revolucionaria. Ese era el camino de la mayoría de los jóvenes rusos dotados. Sobre todo, era el camino de los jóvenes judíos educados cuyo pueblo estaba siendo aplastado bajo la apisonadora de la burocracia rusa.

En los últimos años del siglo XIX apenas había oportunidades para desplegar una energía inusitada en el trabajo revolucionario. Pequeños círculos de obreros escogidos, reunidos semanalmente en secreto en alguna cabaña del patio trasero de un suburbio, para seguir un curso de sociología, historia o economía; de vez en cuando, una reunión “masiva” de unas decenas de obreros reunidos en el bosque; apuntes y panfletos revolucionarios impresos en una imprenta secreta y difundidos tanto entre las clases cultas como entre el pueblo; en raras ocasiones, una manifestación abierta de los intelectuales revolucionarios, como una reunión de estudiantes dentro de los muros de la universidad: esto era prácticamente todo lo que se podía hacer en aquellos primeros días de la revolución rusa. Trotsky se entregó con toda su energía a este trabajo de preparación. Aquí entró en contacto más estrecho con las masas trabajadoras. Allí conoció la psicología y las aspiraciones de la Rusia obrera y sufriente. Este fue el rico terreno de experiencia práctica que desde entonces ha alimentado su ardor revolucionario.

Su primer período de trabajo fue breve. En 1900 lo encontramos ya incomunicado en las cárceles de Odessa, devorando libro tras libro para saciar su hambre mental. A ningún verdadero revolucionario le abatió jamás la cárcel, y menos aún a Trotsky, que sabía que era un breve intervalo de ociosidad forzada entre periodos de actividad. Tras dos años y medio de “vacaciones” carcelarias (como se llamaba al confinamiento en la jerga revolucionaria) Trotsky fue exiliado a Siberia oriental, a Ust-Kut, en el río Lena, adonde llegó a principios de 1902, sólo para aprovechar la primera oportunidad de escapar.

De nuevo reanudó su trabajo, dividiendo su tiempo entre los comités revolucionarios en Rusia y las colonias revolucionarias en el extranjero. 1902 y 1903 fueron años de crecimiento del movimiento obrero y de influencia socialdemócrata sobre las masas trabajadoras. Trotsky, marxista intransigente, partidario declarado de la teoría de que sólo los obreros revolucionarios podrían establecer la democracia en Rusia, dedicó

gran parte de su energía a la tarea de unir los diversos círculos y grupos socialdemócratas de las distintas ciudades de Rusia en un partido socialdemócrata fuerte, con un programa claro y una táctica bien definida. Esto requirió una serie de actividades tanto en los comités locales como en la literatura socialdemócrata que se publicaba convenientemente en el extranjero.

En relación con este trabajo el primer folleto de Trotsky fue publicado y ampliamente leído. Se titulaba: *El Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso* (Ginebra, 1903)¹, y trataba de las controversias entre las dos facciones de la socialdemocracia rusa que más tarde se conocieron como los bolcheviques y los mencheviques. La contribución de Trotsky fue un intento de reconciliación entre los dos campos enfrentados que profesaban la misma teoría marxiana y perseguían el mismo objetivo revolucionario. La tentativa fracasó, como muchas otras, pero Trotsky nunca perdió la esperanza de unir a los hermanos separados.

En vísperas de la Revolución de 1905, Trotsky era ya un periodista revolucionario de gran reputación. Admirábamos el vigor de su estilo, la lucidez de su pensamiento y la rectitud de su expresión. Los artículos con el pseudónimo “N. Trotsky” eran una delicia intelectual y suscitaban siempre acaloradas discusiones. No está de más decir algunas palabras sobre este pseudónimo. En la prensa norteamericana se han hecho muchos comentarios sorprendentes sobre el judío Bronstein “camuflado” bajo un nombre ruso, Trotsky. Parece ser poco conocido en este país que asumir un pseudónimo es una práctica ampliamente seguida en Rusia, no sólo entre los escritores revolucionarios. Así, “Gorki” es un pseudónimo; “Shchedrin” (Saltykov) es un pseudónimo. “Fyodor Sologub” es un pseudónimo. En cuanto a los escritores revolucionarios, el propio carácter de su obra les ha obligado a ocultar sus nombres para escapar de la policía secreta. Así, Uliánov se convirtió en “Lenin” y Bronstein en “Trotsky”. En cuanto a su “camuflaje” como ruso, esta afirmación se basa en la pura ignorancia. Trotsky no es un nombre genuinamente ruso, no más que Ostrovsky o Levine. Es cierto que hubo un dramaturgo ruso, Ostrovsky, y que Tolstoi dio a su personaje principal en *Anna Karenina* el nombre de Levine. Sin embargo, Ostrovsky y Levine son bien conocidos en Rusia como nombres judíos, al igual que Trotsky. Nunca he oído hablar de un gentil que lleve el nombre de Trotsky. Trotsky nunca ha ocultado su nacionalidad judía. Era demasiado orgulloso para disimular. El orgullo es, quizás, uno de los rasgos dominantes de su poderosa personalidad.

La Rusia revolucionaria no cuestionaba la raza o la nacionalidad de un escritor o un dirigente. Uno admiraba el poder de Trotsky sobre las emociones, la profundidad de sus convicciones, la vehemencia de sus ataques a los oponentes de la revolución. Ya en 1904, una línea de sus concepciones revolucionarias se hizo bastante conspicua: su oposición ante el movimiento liberal en Rusia. En una serie de ensayos publicados en el periódico socialdemócrata *Iskra* (Spark) y en una recopilación de sus discursos publicada en Ginebra con el título *Antes del 9 de enero*, acusó sin tregua a los liberales de falta de espíritu revolucionario, de cobardía frente a una autocracia odiosa, de no haber elaborado y defendido un programa plenamente democrático, de estar dispuestos a hacer concesiones menores a los gobernantes, traicionando así la causa de la revolución. Nadie fue tan elocuente, tan incisivo, al señalar la timidez y la mansedumbre de la oposición de los zemstvos (los zemstvos eran los órganos representativos locales para la atención de los asuntos locales, y los terratenientes liberales constituían el partido dirigente en esos órganos) como lo fue el joven agitador revolucionario “Trotsky”. La furia de Trotsky contra la política vacilante de los liberales acomodados no era más que una manifestación

¹ Con ese título se publicaron en 1903 las actas del Segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso: *1903. Segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso*. Creemos que se refiere al *Informe de la delegación siberiana*, editado también en estas OELT-EIS.

de otro rasgo de su carácter: *su deseo de claridad en los asuntos políticos*. Trotsky no concebía las medias tintas, el silencio “diplomático” sobre temas vitales, las maniobras astutas y los designios ocultos en las luchas políticas. La actitud de un Miliukov que criticaba al gobierno y, sin embargo, estaba dispuesto a consentir una monarquía de corte prusiano, que criticaba a los revolucionarios y, sin embargo, se alegraba secretamente del horror que infligían a Romanov y a sus satélites, era sencillamente incompatible con la naturaleza misma de Trotsky y despertaba su apasionado desprecio. Para él, lo negro era siempre negro y lo blanco era blanco, y las concepciones políticas debían ser tan claras como para encontrar una expresión adecuada en unas pocas frases sencillas.

La propia línea política de Trotsky era la revolución: un levantamiento violento de las masas, encabezado por el trabajo organizado, para derrocar por la fuerza a la burocracia y establecer la libertad democrática. Con qué arrebatado de ardiente alegría saludó el levantamiento del 9 de enero de 1905, el primer gran movimiento de masas en Rusia con claros objetivos políticos: “La revolución ha llegado”, gritó en un extático ensayo terminado el 20 de enero. “La revolución ha llegado. Un movimiento suyo ha elevado al pueblo por encima de decenas de peldaños, por los que en tiempos de paz hubiéramos tenido que arrastrarnos con penurias y fatigas. La revolución ha llegado y ha destruido los planes de tantos políticos que se habían atrevido a hacer sus pequeños cálculos políticos sin tener en cuenta al amo, el pueblo revolucionario. La revolución ha llegado y ha destruido decenas de supersticiones, y ha puesto de manifiesto el poder del programa que se basa en la lógica revolucionaria del desarrollo de las masas. La revolución ha llegado y el período de nuestra infancia política ha pasado.”

La revolución llenó todo el año 1905 con los gritos de batalla de las masas revolucionarias, cada vez más numerosas. La huelga política se convirtió en un arma poderosa. Las revueltas en las aldeas se extendieron como el fuego. El gobierno se asustó. Bajo el signo de esta gran conflagración, Trotsky elaboró su teoría de la *transición inmediata del absolutismo al orden socialista*. Su argumentación era muy simple. La clase obrera, escribió, era el único poder revolucionario real. La burguesía era débil e incapaz de oponer una resistencia hábil. Los grupos intelectuales no tenían ninguna importancia. El campesinado era políticamente primitivo, pero tenía un deseo abrumador de tierra. “Una vez que la revolución ha triunfado, el poder político pasa necesariamente a manos de la clase que ha desempeñado un papel dirigente en la lucha, es decir, la clase obrera”. Para asegurarse el poder permanente, la clase obrera tendría que ganarse a los millones de campesinos. Esto sería posible reconociendo todos los cambios agrarios realizados por los campesinos en tiempos de la revolución y mediante una legislación agraria radical. “El proletariado, hallándose en el poder, se mostrará ante el campesinado como la clase liberadora”². Por otra parte, una vez asegurado su dominio de clase sobre Rusia, ¿por qué habría de ayudar el proletariado a establecer el dominio parlamentario, que es el dominio de las clases burguesas sobre el pueblo? “Imaginar que la socialdemocracia participa en el gobierno provisional, desempeñando un papel dirigente en el período de reconstrucción democrática revolucionaria, insistiendo en las reformas más radicales y disfrutando todo el tiempo de la ayuda y el apoyo del proletariado organizado, sólo para hacerse a un lado cuando el programa democrático se pone en marcha, para dejar el edificio terminado a disposición de los partidos burgueses y abrir así una era de política parlamentaria en la que la socialdemocracia forma sólo un partido de oposición... imaginar esto significaría comprometer la idea misma de un gobierno obrero”. Además, “una vez que los representantes del proletariado entran en el gobierno, no como rehenes impotentes, sino como fuerza dirigente, la división entre el programa mínimo y el programa máximo

² *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, OELT-EIS, página 30 del formato pdf.

desaparece automáticamente, el colectivismo está al orden del día”, ya que “la supremacía política del proletariado es incompatible con su esclavitud económica”. Era precisamente el mismo programa que Trotsky intenta poner en práctica en la actualidad. Este programa ha sido su estrella guía durante los últimos doce años.

En el otoño de 1905 parecía que la esperanza de Trotsky estaba cerca de hacerse realidad. La huelga de octubre puso de rodillas a la autocracia. Se prometió una constitución. Se formó un sóviet (Consejo de Diputados Obreros) en Petersburgo para dirigir la revolución. Trotsky se convirtió en uno de los líderes más fuertes del sóviet. Fue en esos meses cuando nos dimos cuenta de dos cualidades de Trotsky que le ayudaron a dominar a los hombres: su poder como orador y su habilidad para escribir artículos breves y conmovedores, comprensibles para las masas. En esta última habilidad nadie le iguala entre los socialistas rusos. Los dirigentes de la socialdemocracia rusa solían dirigirse a los lectores intelectuales. Los escritores socialistas de los primeros tiempos de la revolución rara vez se vieron en la necesidad de escribir para el pueblo llano. Trotsky fue el mejor de los pocos que, en los tormentosos meses de la revolución de 1905, supo apelar a las masas con artículos breves, potentes, pero dignos, llenos de pensamiento, visión y emoción.

El sóviet se debatía en una situación desesperada. La autocracia había prometido libertad, pero el régimen militar era cada vez más atroz. Las esclusas del movimiento revolucionario popular estaban abiertas, pero la energía revolucionaria se agotaba poco a poco. El sóviet actuaba como un verdadero gobierno revolucionario, ignorando al gobierno de los Romanov, dando órdenes a los trabajadores del país, vigilando los acontecimientos políticos; sin embargo, el gobierno del antiguo régimen recuperaba la confianza en sí mismo y se preparaba para asestar un golpe final. El aire estaba lleno de malos presagios.

Se requería un grado inusual de fe y vigor revolucionarios para dirigir los asuntos del sóviet. Trotsky era el hombre del momento. Primero, miembro del comité ejecutivo, luego presidente del sóviet, estaba prácticamente en el vórtice mismo de la revolución. Dirigía reuniones, organizaba huelgas, proporcionaba armas de fuego a la vanguardia de los obreros; celebraba conferencias con representantes de los sindicatos de todo el país e (ironías de la historia) se presentaba repetidamente ante los ministros del antiguo régimen como representante de la democracia obrera para exigirles la liberación de un prisionero o la abolición de algunas medidas odiosas para los obreros. Fue en esta escuela del sóviet donde Trotsky aprendió a ver los acontecimientos bajo un aspecto nacional, y fue la propia existencia del sóviet la que confirmó su creencia en la posibilidad de una dictadura proletaria revolucionaria. Mirando retrospectivamente a las actividades del sóviet, caracterizó así a ese prototipo del actual gobierno revolucionario en Rusia. “El sóviet”, escribió, “era la autoridad organizada de las propias masas sobre sus miembros por separado. Era una democracia verdadera, no adulterada, sin sistema bicameral, sin burocracia profesional, con el derecho de los votantes a revocar a su representante a voluntad y a sustituirlo por otro.” En resumen, era el mismo tipo de democracia que Trotsky y Lenin intentan hacer permanente en la Rusia actual.

Pronto se desató la tormenta negra. Trotsky fue arrestado con los demás miembros del “gobierno revolucionario”, después de que el sóviet hubiera existido durante aproximadamente un mes y medio. Trotsky fue a la cárcel, no desesperado, sino como líder de un ejército invencible que, aunque había sufrido una derrota temporal, estaba destinado a vencer. Trotsky tuvo que esperar doce años para el momento del triunfo, pero el momento llegó.

En la cárcel, Trotsky era muy activo, leyendo, escribiendo, tratando de resumir su experiencia del año revolucionario. Tras doce meses de aislamiento, fue juzgado y

condenado al exilio de por vida en Siberia: el gobierno de los enemigos del pueblo se vengaba de los primeros representantes del pueblo. El 3 de enero de 1907, Trotsky emprendió viaje a Obdorsk, en el norte de Siberia, en el océano Ártico.

Estaba sometido a una vigilancia inusualmente rígida incluso para las prisiones rusas. Cada movimiento suyo y de sus camaradas era cuidadosamente vigilado. No se permitía ninguna comunicación con el mundo exterior. El viaje mismo estaba rodeado de un gran secreto. Sin embargo, tal era la fama del sóviet, que multitudes se reunían en cada estación para saludar al tren de los prisioneros, e incluso los soldados mostraban un extraordinario respeto por los “diputados obreros” encarcelados, como los llamaban. “Estamos rodeados de amigos por todas partes”, escribió Trotsky en su cuaderno de notas.

En Tiumen los prisioneros tuvieron que abandonar el tren por trineos tirados por caballos. El viaje se hizo muy tedioso y lento. La monotonía sólo se rompía en las pequeñas aldeas donde se detenían los exiliados revolucionarios. Aquí y allá los exiliados se reunían para dar la bienvenida a los líderes de la revolución. Banderas rojas daban toques de color al blanco cegador de la nieve siberiana. “¡Viva la Revolución!” estaba impreso con letras enormes en la superficie de la nieve del norte, a lo largo de la carretera. Esto era hermoso, pero ofrecía poco consuelo. El país estaba cada vez más desolado. “Cada día bajamos un peldaño más hacia el reino del frío; y del desierto”, comentaba Trotsky en sus notas.

Pasar años y años en este país abandonado de Dios era una perspectiva sombría. Trotsky no era un hombre que se sometiera. Desafiando las dificultades, consiguió escapar antes de llegar a la ciudad de su destino. Como sólo había una carretera por la que pudieran circular los viajeros, y como existía el peligro de que las autoridades, avisadas por cable de su huida, pudieran detenerle en cualquier momento, abandonó la carretera y en un trineo tirado por renos atravesó un páramo ininterrumpido de 800 verstas, más de 500 millas. Esto requirió un gran valor y resistencia física. El pintoresco viaje es descrito por Trotsky en un hermoso librito, *Mi viaje en trineo*³.

Fue en este trineo ostiaco, en medio de un desierto sombrío, donde celebró el 20 de febrero, el día de la apertura de la Segunda Duma. Era una burla a Rusia: aquí, los representantes del pueblo, reunidos en el cuasi parlamento de Rusia; allí, un representante de la revolución que creó la duma, escondido como un criminal en un páramo desolado. ¿Soñaba en esas largas horas de viaje que algún día la ola de la revolución le llevaría a lo más alto?

A principios de la primavera llegó al extranjero. Se estableció en Viena, donde vivió hasta el estallido de la gran guerra. Dedicó su tiempo y su energía a los asuntos internos del partido socialdemócrata y a la redacción de una popular revista revolucionaria que se introducía clandestinamente en Rusia. Se ganaba la vida a duras penas colaborando en revistas y diarios rusos “legales”.

Lo conocí en 1907, en Stuttgart. Parecía profundamente inmerso en las disputas entre facciones revolucionarias. Volví a verle en Copenhague en 1910. Fue objeto de duras críticas por sus comentarios en la prensa sobre una de las facciones socialdemócratas. Parecía estar muerto para todo lo que no fuera el problema de reconciliar a los bolcheviques con los mencheviques y las otras divisiones menores. Sin embargo, ese aire de importancia que le distinguía incluso de los viejos líderes famosos se había hecho más evidente en 1910. Para entonces ya era una figura conocida y respetada en las filas del socialismo internacional.

En el otoño de 1912 fue a los Balcanes como corresponsal de guerra. Allí aprendió a conocer la situación balcánica de fuentes auténticas. Sus revelaciones sobre las

³ Ver en [1905](#), en estas mismas OELT-EIS, el epígrafe “El regreso”, página 201 del formato pdf.

atrocidades cometidas en ambos bandos atrajeron una gran atención. Cuando regresó a Viena en 1913 era un internacionalista y un antimilitarista más fuerte que nunca.

Su casa en Viena era la casa de un hombre pobre, más pobre que la de un trabajador ordinario norteamericano que gane dieciocho dólares a la semana. Trotsky ha sido pobre toda su vida. Sus tres habitaciones en un suburbio obrero de Viena contenían menos muebles de los necesarios para su comodidad. Su ropa era demasiado barata para parecer “decente” a los ojos de un vienés de clase media. Cuando visité su casa, encontré a la señora Trotsky ocupada en las tareas domésticas, mientras los dos encantadores niños de pelo claro le prestaban una ayuda nada desdeñable. Lo único que animaba la casa eran montones de libros en cada rincón y, tal vez, grandes, aunque ocultas, esperanzas.

El 3 de agosto de 1914, los Trotsky, como extranjeros enemigos, tuvieron que abandonar Viena para dirigirse a Zúrich, Suiza. La actitud de Trotsky hacia la guerra fue muy definida desde el principio. Acusó a la socialdemocracia alemana de haber votado los créditos de guerra y, por tanto, de haber apoyado la guerra. Acusó a los partidos socialistas de todos los países beligerantes de haber concluido con sus gobiernos una tregua que, en su opinión, equivalía a apoyar el militarismo. Deploró amargamente el hundimiento del internacionalismo como una gran calamidad para la emancipación del mundo. Sin embargo, incluso en aquellos tiempos de angustia, no permaneció inactivo. Escribió un panfleto para los obreros alemanes titulado *La guerra y la Internacional*⁴ el internacionalismo (recientemente traducido al inglés y publicado en este país con el título *The Bolsheviki and World Peace*), que fue transportado ilegalmente a Alemania y Austria con la ayuda de los socialistas suizos. Por esta atenta tentación de ilustrar a los obreros, uno de los tribunales alemanes lo juzgó en estado de contumacia y lo condenó a prisión. También colaboró en un diario socialista ruso de aspiraciones internacionalistas que publicaban los exiliados rusos en París. Más tarde se trasladó a París para estar más en contacto con ese periódico. Sin embargo, debido a sus opiniones radicales sobre la guerra, se vio obligado a abandonar Francia. Fue a España, pero el gobierno español, aunque no estaba en guerra, no le permitió permanecer en ese país. Él mismo estaba convencido de que la mano del ministerio de asuntos exteriores ruso estaba detrás de todas sus penurias.⁵

Así sucedió que en el invierno de 1916-1917 vino a los Estados Unidos. Cuando lo conocí aquí, tenía un aspecto demacrado; había envejecido y había fatiga en su expresión. Su conversación giraba en torno al colapso del socialismo internacional. Le parecía vergonzoso y humillante que las mayorías socialistas de los países beligerantes se hubieran convertido en “socialpatriotas”. “Si no fuera por las minorías de los partidos socialistas, los verdaderos socialistas, no valdría la pena vivir”, dijo una vez con profunda tristeza. Sin embargo, creía firmemente en el espíritu internacionalizador de la guerra y esperaba que la humanidad fuera más democrática y más sana tras el cese de las hostilidades. Su fe en una inminente revolución rusa era inquebrantable. También era inquebrantable su desconfianza hacia los partidos no socialistas rusos. El 20 de enero de 1917, menos de dos meses antes del derrocamiento de los Romanov, escribió en un periódico local ruso: “Quien se acuerda de la tentativa de 1905 entiende hasta qué punto son quiméricas y lamentables las esperanzas de los socialpatriotas de hacer colaborar a los proletarios y a los burgueses liberales.”⁶

Su exigencia de *claridad* en los asuntos políticos se había acentuado durante la guerra y a través de las angustiosas experiencias de la misma. El 6 de febrero de 1917

⁴ *La guerra y la Internacional*, en estas mismas OELT-EIS.

⁵ En *La guerra y la revolución*, amplia recopilación de artículos de esa época, y en *Mis peripecias en España* relato-diario sobre su paso por España; ambas obras en estas OELT-EIS.

⁶ “Las lecciones de un gran año (9 de enero de 1905 – 9 de enero de 1917)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano, página 2 del formato pdf, o en la recopilación citada mas arriba.

escribía: “Hay épocas en las que la facultad diplomática de lanzar una mirada a izquierda y otra a derecha, pasa por sensatez. Semejante época sucumbe ante nosotros y sus héroes desaparecen poco a poco. La guerra, como la revolución, plantea las cuestiones de forma brusca. ¿A favor de la guerra o a favor de la paz? ¿A favor de la lucha nacional o a favor de la lucha revolucionaria? ¿A favor de Marx... o a favor de Wilson? Los terribles tiempos que vivimos exigen un pensamiento intrépido tanto como también un carácter viril.”⁷

Cuando estalló la revolución rusa no fue una sorpresa para Trotsky. La había previsto. La había olfateado a través de los miles de kilómetros que le separaban de su país. Él no se dejó dominar por la alegría. En su opinión, la revolución de marzo era sólo el principio. Era sólo la introducción a una larga lucha que terminaría con la instauración del socialismo.

La historia parecía haber cumplido lo que había predicho en 1905 y 1906. La clase obrera era la fuerza dirigente de la revolución. Los sóviets llegaron a ser incluso más poderosos que el Gobierno Provisional. Trotsky predicaba que era tarea de los sóviets convertirse en el gobierno de Rusia. Era su tarea ir a Rusia y luchar por un gobierno obrero, por el internacionalismo, por la paz mundial, por una revolución mundial. “Si la primera revolución rusa de 1905 provocó revueltas en Asia, Persia, Turquía y China, la segunda marcará el inicio de una gigantesca lucha social y revolucionaria en Europa. Solo esto aportará una paz duradera a la Europa cubierta de sangre.”⁸

Con estas esperanzas se dirigió a Rusia, para forjar una Rusia socialista en el fuego de la revolución.

Cualquiera que sea nuestra opinión sobre los méritos de su política, el hombre se ha mantenido fiel a sí mismo. Su línea ha sido recta.

⁷ “En la escuela de la guerra (El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano, página 2 del formato pdf.

⁸ “¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano, página 2 del formato pdf, o también en la obra *1917. El año de la revolución*, también en estas OELT-EIS.

El proletariado y la revolución

Introducción, por Moissaye J. Olgin

El ensayo *El proletariado y la revolución* fue publicado a fines de 1904, casi un año después del comienzo de la guerra con Japón. Fue un año crucial para los gobernantes autocráticos de Rusia. El año comenzó con manifestaciones patrióticas y terminó con una serie de humillantes derrotas en los campos de batalla y con un renacimiento sin precedentes de las actividades políticas por parte de las clases acomodadas. Los zemstvos (órganos electivos locales para la atención a los asuntos locales), encabezados por terratenientes liberales, llevaron a cabo una vigorosa campaña política a favor de un orden constitucional. Otros grupos liberales, organizaciones de profesionales (denominados en el ensayo de Trotsky “demócratas” y “elementos democráticos”) se unieron al movimiento. Los líderes de los zemstvos convocaron una convención abierta en Petersburgo (6 de noviembre), en la que se exigió la libertad cívica y una constitución. Los “elementos democráticos” organizaron reuniones públicas de carácter político bajo el disfraz de banquetes privados. La prensa liberal se volvió más audaz en sus ataques contra la administración. El gobierno toleró el movimiento. El príncipe Svyatopolk-Mirsky, que había sucedido a Von Plehve, el dictador reaccionario asesinado en julio de 1904 por un revolucionario, había prometido “relaciones cordiales” entre el gobierno y la sociedad. En la jerga política, este periodo de tolerancia, que duró desde agosto hasta finales de año, se conoció como la era de la “primavera”.

Fue una época emocionante, llena de esperanzas y expectativas políticas. Sin embargo, por extraño que parezca, la clase obrera guardaba silencio. La clase obrera había mostrado un gran descontento en 1902 y especialmente en el verano de 1903, cuando decenas de miles de personas en el suroeste y en el sur se declararon en huelga política. Durante todo el 1904, sin embargo, casi no hubo manifestaciones de masas por parte de los obreros. Esto dio ocasión a muchos liberales para burlarse de los representantes de los partidos revolucionarios que basaban toda su táctica en las expectativas en una revolución nacional.

Trotsky escribió su ensayo para responder a esos escépticos y animar a los miembros activos del partido socialdemócrata. Su principal valor, que le confiere significación histórica, es el claro diagnóstico de la situación política. Aunque vivía en el extranjero, Trotsky sentía profundamente el pulso de las masas, la “energía revolucionaria reprimida” que buscaba una salida. Su descripción del curso de una revolución nacional, el papel que atribuye a los obreros, a la población no proletaria de las ciudades, a los grupos cultos y al ejército; su estimación de la influencia de la guerra en las mentes de las masas brutas; finalmente, las consignas que plantea ante la revolución, todo esto corresponde exactamente a lo que ocurrió durante el tormentoso año de 1905. Leyendo *El proletariado y la revolución*, el estudioso de la vida política rusa tiene la sensación de que el ensayo hubiera sido escrito después de la revolución ya que sigue muy de cerca el curso de los acontecimientos. Sin embargo, apareció antes del 9 de enero de 1905, es decir, antes de la primera gran embestida del proletariado petersburgués.

La creencia de Trotsky en la iniciativa revolucionaria de la clase obrera no podía expresarse de manera más lúcida.

M. Olgin
1918

El proletariado no sólo debe llevar a cabo una propaganda revolucionaria. El propio proletariado debe avanzar hacia la revolución.

Avanzar hacia la revolución no significa necesariamente fijar una fecha para la insurrección y prepararse para ese día. Nunca se puede fijar un día y una hora para una revolución. El pueblo nunca ha hecho una revolución por una orden.

Lo que se puede hacer es, en vistas de la catástrofe fatalmente inminente, elegir las posiciones más apropiadas, armar e inspirar a las masas con una consigna revolucionaria, conducir simultáneamente a todas las reservas al campo de batalla, hacerlas practicar en el arte de la lucha, mantenerlas listas bajo las armas: y hacer sonar la alarma en todas las líneas cuando haya llegado el momento.

¿Significaría eso una serie de ejercicios y no un combate decisivo con las fuerzas enemigas? ¿Serían meras maniobras y no una revolución callejera?

Sí, serían meras maniobras. Pero hay una diferencia entre maniobras revolucionarias y maniobras militares. Nuestros preparativos pueden convertirse, en cualquier momento e independientemente de nuestra voluntad, en una verdadera batalla que decidiría la larga guerra revolucionaria. No sólo puede ser así, sino que *debe* serlo. Así lo atestigua la agudeza de la situación política actual, que encierra en sus profundidades una enorme cantidad de explosivos revolucionarios.

El momento en el que las meras maniobras se conviertan en una verdadera batalla, dependerá del volumen y de la compacidad revolucionaria de las masas, de la atmósfera de simpatía popular que las rodee y de la actitud de las tropas que el gobierno mueva contra el pueblo.

Esos tres elementos para el éxito deben determinar nuestro trabajo de preparación. Las masas proletarias revolucionarias existen. Debemos ser capaces de llamarlas a la calle, en un momento dado, en todo el país; debemos ser capaces de unirlos con una consigna general.

Todas las clases y grupos del pueblo están impregnados de odio hacia el absolutismo, es decir, de simpatías hacia la lucha por la libertad. Debemos ser capaces de concentrar estas simpatías en el proletariado como potencia revolucionaria que es la única que puede ser la vanguardia del pueblo en su lucha por salvar el futuro de Rusia. En cuanto al estado de ánimo del ejército, no despierta grandes esperanzas en el corazón del gobierno. En los últimos años se han producido muchos síntomas alarmantes; el ejército está malhumorado, el ejército refunfuña, hay fermentos de insatisfacción en el ejército. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que el ejército se desprenda del absolutismo en el momento de un ataque decisivo de las masas.

Examinemos primero las dos últimas condiciones, que determinan el curso y el resultado de la campaña.

Acabamos de atravesar el período de “renovación política” abierto bajo el estruendo de las trompetas y cerrado bajo el silbido de los golpes⁹, la era de Svyatopolk-Mirsky, cuyo resultado es el odio hacia el absolutismo despertado entre todos los elementos pensantes de la sociedad hasta un punto inusitado. Los próximos días recogerán el fruto de las esperanzas populares agitadas y de las promesas incumplidas del gobierno. El interés político ha tomado últimamente una forma más definida; el descontento se ha hecho más profundo y se fundamenta en una base teórica más patente. El pensamiento popular, ayer totalmente primitivo, se entrega ahora con avidez a la labor del análisis político. Todas las manifestaciones del mal y de la arbitrariedad del poder se

⁹ *El silbido de los golpes* que puso fin a la era de las “relaciones cordiales” fue una declaración emitida por el gobierno el 12 de diciembre de 1904, en la que se declaraba que “todas las perturbaciones de la paz y el orden y todas las reuniones de carácter antigubernamental deben ser y serán reprimidas por todos los medios legales al mando de las autoridades.” Se aconsejó a los zemstvos y a los órganos municipales que se abstuvieran de hacer declaraciones políticas. En cuanto a los partidos socialistas, y al movimiento obrero en general, fueron perseguidos bajo Svyatopolk-Mirsky tan severamente como bajo Von Plehve.

remontan rápidamente a la causa principal. Las consignas revolucionarias ya no asustan al pueblo; al contrario, despiertan un eco mil veces mayor, pasan a convertirse en preceptos. La conciencia popular absorbe cada palabra de negación, condena o maldición dirigida contra el absolutismo, como una esponja absorbe la sustancia fluida. Ningún paso de la administración queda impune. Cada una de sus meteduras de pata es cuidadosamente tenida en cuenta. Sus avances son ridiculizados, sus amenazas engendran odio. El vasto aparato de la prensa liberal¹⁰ hace circular diariamente miles de hechos que agitan, excitan e inflaman la emoción popular.

Los sentimientos reprimidos buscan una salida. El pensamiento se esfuerza en convertirse en acción. Sin embargo, la vociferante prensa liberal, al tiempo que alimenta el malestar popular, tiende a desviar su corriente por un pequeño cauce; difunde una supersticiosa reverencia hacia la “opinión pública”, una “opinión pública” indefensa, desorganizada, que no desemboca en la acción; tacha de revolucionario el método de emancipación nacional; sostiene la ilusión de la legalidad; centra toda la atención y todas las esperanzas de los grupos amargados en torno a la campaña de los zemstvos, preparando así sistemáticamente una gran debacle para el movimiento popular. El descontento agudo, que no encuentra salida, desalentado por el inevitable fracaso de la campaña legal de los zemstvos, que no tiene tradiciones de lucha revolucionaria en el pasado ni perspectivas claras en el futuro, debe manifestarse necesariamente en un estallido de terrorismo desesperado, dejando a los intelectuales radicales en el papel de espectadores impotentes y pasivos, aunque comprensivos, y a los liberales ahogándose en un ataque de entusiasmo platónico mientras prestan una ayuda dudosa.

Esto no debería ocurrir. Debemos aprovechar la corriente de excitación popular; debemos dirigir la atención de numerosos grupos sociales descontentos hacia una empresa colosal encabezada por el proletariado: *la revolución nacional*.

La vanguardia de la revolución debe despertar de la indolencia a todos los demás elementos del pueblo; aparecer aquí y allá y en todas partes; plantear las cuestiones de la lucha política de la manera más audaz posible; llamar, fustigar, desenmascarar a la democracia hipócrita; hacer que los demócratas y los liberales de los zemstvos se enfrenten entre sí; despertar una y otra vez, llamar, fustigar, exigir una respuesta clara a la pregunta: *¿qué vais a hacer?*, para no permitir ninguna retirada; para obligar a los liberales legales a admitir su propia debilidad; para alejar de ellos a los elementos democráticos y ayudar a estos últimos en el camino de la revolución. Hacer este trabajo significa atraer los hilos de simpatía de toda la oposición democrática hacia la campaña revolucionaria del proletariado.

Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para llamar la atención y ganarnos la simpatía de la población pobre no proletaria de la ciudad. Durante las últimas acciones de masas del proletariado, como en las huelgas generales de 1903 en el sur, no se hizo nada a este respecto, y éste fue el punto más débil del trabajo preparatorio. Según los corresponsales de prensa, a menudo circulaban entre la población los rumores más extraños sobre las intenciones de los huelguistas. Los habitantes de la ciudad esperaban ataques a sus casas, los tenderos temían ser saqueados, los judíos temían pogromos. Esto debía haberse evitado. *Una huelga política, como combate individual del proletariado de*

¹⁰ El vasto aparato de la prensa liberal era el único medio de llegar a millones de personas. La prensa revolucionaria “clandestina”, que hacia 1905 adquirió proporciones inusitadas, sólo podía llegar a un número limitado de lectores. En tiempos de agitación política, el público se acostumbró a leer entre líneas de la prensa legal todo lo que necesitaba para alimentar su odio a la opresión. Por prensa “legal” se entiende la prensa pública y aquella liberal que intentaba cumplir con los requisitos legales del absolutismo incluso en su labor de condena del orden absolutista. Al término “legal” se opone el término “revolucionario” que se aplica a las acciones políticas en desafío a la ley.

la ciudad con la policía y el ejército, siendo el resto de la población hostil o incluso indiferente, está condenada al fracaso.

La indiferencia de la población dependerá en primer lugar de la moral del propio proletariado, y después de la actitud de los soldados. Bajo tales condiciones, la postura de la administración debe ser necesariamente más decidida. Los generales se lo recordarán a los oficiales, y los oficiales transmitirán a los soldados las palabras de Dragomirov: “Los fusiles se entregan para disparar con puntería, y a nadie se le permite malgastar cartuchos en balde.”¹¹

Una huelga política del proletariado debe convertirse en una manifestación política de la población, éste es el primer requisito para el éxito.

El segundo requisito importante es el estado de ánimo del ejército. Un descontento entre los soldados, una vaga simpatía hacia los “revolucionarios”, es un hecho establecido. Sólo una parte de esta simpatía puede atribuirse con razón a nuestra propaganda directa entre los soldados. La mayor parte se debe a los enfrentamientos prácticos entre las unidades del ejército y las masas que protestan. Sólo los idiotas sin remedio, o los canallas declarados, se atreven a disparar a un blanco vivo. Una abrumadora mayoría de los soldados se resiste a servir de verdugo; esto lo admiten unánimemente todos los corresponsales que describen las batallas del ejército con gente desarmada. El soldado medio apunta por encima de las cabezas de la multitud. Sería antinatural que ocurriera lo contrario. Cuando el regimiento de Besarabia recibió órdenes de sofocar la huelga general de Kiev, el comandante declaró que no podía responder de la actitud de sus soldados. La orden, entonces, fue enviada al regimiento de Jersón, pero en todo el regimiento no había ni una media compañía que estuviera a la altura de las expectativas de sus superiores.

Kiev no fue una excepción. Las condiciones del ejército deben ser ahora más favorables para la revolución que en 1903. Hemos pasado un año de guerra. Es difícil medir la influencia del último año en las mentes del ejército. La influencia, sin embargo, debe ser enorme. La guerra no sólo atrae la atención del pueblo, sino que también despierta el interés profesional del ejército. Nuestros barcos son lentos, nuestros cañones tienen poco alcance, nuestros soldados son incultos, nuestros sargentos no tienen ni brújula ni mapa, nuestros soldados están descalzos, hambrientos y congelados, nuestra Cruz Roja está robando, nuestro comisariado está robando: rumores y hechos de este tipo se filtran al ejército y están siendo absorbidos con avidez. Cada rumor, como un ácido fuerte, disuelve el óxido de la instrucción mental. Años de propaganda pacífica difícilmente podrían igualar en sus resultados a un día de guerra. El mero mecanismo de la disciplina permanece, la fe, sin embargo, la convicción de que es correcto cumplir las órdenes, la creencia de que las condiciones actuales pueden continuar, menguan rápidamente. Cuanta menos fe tiene el ejército en el absolutismo, más fe tiene en sus enemigos.

Debemos aprovechar esta situación. Debemos explicar a los soldados el significado de la acción obrera que prepara el partido. Debemos utilizar profusamente la consigna que debe unir al ejército con el pueblo revolucionario: *¡fuera la guerra!* Debemos crear una situación en la que los oficiales no puedan confiar en sus soldados en el momento crucial. Esto reflejaría la actitud de los propios oficiales.

El resto lo hará la calle. Disolverá los restos de la hipnosis del cuartel en el entusiasmo revolucionario del pueblo.

El factor principal, sin embargo, siguen siendo las masas revolucionarias. Es cierto que durante la guerra los elementos más avanzados de las masas, el proletariado pensante,

¹¹ Dragomirov fue durante muchos años comandante de la región militar de Kiev y conocido por su estilo epigramático.

no han pasado abiertamente al frente con el grado de determinación que exigía el crítico momento histórico. Sin embargo, si se sacara de este hecho cualquier tipo de conclusiones pesimistas, se pondría de manifiesto una falta de coraje político y una deplorable superficialidad.

La guerra ha caído sobre nuestra vida pública con todo su peso colosal. El espantoso monstruo, respirando sangre y fuego, se alzó en el horizonte político, cerrándolo todo, hundiendo sus garras de acero en el cuerpo del pueblo, infligiendo herida tras herida, causando un dolor mortal, que por un momento hace incluso imposible preguntar por las causas del dolor. La guerra, como toda gran catástrofe, acompañada de crisis, paro, movilización, hambre y muerte, aturde al pueblo, provoca desesperación, pero no protesta. Sin embargo, esto es sólo el principio. Masas brutas del pueblo, capas sociales silenciosas, que ayer no tenían ninguna relación con los elementos revolucionarios, se vieron abatidas por la pura fuerza mecánica de los hechos ante el acontecimiento central de la Rusia actual, la guerra. Estaban horrorizadas, no podían recuperar el aliento. Los elementos revolucionarios, que antes de la guerra habían ignorado a las masas pasivas, se vieron afectados por la atmósfera de desesperación y horror concentrado. Esta atmósfera les envolvía, presionaba con un peso de plomo sobre sus mentes. La voz de la protesta decidida apenas podía alzarse en medio de un sufrimiento elemental. El proletariado revolucionario, que aún no se había recuperado de las heridas recibidas en julio de 1903, era impotente para oponerse a la “llamada de lo primitivo.”

El año de guerra, sin embargo, no pasó sin resultados. Las masas, ayer primitivas, se enfrentan hoy a los acontecimientos más tremendos. Deben tratar de comprenderlos. La propia duración de la guerra ha producido un deseo de razonar, de interrogarse sobre el sentido de todo ello. Así, la guerra, aunque ha obstaculizado durante un tiempo la iniciativa revolucionaria de miles de personas, ha despertado el pensamiento político de millones.

El año de guerra no ha pasado sin resultados, ni un solo día pasó sin resultados. En las capas más bajas del pueblo, en lo más profundo de las masas, se estaba llevando a cabo un trabajo, un movimiento molecular, imperceptible, pero irresistible, incesante, un trabajo de acumulación de indignación, de amargura, de energía revolucionaria. La atmósfera que respiran ahora nuestras calles ya no es una atmósfera de desesperación vacía, es una atmósfera de indignación concentrada que busca medios y vías para la acción revolucionaria. Cada acción expeditiva de la vanguardia de nuestras masas obreras se llevaría ahora consigo no sólo todas nuestras reservas revolucionarias, sino también miles y cientos de miles de reclutas revolucionarios. Esta movilización, a diferencia de la movilización del gobierno, se llevaría a cabo en presencia de la simpatía general y la ayuda activa de una abrumadora mayoría de la población.

En presencia de la fuerte simpatía de las masas, en presencia de la asistencia activa por parte de los elementos democráticos del pueblo; frente a un gobierno comúnmente odiado, fracasado tanto en las grandes como en las pequeñas empresas, un gobierno derrotado en los mares, derrotado en los campos de batalla, despreciado, desalentado, sin fe en el día venidero, un gobierno que lucha vanamente, que almohaza el favor, que provoca y retrocede, que miente y sufre la exposición, insolente y atemorizado; frente a un ejército cuya moral ha sido destrozada por todo el curso de la guerra, cuyo valor, energía, entusiasmo y heroísmo se han encontrado con un muro infranqueable en forma de anarquía administrativa, un ejército que ha perdido la fe en la seguridad inquebrantable de un régimen al que está llamado a servir, un ejército insatisfecho y gruñón que más de una vez se ha liberado de las garras de la disciplina durante el último año y que escucha con impaciencia el rugido de las voces revolucionarias: tales serán las condiciones en las

que el proletariado revolucionario saldrá a la calle. Nos parece que la historia no podría haber creado mejores condiciones para un ataque final. La historia ha hecho todo lo que le permitía la sabiduría elemental. Las fuerzas revolucionarias pensantes del país tienen que hacer el resto.

Se ha acumulado una enorme cantidad de energía revolucionaria. No debe desvanecerse en vano, no debe disiparse en compromisos y enfrentamientos dispersos, sin coherencia ni plan definido. Hay que hacer todo lo posible para concentrar la amargura, la cólera, la protesta, la rabia, el odio de las masas, para dar a esas emociones un lenguaje común, un objetivo común, para unir y solidificar todas las partículas de las masas, para hacerles sentir y comprender que no están aisladas, que simultáneamente, con la misma consigna en la bandera, con el mismo objetivo en mente, innumerables partículas se levantan por todas partes. Si se logra esta comprensión, la mitad de la revolución está hecha.

Tenemos que convocar a todas las fuerzas revolucionarias a la acción simultánea. ¿Cómo podemos hacerlo?

En primer lugar, debemos recordar que el escenario principal de los acontecimientos revolucionarios es la ciudad. Nadie puede negarlo. Es evidente, además, que las manifestaciones callejeras sólo pueden convertirse en una revolución popular cuando son manifestaciones de masas, es decir, cuando abarcan, en primer lugar, a los obreros de las fábricas y plantas fabriles. Hacer que los obreros abandonen sus máquinas y sus puestos; hacer que salgan de los locales de la fábrica a la calle; conducirlos a la planta vecina; proclamar allí el cese del trabajo; hacer que nuevas masas salgan a la calle; ir así de fábrica en fábrica, de planta fabril en planta fabril, creciendo incesantemente en número, barriendo las barreras policiales, absorbiendo a las nuevas masas que pasan por allí, abarrotando las calles, tomando posesión de los edificios adecuados para las reuniones populares, fortificando esos edificios, celebrando reuniones revolucionarias continuas con audiencias que van y vienen, poniendo orden en los movimientos de las masas, despertando su espíritu, explicándoles el objetivo y el significado de lo que está ocurriendo; convertir, finalmente, toda la ciudad en un campo revolucionario, éste es, en términos generales, el plan de acción.

El punto de partida deben ser las fábricas y plantas fabriles. Esto significa que las manifestaciones callejeras de carácter serio, cargadas de acontecimientos decisivos, deben comenzar con las *huelgas políticas de las masas*.

Es más fácil fijar la fecha de una huelga que la de una manifestación popular, así como es más fácil movilizar masas listas para la acción que organizar nuevas masas.

Pero una huelga política, no local, sino *una huelga política general en toda Rusia*, debe tener una consigna política general. Esta consigna es: *parar la guerra y convocar una asamblea nacional constituyente*.

Esta exigencia debe convertirse en una exigencia nacional, y aquí radica la tarea de nuestra propaganda antes de la huelga general en toda Rusia. Debemos aprovechar todas las ocasiones posibles para hacer popular entre el pueblo la idea de una asamblea nacional constituyente. Sin perder un instante, debemos poner en práctica todos los medios técnicos y todas las fuerzas de propaganda de que disponemos. Las proclamas y los discursos, los círculos educativos y las reuniones de masas, deben transmitir, proponer y explicar la demanda de una asamblea constituyente. No debe haber un solo hombre en una ciudad que no sepa que su reivindicación es: una asamblea nacional constituyente.

Hay que convocar a los campesinos para que se reúnan el día de la huelga política y aprueben resoluciones exigiendo la convocatoria de una asamblea constituyente. Los campesinos de los suburbios deben ser llamados a las ciudades para participar en los movimientos callejeros de las masas reunidas bajo la bandera de una asamblea

constituyente. Todas las sociedades y organizaciones, los organismos profesionales y científicos, los órganos de autogobierno y los órganos de la prensa de oposición, deben ser notificados con antelación por los obreros de que se están preparando para una huelga política de toda Rusia, fijada para una fecha determinada, con el fin de lograr la convocatoria de una asamblea constituyente. Los obreros deben exigir a todas las sociedades y corporaciones que, el día señalado para la manifestación de masas, se unan a la demanda de una asamblea nacional constituyente. Los obreros deben exigir a la prensa de oposición que popularice su consigna y que, en vísperas de la manifestación, publique un llamamiento a la población para que se una a la manifestación proletaria bajo la bandera de una asamblea nacional constituyente.

Debemos llevar a cabo la propaganda más intensa en el ejército para que el día de la huelga cada soldado, enviado a frenar a los “rebeldes”, sepa que está frente al pueblo que exige una asamblea nacional constituyente.

Los acontecimientos de Petersburgo

Introducción, por Moissaye J. Olgin

Este es un ensayo triunfal. Escrito el 20 de enero de 1905, once días después del “domingo sangriento”, dio rienda suelta a los sentimientos entusiastas de todo verdadero revolucionario despertado por los signos inequívocos de una tormenta que se avecinaba. La marcha de decenas de miles de obreros hacia el Palacio de Invierno para presentar al “Padrecito” una petición de “pan y libertad” era, en apariencia, una empresa pacífica y leal. Sin embargo, respiraba indignación y revuelta. La matanza de manifestantes pacíficos (de los que más de 5.000 resultaron muertos o heridos) y la subsiguiente oleada de odio y determinación revolucionaria entre las masas, marcaron el comienzo de amplios levantamientos revolucionarios.

Para Trotsky, el despertar de las masas a la actividad política no sólo era un buen presagio revolucionario, sino también una derrota de la ideología y las tácticas liberales. Esas tácticas habían sido planificadas bajo el supuesto de que el pueblo ruso no estaba maduro para una revolución. Trotsky, un revolucionario convencido, veía en el movimiento liberal una manifestación de supersticiones políticas. Para él, la *única* forma de derrocar al absolutismo era por la vía de una revolución violenta. Sin embargo, cuando los liberales afirmaban con orgullo que las masas revolucionarias de Rusia no eran más que una creación de la fantasía recalentada de los revolucionarios, mientras que el movimiento de los elementos inteligentes acomodados era un hecho flagrante, los socialdemócratas no tenían ninguna prueba material de lo contrario, salvo esporádicos estallidos de descontento entre los obreros y, por supuesto, la convicción de aquellos revolucionarios que estaban en contacto con las masas. Es, pues, fácil comprender el triunfo de un Trotsky o de cualquier otro socialista después del 9 de enero. En opinión de Trotsky, el 9 de enero había archivado el liberalismo. “Hemos acabado con él para todo el período de la revolución”, exclama. La parte más notable de este ensayo, en lo que a visión política se refiere, es la predicción de Trotsky de que el ala izquierda de los liberales de *Osvoboshdenie*¹² (más tarde organizados como Partido Democrático Constitucional) intentaría convertirse en líderes de las masas revolucionarias y “domesticarlas”. Los liberales no dejaron de hacer el intento en 1905 y 1906, pero sin éxito alguno. Sin embargo, la socialdemocracia tampoco logró dirigir completamente a las masas a lo largo de toda la revolución, de la manera esbozada por Trotsky en este ensayo. Es cierto que los socialdemócratas fueron el partido que más influencia ejerció sobre los obreros en el tormentoso año de 1905; sus consignas fueron universalmente aceptadas por las masas; sus miembros se encontraban en todas partes entre las primeras filas de las fuerzas revolucionarias; sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron con demasiada rapidez y espontaneidad para hacer posible la dirección de una organización política.

M. Olgin
1918

¡Qué invenciblemente elocuentes son los hechos! ¡Qué impotentes son las palabras!

Las masas se han hecho oír. Han encendido las llamas revolucionarias en las cimas de las colinas caucásicas; en la inolvidable jornada del 9 de enero, las masas se han enfrentado, pecho contra pecho, con los regimientos de guardias y los cosacos; han

¹² *Osvoboshdenie* (*Emancipación*) era el nombre de una revista liberal publicada en Stuttgart, Alemania, e introducida de contrabando en Rusia para ser distribuida entre los liberales de los zemstvos y otros elementos progresistas agrupados en torno a la organización de los zemstvos. *Osvoboshdenie* abogaba por una monarquía constitucional. Sin embargo, se oponía a los métodos revolucionarios.

llenado las calles y las plazas de las ciudades industriales con el ruido y el estrépito de sus combates...

Las masas revolucionarias ya no son una teoría, son un hecho. Para el partido socialdemócrata este hecho no tiene nada de nuevo. Lo predijimos hace mucho tiempo. Lo habíamos visto venir en una época en la que los ruidosos banquetes liberales parecían formar un llamativo contraste con el silencio político del pueblo. *Las masas revolucionarias son un hecho*, era nuestra afirmación. Los inteligentes liberales se encogieron de hombros con desprecio. Esos señores se creen sobrios realistas sólo porque son incapaces de comprender las consecuencias de las grandes causas, porque se empeñan en ser humildes servidores de cada efímero hecho político. Se creen sobrios estadistas a pesar de que la historia se burla de su sabiduría, hace pedazos sus libros de texto, echa por tierra sus designios y se ríe magníficamente de sus pomposas predicciones.

“En Rusia no hay todavía pueblo revolucionario.” “El obrero ruso está atrasado en cultura, en amor propio, y (nos referimos principalmente a los obreros de Petersburgo y Moscú) no está preparado todavía para la lucha social y política organizada.”

Así escribía el Sr. Struve¹³ en su *Osvoboshdenie*. Lo escribió el 7 de enero de 1905. Dos días después se levantó el proletariado de Petersburgo.

“Todavía no hay revolucionarios en Rusia”. Estas palabras deberían haber sido grabadas en la frente del Sr. Struve, si no fuera porque la cabeza del Sr. Struve se parece ya a una lápida bajo la cual han sido enterrados tantos planes, eslóganes e ideas: ideas socialistas, liberales, “patrióticas”, revolucionarias, monárquicas, democráticas y otras, todas ellas calculadas para no correr demasiado hacia adelante y todas ellas arrastrándose sin remedio hacia atrás.

“Todavía no hay pueblo revolucionario en Rusia”, así lo declaró por boca de *Osvoboshdenie* el liberalismo ruso, que en el transcurso de tres meses había logrado convencerse de que el liberalismo era la figura principal en el escenario político y que su programa y su táctica determinarían el futuro de Rusia. Antes de que esta declaración hubiera llegado a sus lectores, los cables llevaron a los rincones más remotos del mundo el gran mensaje del comienzo de una revolución nacional en Rusia.

Sí, la revolución ha comenzado. La esperábamos, no albergábamos ninguna duda al respecto. No obstante, durante largos años había sido para nosotros una mera deducción de nuestra “doctrina”, de la que se habían burlado todas las nulidades de todas las denominaciones políticas. Nunca creyeron en el papel revolucionario del proletariado, y sin embargo creían en el poder de las peticiones de los zemstvos¹⁴, en Witte¹⁵, en los “bloques” que combinaban frustración con frustración, en Svyatopolk-Mirsky, en un cartucho de dinamita... No había superstición política en la que no creyeran. Sólo la creencia en el proletariado era para ellos una superstición.

La historia, sin embargo, no pregunta a los oráculos políticos, y el pueblo revolucionario no necesita un pasaporte de los eunucos políticos.

La revolución ha llegado. Un movimiento suyo ha elevado al pueblo por encima de decenas de peldaños, por los que en tiempos de paz hubiéramos tenido que arrastrarnos con penurias y fatigas. La revolución ha llegado y ha destruido los planes de tantos

¹³ Peter Struve, primero socialista y luego liberal, fue director del *Osvoboshdenie*. Struve es economista y uno de los principales periodistas liberales de Rusia.

¹⁴ Las peticiones de los zemstvos, aceptadas en forma de resoluciones en las reuniones de los órganos liberales de los zemstvos y remitidas al gobierno central, fueron uno de los medios que utilizaron los liberales en su lucha por una constitución. Las peticiones, redactadas en un lenguaje muy moderado, exigían la abolición de la “anarquía” por parte de la administración y la introducción de un “orden legal”, es decir, una constitución.

¹⁵ Sergius Witte, ministro de finanzas en los últimos años del siglo XIX y hasta la revolución de 1905, era conocido como un burócrata de corte liberal.

políticos que se habían atrevido a hacer sus pequeños cálculos políticos sin tener en cuenta al amo, el pueblo revolucionario. La revolución ha llegado y ha destruido decenas de supersticiones, y ha puesto de manifiesto el poder del programa que se basa en la lógica revolucionaria del desarrollo de las masas.

La revolución ha llegado y el período de nuestra infancia política ha pasado. Nuestro liberalismo tradicional, cuyo único recurso era la creencia en un cambio afortunado de las figuras administrativas, ha quedado archivado. Su período de florecimiento fue el estúpido reinado de Svyatopolk-Mirsky. Su fruto más maduro fue el ucace del 12 de diciembre¹⁶. Pero ahora, el 9 de enero ha borrado la “primavera” y ha puesto en su lugar la dictadura militar, y ha ascendido al rango de Gobernador General de Petersburgo al mismo Trepov¹⁷, que justo antes había sido destituido del puesto de Jefe de Policía de Moscú por la misma oposición liberal.

Se ha barrido a ese liberalismo que no se interesaba por la revolución, que tramaba conspiraciones entre bastidores, que ignoraba a las masas, que sólo contaba con su genio diplomático. *Hemos acabado con él para todo el período de la revolución.*

Los liberales de izquierda seguirán ahora al pueblo. Pronto intentarán tomar al pueblo en sus manos. El pueblo es un poder. Hay que *dominarlo*. Pero también es un poder *revolucionario*. Por lo tanto, hay que *domarlo*. Esta es, evidentemente, la futura táctica del grupo *Osvoboshdenie*. Nuestra lucha por una revolución, nuestro trabajo preparatorio para la revolución debe ser también nuestra lucha despiadada contra el liberalismo por la influencia sobre las masas, por un papel dirigente en la revolución. En esta lucha contaremos con el apoyo de una gran potencia, ¡la lógica misma de la revolución!

La revolución ha llegado.

Las formas que ha tomado el levantamiento del 9 de enero no podían preverse. Un sacerdote revolucionario, colocado de manera desconcertante por la historia a la cabeza de las masas trabajadoras durante varios días, imprimió a los acontecimientos el sello de su personalidad, de sus concepciones, de su rango. Esta forma puede inducir a error a muchos observadores en cuanto al fondo real de los acontecimientos. El significado real de los acontecimientos, sin embargo, es justo el que la socialdemocracia previó. La figura central es el proletariado. Los obreros inician una huelga, se unen, formulan reivindicaciones políticas, salen a la calle, se ganan la simpatía entusiasta de toda la población, libran batallas con el ejército... El héroe, Gapón¹⁸, no ha creado la energía revolucionaria de los obreros petersburgueses, sólo la ha desatado. Encontró a miles de obreros pensantes y a decenas de miles de otros en estado de agitación política. Formuló un plan que unió a todas esas masas durante un día. Las masas fueron a hablar con el zar. Se enfrentaron a ulanos, cosacos y guardias. El plan de Gapón no había preparado a los trabajadores para eso. ¿Cuál fue el resultado? Cogieron armas donde pudieron, levantaron barricadas... Lucharon, aunque, aparentemente, fueron a pedir clemencia. Esto demuestra que *no fueron a suplicar, sino a exigir*.

El proletariado de Petersburgo manifestó un grado de alerta política y de energía revolucionaria que excedía con mucho los límites del plan trazado por un líder casual. El

¹⁶ El ucace del 12 de diciembre de 1905 fue una respuesta del gobierno a las persistentes demandas políticas de la época de la “primavera”. El ucace prometía una serie de insignificantes reformas burocráticas, ni siquiera mencionaba una representación popular y amenazaba con aumentar los castigos por “perturbaciones de la paz y el orden.”

¹⁷ Trepov era uno de los burócratas más odiados, devoto alumno de Von Plehve en la labor de ahogar en sangre los movimientos revolucionarios.

¹⁸ George Gapón fue el sacerdote que organizó la marcha del 9 de enero. La admiración de Trotsky por el heroísmo de Gapón fue compartida en un principio por muchos revolucionarios. Más tarde se supo que Gapón desempeñaba un dudoso papel como amigo del trabajo, y agente del gobierno.

plan de Gapón contenía muchos elementos de romanticismo revolucionario. El 9 de enero, el plan se vino abajo. Sin embargo, el proletariado revolucionario de Petersburgo no es el romanticismo, es una realidad viva. También lo es el proletariado de otras ciudades. Una enorme ola se extiende por Rusia. Aún no se ha calmado. Una sacudida y el cráter proletario comenzará a arrojar torrentes de lava revolucionaria.

El proletariado se ha levantado. Ha elegido un pretexto incidental y un líder casual: un sacerdote abnegado. Eso parecía suficiente para *empezar*. No era suficiente para *ganar*.

La victoria no exige un método romántico basado en un plan ilusorio, sino una táctica revolucionaria. *Hay que preparar una acción simultánea del proletariado de toda Rusia*. Esta es la primera condición. Ninguna manifestación local tiene ya un significado político serio. Después del levantamiento de Petersburgo, sólo debe producirse un levantamiento de toda Rusia. Los estallidos dispersos sólo consumirían la preciosa energía revolucionaria sin ningún resultado. Dondequiera que se produzcan estallidos espontáneos, como un eco tardío del levantamiento de Petersburgo, *deben aprovecharse para revolucionar y solidificar a las masas, para popularizar entre ellas la idea de un levantamiento de toda Rusia* como tarea de los próximos meses, quizá sólo semanas.

Este no es el lugar para discutir la técnica de un levantamiento popular. Las cuestiones de técnica revolucionaria sólo pueden resolverse de manera práctica, bajo la presión viva de la lucha y en constante comunicación con los miembros activos del partido. No hay duda, sin embargo, de que los problemas técnicos de la organización de un levantamiento popular asumen en la actualidad una enorme importancia. Esos problemas exigen la atención colectiva del partido.

[Trotsky procede a discutir la cuestión del armamento, los arsenales, los enfrentamientos con las unidades del ejército, las barricadas, etc. Luego continúa:]

Como ya se ha dicho, estas cuestiones deben ser resueltas por las organizaciones locales. Por supuesto, ésta es sólo una tarea menor en comparación con la dirección política de las masas. Sin embargo, esta tarea es esencial para la propia dirección política. La organización de la revolución se convierte actualmente en el eje de la dirección política de las masas sublevadas.

¿Cuáles son los requisitos para esta dirección? Algunas cosas muy simples: liberación de la rutina en cuestiones de organización; liberación de las miserables tradiciones de conspiración clandestina; amplitud de miras; iniciativa valiente; capacidad de calibrar las situaciones; iniciativa valiente una vez más.

Los acontecimientos del 9 de enero nos han dado un comienzo revolucionario. Nunca debemos caer por debajo de él. Debemos convertirlo en nuestro punto de partida para hacer avanzar la revolución. Debemos impregnar nuestro trabajo de propaganda y organización con las ideas políticas y las aspiraciones revolucionarias del levantamiento de los obreros de Petersburgo.

La revolución rusa se acerca a su punto culminante: el levantamiento nacional. La organización de este levantamiento, que determinaría el destino de toda la revolución, se convierte en la tarea del día para nuestro partido.

Nadie más que nosotros podemos llevar a cabo esa tarea. El cura Gapón sólo pudo aparecer una vez. Albergaba ilusiones extraordinarias¹⁹, por eso pudo hacer lo que ha hecho. Sin embargo, sólo pudo permanecer a la cabeza de las masas durante un breve período. La memoria de George Gapón será siempre muy querida por el proletariado revolucionario. Pero su memoria será la de un héroe que abrió las compuertas del torrente

¹⁹ Las “ilusiones políticas” de George Gapón, a las que se refiere este ensayo, eran su suposición de que el zar era un padre amoroso para su pueblo. Gapón esperaba llegar al Emperador de Todas las Rusias y hacer que “recibiera en mano la demanda de los trabajadores”.

revolucionario. Si ahora pasara al frente una nueva figura, igual a Gapón en energía, entusiasmo revolucionario y poder de ilusión política, su llegada sería demasiado tardía. Lo que fue grande en George Gapón puede parecer ahora ridículo. No hay lugar para un segundo George Gapón, pues lo que se necesita ahora no es una ilusión, sino un pensamiento revolucionario claro, un plan de acción decisivo, una organización revolucionaria flexible que sea capaz de dar a las masas una consigna, de conducir las al campo de batalla, de lanzar un ataque a lo largo de toda la línea y llevar la revolución a una conclusión victoriosa.

Tal organización sólo puede ser obra de la socialdemocracia. Ningún otro partido puede crearla. Ningún otro partido puede ofrecerle a las masas una consigna revolucionaria, ya que nadie fuera de nuestro partido se ha liberado de toda consideración que no pertenezca a los intereses de la revolución. Ningún otro partido, salvo la socialdemocracia, es capaz de organizar la acción de las masas, ya que nadie, salvo nuestro partido, está estrechamente relacionado con las masas.

Nuestro partido ha cometido muchos errores, torpezas, casi crímenes. Vaciló, rehuyó, mostró inercia y falta de coraje. A veces ha obstaculizado el movimiento revolucionario.

Sin embargo, ¡no hay más partido revolucionario que el partido socialdemócrata!

Nuestras organizaciones son imperfectas. Nuestras relaciones con las masas son insuficientes. Nuestra técnica es primitiva.

Sin embargo, ¡no hay más partido conectado con las masas que el partido socialdemócrata!

¡A la cabeza de la revolución está el proletariado! ¡A la cabeza del proletariado está la socialdemocracia!

¡Camaradas! ¡Ejercemos todo nuestro poder! Volquemos en ello toda nuestra energía y toda nuestra pasión. No olvidemos ni por un momento la gran responsabilidad que incumbe a nuestro partido: una responsabilidad ante la revolución rusa y ante el socialismo internacional.

El proletariado del mundo entero nos mira con expectación. Una revolución rusa victoriosa abre amplias perspectivas a la humanidad. ¡Camaradas, cumplamos con nuestro deber!

¡Cerramos filas, camaradas! ¡Unámonos y unamos a las masas! ¡Preparémonos, y preparemos a las masas para el día de las acciones decisivas! No pasemos nada por alto. No dejemos ningún poder sin utilizar para la causa.

Valientes, honrados, armoniosamente unidos, marcharemos hacia adelante, unidos por lazos inquebrantables, ¡hermanos en la revolución!

Perspectivas de una dictadura obrera [extractos de Resultados y perspectivas] (1906)

Introducción por Moissaye J. Olgin

Este es, quizás, el escrito político más notable que ha producido la revolución. Escrito a principios de 1906, después de las grandes convulsiones del otoño de 1905, en un momento en que la revolución rusa iba evidentemente cuesta abajo, y la autocracia, después de un momento de relajación, aumentaba su control mortal sobre el país, los ensayos bajo el nombre de *Resultados y perspectivas* (que aquí hemos cambiado por un nombre más comprensible, *Perspectivas de la dictadura obrera*) despertaron más asombro que admiración. Parecían totalmente fuera de lugar. Ignoraban a los partidos liberales como cantidades bastante insignificantes. Ignoraban la creación de la duma, a la que los demócratas constitucionales concedían tanta importancia como lugar donde la democracia libraría las batallas del pueblo y ganaría. Ignoraban el hecho mismo de que la vanguardia de la revolución, el proletariado industrial, estaba derrotado, desorganizado, abatido, cansado.

Los ensayos se encontraron con la oposición de destacados pensadores socialdemócratas de las facciones bolchevique y menchevique. Los ensayos parecían más una expresión del ardor revolucionario de Trotsky, de su fe inquebrantable en el futuro de la revolución rusa, que un reflejo de las realidades políticas. Se sabía que los había escrito entre los muros de la cárcel. ¿No debería el mismo hecho de su encarcelamiento haberle convencido de que al dibujar una dictadura obrera sólo estaba soñando?

La historia ha demostrado que no era un sueño. Cualquiera que sea nuestra actitud hacia el curso de los acontecimientos en la revolución de 1917, debemos admitir que, en general, este curso ha tomado la dirección predicha en los ensayos de Trotsky. Ahora hay una dictadura obrera en Rusia. Es una dictadura obrera, no una “dictadura del proletariado y el campesinado”. Los partidos liberales y radicales han perdido influencia. El gobierno obrero ha puesto a la orden del día la propiedad colectiva y la gestión colectiva de las industrias. El gobierno obrero no ha dudado en declarar que Rusia está preparada para una revolución socialista. Se vio obligado a hacerlo bajo la presión de las masas proletarias revolucionarias. El ejército ruso se ha disuelto en el pueblo armado. La revolución rusa ha llamado a los trabajadores del mundo a hacer una revolución social.

Todo esto había sido esbozado por Trotsky hace doce años. Cuando uno lee esta serie de ensayos, tiene la sensación de que fueron escritos no en el curso de la primera agitación rusa (los ensayos aparecieron en 1906 como parte de un libro de Trotsky, titulado *Nuestra revolución*, Petersburgo, N. Glagoleff, editor) sino como si estuvieran discutiendo problemas de la situación actual. Esto, más que cualquier otra cosa, muestra la *continuidad* de la revolución. El gran derrocamiento de 1917 fue completado por las mismas fuerzas políticas y sociales que se habían encontrado y aprendido a conocerse en las tormentas de 1905 y 1906. La ideología de los diversos grupos y partidos apenas había cambiado. Incluso los dirigentes de los principales partidos eran, en lo esencial, las mismas personas. Por supuesto, la situación internacional era diferente. Pero incluso la posibilidad de una guerra europea y sus consecuencias habían sido previstas por Trotsky en sus ensayos.

Hace doce años, esos ensayos parecían retratar un mundo imaginario. Hoy parecen contar la historia de la revolución rusa. Podemos estar de acuerdo o no con Trotsky, el líder, pero nadie puede negar el poder y la claridad de su visión política.

M. Olgin, 1918

Perspectivas de una dictadura obrera

En el *primer* capítulo, titulado “Las particularidades del desarrollo histórico”, el autor ofrece un amplio esbozo del crecimiento del absolutismo en Rusia. Dice que el desarrollo de las formas sociales en Rusia fue lento y primitivo. Nuestra vida social se construyó sobre una base económica arcaica y exigua. Sin embargo, Rusia no llevaba una vida aislada. Rusia estaba sometida a la presión constante de los organismos político-económicos superiores de los estados occidentales vecinos. El estado ruso, en su lucha por la existencia, superó su base económica. El desarrollo histórico en Rusia, por lo tanto, estaba teniendo lugar bajo una terrible tensión de las fuerzas económicas nacionales. El estado absorbió la mayor parte del excedente económico nacional y también parte del producto necesario para el mantenimiento del pueblo. El estado socavó así sus propios cimientos. Por otra parte, para asegurarse los medios indispensables para su crecimiento, el estado forzó el desarrollo económico mediante medidas burocráticas. Desde finales del siglo XVII, el estado estaba muy ansioso por desarrollar las industrias en Rusia. “Nuevos ramos de oficios, máquinas e industrias, producción en gran escala y capital parecen, por decirlo así, servir como injertos en el tronco económico natural. El capitalismo aparece como un hijo del estado. Desde este punto de vista también se podría decir que toda la ciencia rusa es un producto artificial de los esfuerzos estatales, puesta artificialmente sobre el tronco natural de la ignorancia nacional.”²⁰ Esto, sin embargo, es una concepción errónea. El estado ruso no pudo haber creado algo de la nada. La acción del estado sólo aceleró los procesos de evolución natural de la vida económica. Las medidas estatales que contradecían esos procesos estaban condenadas al fracaso. Aun así, el dominio del estado en la vida económica era enorme. Cuando el desarrollo social alcanzó la fase en que las clases burguesas empezaron a experimentar el deseo de instituciones políticas de tipo occidental, la autocracia rusa estaba plenamente equipada con todo el poder material de un estado europeo moderno. Tenía a su disposición una maquinaria burocrática centralizada, incapaz de regular las relaciones modernas, pero lo suficientemente fuerte como para llevar a cabo la labor de opresión. Estaba en condiciones de superar las distancias por medio de la telefonía y los ferrocarriles, algo desconocido para las autocracias prerrevolucionarias de Europa. Tenía un ejército colosal, incompetente en las guerras contra enemigos extranjeros, pero lo bastante fuerte para mantener la autoridad del estado en los asuntos internos.

Basándose en su aparato militar y fiscal, que absorbía la mayor parte de los recursos del país, el gobierno aumentó su presupuesto anual hasta la enorme cantidad de dos billones de rublos, convirtió la bolsa de Europa en su tesorería y al contribuyente ruso en esclavo de las altas finanzas europeas. Poco a poco el estado ruso se convirtió en un fin en sí mismo. Se convirtió en un poder independiente de la sociedad. Dejó insatisfechas las necesidades más elementales del pueblo. Era incapaz incluso de defender la seguridad del país frente a enemigos extranjeros. Sin embargo, parecía fuerte, poderoso, invencible. Inspiraba temor.

Se hizo evidente que el estado ruso nunca concedería reformas por voluntad propia. Con el paso de los años, el conflicto entre el absolutismo y las exigencias del progreso económico y cultural se hizo cada vez más agudo. Sólo había una forma de resolver el problema: “acumular el suficiente vapor revolucionario en la marmita del absolutismo para poder hacerla volar”²¹. Este era el camino trazado por los marxistas hace mucho tiempo. El marxismo era la única doctrina que había predicho correctamente el curso del desarrollo en Rusia.

En el *segundo* capítulo, “Ciudad y capital”, Trotsky intenta una explicación teórica a la debilidad de la clase media en Rusia. La Rusia del siglo XVIII, e incluso de la mayor parte del XIX, se caracterizaba por la ausencia de ciudades como centros industriales. Nuestras grandes ciudades eran centros administrativos más que industriales. Nuestras industrias primitivas estaban dispersas en los pueblos como ocupaciones auxiliares de los campesinos. Incluso la población de nuestras llamadas “ciudades”, en generaciones anteriores se mantenía en gran medida gracias a la agricultura. Las ciudades rusas nunca contuvieron una clase de artesanos próspera, eficiente y

²⁰ *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, OELT-EIS, página 12 del formato pdf.

²¹ *Ibidem*, Página 14

segura de sí misma, ese verdadero fundamento de la clase media europea que en el curso de las revoluciones contra el absolutismo se identificó con el “pueblo”. Cuando el capitalismo moderno, ayudado por el absolutismo, apareció en escena en Rusia y convirtió las grandes aldeas en modernos centros industriales casi de la noche a la mañana, no tenía ninguna clase media en la que apoyarse. En las ciudades rusas, por tanto, la influencia de la burguesía es mucho menor que en Europa occidental. Las ciudades rusas contienen prácticamente un gran número de obreros y pequeños grupos de capitalistas. Además, el peso político específico del proletariado ruso es mayor que el del capital empleado en Rusia, porque este último es en gran parte capital *importado*. Así, mientras una gran parte del capital que opera en Rusia ejerce su influencia política en los parlamentos de Bélgica o Francia, la clase obrera empleada por el mismo capital ejerce toda su influencia en la vida política de Rusia. Como resultado de estos particulares desarrollos históricos, el proletariado ruso, reclutado entre los campesinos empobrecidos y los artesanos rurales arruinados, se ha acumulado en las nuevas ciudades en gran número, «habiendo tan sólo entre el absolutismo y él [el proletariado] una burguesía capitalista numéricamente débil, aislada del “pueblo”, medio extranjera de origen, sin tradiciones históricas y animada únicamente por la codicia.»²²

1789-1848-1905

La historia no se repite. Por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la Gran Revolución Francesa, no por eso se convierte la primera en una simple repetición de la segunda. El siglo XIX no ha transcurrido en vano.

Ya el año 1848 presenta una gran diferencia respecto al año 1789. En comparación con la gran revolución, la prusiana o la austríaca sorprendieron por su falta de brío²³. Por un lado, llegaron demasiado pronto; por otro, demasiado tarde. El gigantesco esfuerzo que necesita la sociedad burguesa para arreglar cuentas radicalmente con los señores del pasado, sólo puede ser conseguido, bien mediante la poderosa *unidad de la nación entera* que se subleva contra el despotismo feudal, bien mediante una evolución acelerada de la *lucha de clases* dentro de esta nación en vías de emancipación.

El primer caso se dio entre 1789 y 1793; toda la energía nacional que se había ido acumulando en la tremenda resistencia contra el viejo orden, se volcó por completo en la lucha contra la reacción. En el segundo caso, que hasta ahora no se ha dado en la historia y que consideramos solamente como una posibilidad, se produce, dentro de la nación burguesa, el grado de energía necesario para conseguir la victoria sobre las fuerzas oscuras del pasado, mediante una “discutible” lucha de clases. Los ásperos conflictos internos que consumen gran parte de sus energías y privan a la burguesía de la posibilidad de desempeñar el papel principal, empujan a su antagonista hacia delante, le dan en un mes la experiencia de décadas, le colocan en el frente más avanzado y le entregan las riendas tendidas, ocasión que él aprovecha para, decididamente y sin vacilaciones, dar a los acontecimientos un ímpetu poderoso.

O una nación que se contrae toda ella como un león preparándose para el salto; o una nación que se ha dividido definitivamente, durante el proceso de la lucha, para dejar en libertad de movimientos a su mejor parte en orden a la realización de la tarea para la cual el todo entero ya no tiene fuerzas suficientes. Estos son dos tipos opuestos que, desde luego, se pueden contraponer en su forma pura sólo teóricamente.

²² *Ibidem*, página 18 del formato pdf.

²³ Véase en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#) los abundantes materiales de Marx y Engels de esos años tratando la cuestión (materiales que próximamente reuniremos en un volumen para nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels](#))

Lo peor es, como en tantos otros casos, un término medio; en este término medio se encontró el año 1848.

En el período heroico de la historia francesa vemos delante de nosotros una burguesía ilustrada y activa que aún no había descubierto sus propias contradicciones. La historia le había confiado la tarea del mando, en la lucha por el nuevo orden, no sólo en contra de las instituciones anticuadas de Francia sino también en contra de las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Como consecuencia, la burguesía en todas sus diversas fracciones se siente conductora de la nación, compromete a las masas en la lucha, les transmite consignas y les señala la táctica de la lucha. La democracia unificó la nación bajo una ideología política. El pueblo (pequeños burgueses, campesinos y obreros) elegían burgueses como diputados y las tareas encargadas a ellos por las masas, estaban escritas en el lenguaje de una burguesía que era consciente de su papel mesiánico. Aunque también durante la revolución misma se destacan claramente antagonismos de clase, el ímpetu, una vez conseguido, de la lucha revolucionaria elimina política y consecuentemente los elementos burocráticos de la burguesía. Ninguna capa social es relevada sin haber transmitido antes su energía a las que le suceden. Así, la nación como un todo continúa la lucha por sus objetivos con medios cada vez más potentes y decididos. Cuando la crema de la burguesía adinerada se separa del núcleo del movimiento nacional puesto en marcha y se alía con Luis XVI, se vuelven las reivindicaciones de la nación, que a la sazón están ya dirigidas *contra* esta burguesía, hacia el sufragio universal, y hacia la república como formas lógicas e inevitables de la democracia.

La Gran Revolución Francesa es, en efecto, una revolución nacional. Incluso más: aquí se manifiesta en su forma clásica la lucha mundial del orden social burgués por el dominio, el poder y la victoria indivisa dentro del marco nacional.

Jacobinismo es hoy una injuria en boca de los sabelotodo liberales. El odio burgués contra la revolución, contra las masas, contra la violencia y contra la historia que se hace en la calle, se ha concentrado en un grito de indignación y de angustia: ¡Jacobinismo! Nosotros, el ejército mundial del comunismo, históricamente hemos ya arreglado cuentas hace tiempo con el jacobinismo. Todo el movimiento proletario internacional de la actualidad ha nacido y se ha fortalecido en disputa con las tradiciones del jacobinismo. Lo hemos sometido a una crítica teórica, hemos mostrado su estrechez, hemos desenmascarado su contradicción social, su utopismo, su fraseología y hemos roto con sus tradiciones que, durante décadas, pasaban por herencia sagrada de la revolución.

Pero defendemos el jacobinismo contra los ataques, las calumnias y los ultrajes insípidos de que le hace objeto el liberalismo flemático y exangüe. La burguesía ha traicionado ignominiosamente todas las tradiciones de su juventud histórica, sus mercenarios actuales profanan las tumbas de sus antepasados y calumnian los vestigios de sus ideales. El proletariado defiende el honor del pasado revolucionario de la burguesía. El proletariado que, en la práctica, ha roto tan radicalmente con las tradiciones revolucionarias de la burguesía, las protege como herencia de grandes pasiones, de heroísmo e iniciativa y su corazón late lleno de simpatía hacia los hechos y las palabras de la Convención jacobina.

¿Qué es lo que dio al liberalismo su fuerza atractiva que no fuesen las tradiciones de la Gran Revolución Francesa? ¿En qué otro período se elevó la democracia burguesa a tal altura, encendió una llama tal en el corazón del pueblo como lo logró la democracia jacobina, *sans-culottes* y terrorista de Robespierre en el año 1793?

¿No era el jacobinismo el que posibilitaba y posibilita todavía al radicalismo burgués francés de los diversos matices a mantener en proscripción hasta hoy en día a una inmensa parte del pueblo, incluso del proletariado (y eso en una época en que el

radicalismo burgués en Austria y Alemania nutría su breve historia de actos inútiles y ridículos)?

¿No es la fuerza atractiva del jacobinismo, su ideología política abstracta, su culto por la República Sagrada y sus declamaciones solemnes, de lo que se nutren todavía hoy los radicales y radical-socialistas franceses como Clemenceau, Millerand, Briand, Bourgeois y todos esos políticos, más incapaces todavía de conservar las esencias de la sociedad burguesa que los *junkers* de Guillermo II, estúpidos por la gracia de Dios; *junkers* a los cuales envidian tan desesperadamente las democracias burguesas de otros países mientras, simultáneamente, denigran la razón y la fuente de su posición política privilegiada (el jacobinismo heroico) con calumnias? Incluso después de haber defraudado muchas esperanzas, siguió el jacobinismo viviendo como tradición en la conciencia del pueblo; el proletariado habló aún durante mucho tiempo de su futuro en el lenguaje del pasado. En el año 1840, casi medio siglo después del gobierno del “partido de la Montaña”, ocho años antes de los días de junio del 48, Heine visitó varios talleres en el suburbio Saint-Marceau, y pudo ver lo que leían los obreros, “la parte más fuerte de la clase baja”. “Allí encontré [así informó a un periódico alemán] varias ediciones nuevas de los discursos del viejo Robespierre, también de los panfletos de Marat por entregas, la *Historia de la revolución* de Cabet, la libélula venenosa de Cormenin, *Babeuf y la conspiración de los Iguales* de Buonarrotti, todos ellos escritos que olían como a sangre... Como fruto de esta siembra [profetizó el poeta] amenaza prorrumpir, más tarde o más temprano, desde la tierra francesa, la república²⁴.”

En el año 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel comparable. No era lo suficientemente dispuesta ni audaz como para asumir la responsabilidad de la eliminación revolucionaria del orden social que se oponía a su dominación. Entretanto, hemos podido llegar a conocer el *porqué*. Su tarea consistía más bien (de eso se daba ella cuenta claramente) en incluir en el viejo sistema garantías que eran necesarias, no para su dominación política, sino simplemente para un reparto del poder con las fuerzas del pasado. La burguesía había extraído algunas lecciones de la experiencia de la burguesía francesa: estaba corrompida por su traición y amedrentada por sus fracasos. No solamente se guardaba muy bien de empujar a las masas al asalto contra el viejo orden, sino que buscaba un apoyo en el viejo orden, con tal de rechazar a las masas que la empujaban hacia adelante.

La burguesía francesa supo hacer grande su revolución. Su conciencia era al mismo tiempo la conciencia de la sociedad entera y nada podía convertirse en institución duradera sin haber sido reconocido antes por esta conciencia como un objetivo suyo, como una tarea suya de carácter político. A menudo adoptó una actitud teatral para esconder ante sí misma la estrechez de su propio mundo burgués; pero seguía adelante, sin embargo.

La burguesía alemana, en cambio, desde el principio en vez de “hacer” la revolución, se separaba de ella. Su conciencia se rebeló contra las condiciones objetivas de su propia dominación. No se podía llegar a la revolución con su concurso, sino contra ella. En su pensamiento, las instituciones democráticas se presentaban no como un objetivo de su lucha, sino como el peligro para su bienestar.

En el año 48 se necesitaba una clase que hubiese sido capaz de tomar en sus manos los acontecimientos, prescindiendo de la burguesía e incluso en contradicción con ella, una clase que hubiera estado dispuesta no sólo a empujar a la burguesía hacia adelante con toda su fuerza, sino también a quitar de en medio, en el momento decisivo, su cadáver político.

²⁴ [*Lutetia*, carta del 30 de abril de 1840, en H. Heine, *Obras y correspondencia*, Berlín, 1962, tomo 6, página 268.]

Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de hacerlo.

La *pequeña burguesía* urbana era no sólo hostil al ayer sino también al mañana. Estaba todavía encamisada en las circunstancias medievales (pero se veía ya impotente para mantenerse frente a la industria “libre”); todavía configuraba los rasgos de las ciudades (pero ya cedía su influencia a favor de la gran burguesía y de la mediana); ahogada en sus prejuicios, aturdida por el alboroto de los acontecimientos, explotada y explotando ella misma, ávida y desesperada en su codicia, la pequeña burguesía atrasada no podía ponerse a la cabeza de los acontecimientos mundiales.

Al *campesinado* le faltaba, en una medida aún mayor, una iniciativa política independiente. Desde hacía siglos avasallado, empobrecido y furioso, siendo siempre la encrucijada tanto de la vieja explotación como de la nueva, el campesinado representaba, en un momento determinado, una fuente rica en caótica fuerza revolucionaria. Pero desunido, dispersado, rechazado de las ciudades, los centros nerviosos de la política y de la cultura, apático, limitado en su horizonte a lo que le rodeaba de inmediato e indiferente frente a todo pensamiento urbano, el campesinado no podía tomar importancia como fuerza dirigente. A partir del momento en que le liberaban de la carga de las obligaciones feudales, el campesinado volvía a su inmovilidad y pagaba a la ciudad, que había luchado por sus derechos, con extrema ingratitud: los campesinos liberados se convertían en fanáticos del “orden”.

La *intelligentsia democrática*, sin un poder de clase, se arrastraba pronto, como una especie de retaguardia política, a remolque de su hermana mayor, la burguesía liberal; luego, en momentos críticos, se separaba de ella para únicamente dar pruebas de su propia impotencia. Se enredaba en contradicciones insolubles y llevaba consigo esta confusión por todas partes.

El *proletariado* era demasiado débil, se encontraba sin organización, sin experiencia y sin conocimientos. El desarrollo capitalista había progresado lo suficiente como para hacer necesaria la abolición de las viejas condiciones feudales, pero no tan suficientemente como para permitir destacarse a la clase obrera (el producto de las nuevas condiciones de producción) como una fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se había desarrollado demasiado en el marco nacional de Alemania como para que aún le fuera posible a la burguesía figurar intrépidamente con el papel de protagonista nacional; pero no se había desarrollado tanto como para que el proletariado pudiese hacerse cargo él mismo de este papel. Aunque los roces internos de la revolución preparaban al proletariado para la independencia política, también ellos debilitaban, al mismo tiempo, la energía y la unidad de acción, hacían despilfarrar infructuosamente las fuerzas y obligaban a la revolución, después de los primeros éxitos, a marcar el paso sin moverse del sitio para emprender luego la retirada bajo los golpes de la reacción.

Austria ha sido un ejemplo especialmente claro y trágico, de esta inexperiencia y del error que supone no llevar las condiciones políticas a sus últimas consecuencias durante un período revolucionario.

El proletariado de Viena mostró en 1848 un heroísmo asombroso y una energía inagotable. Una y otra vez se metía de lleno en la lucha empujado por un ronco instinto de clase, sin tener una idea general sobre los objetivos de la misma; saltaba de una consigna a la otra. La dirección del proletariado pasó (asombrosamente) al *estudiantado*, el único *grupo democrático* activo que tenía, gracias a su actividad, una gran influencia sobre las masas y, por consecuencia, también sobre los acontecimientos. Los estudiantes podían, sin duda, luchar valientemente en las barricadas y fraternizar honrosamente con los obreros, pero eran incapaces de señalar la dirección de la revolución, posibilidad que la “dictadura” de la calle había colocado entre sus manos.

El proletariado, desunido, sin experiencia política y sin dirección política independiente, seguía a los estudiantes. En cada momento crítico los obreros ofrecían firmemente a los “señores que trabajan con la cabeza” la ayuda de los “que trabajan con las manos”. Una vez convocaron los estudiantes a los obreros, otra vez les cerraron el camino al centro de la ciudad. Otras veces, en virtud de la autoridad política de que se revestía la “legión académica”, les prohibían plantear reivindicaciones propias independientes. He aquí la forma clásica de la benévola dictadura revolucionaria *sobre* el proletariado.

La consecuencia de todo ello fueron los acontecimientos siguientes. Cuando el 26 de mayo todos los obreros vieneses siguieron el llamamiento de los estudiantes y se pusieron en acción para impedir que desarmaran a la “legión académica”, cuando la población de la capital levantaba barricadas por todas partes, cuando se demostró asombrosamente potente y se apoderó de toda la ciudad, cuando la Viena armada tenía a Austria como respaldo, cuando la monarquía, que se dio a la fuga, había perdido todo significado, cuando, a causa de la presión popular, también las últimas tropas fueron mandadas retirarse de la capital, cuando el poder gubernamental de Austria era un objeto sin dueño, entonces, no hubo ninguna fuerza política para hacerse con el timón.

La *burguesía liberal*, conscientemente, no quería encargarse de un poder que había sido tomado de una manera tan rapaz; soñaba únicamente con el regreso del emperador, que se había retirado de la huérfana Viena al Tirol.

Los *obreros* eran suficientemente valientes para destrozar a la reacción, pero no lo bastante organizados y conscientes como para tomar posesión de la herencia de la misma. Existía un movimiento obrero potente, pero no había todavía ninguna verdadera lucha de clases desarrollada en la que el proletariado hubiese podido precisar sus fines políticos. El proletariado, incapaz de tomar el timón por sí mismo, tampoco podía inducir a la democracia burguesa a que realizara este gran acto histórico, ya que la burguesía (como ya tantas otras veces) se escondía en el momento decisivo. Para obligar a este cobarde a cumplir con sus deberes, el proletariado hubiera necesitado, en todo caso, de la misma fuerza y madurez que para la organización de un propio gobierno obrero provisional.

En resumidas cuentas, una situación que un contemporáneo caracterizó muy acertadamente con las palabras siguientes: “En efecto, en Viena se ha edificado la república pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta de ello...” La república, de la que nadie se había enterado, desapareció para mucho tiempo y dejó el camino libre a los Habsburgo... Una ocasión, una vez que se ha desaprovechado no vuelve por segunda vez.

De las experiencias de las revoluciones húngara y alemana, Lassalle sacó la conclusión de que, de allí en adelante, la revolución solamente se podía apoyar en la lucha de clases del proletariado.

Lassalle escribe a Marx en su carta del 24 de octubre de 1849: “Hungría tuvo la oportunidad, más que ningún otro país, de culminar felizmente la lucha. Entre otras causas, porque allí los partidos todavía no habían llegado a una separación y a un aislamiento tan radicales, al fuerte contraste que se da en Europa occidental; y porque allí la revolución aún estaba cubierta bajo la forma de una lucha nacional por la independencia. A pesar de eso, Hungría sucumbió y precisamente debido a la traición del partido *nacional*”.

“Por lo tanto [continúa Lassalle en relación con la historia de Alemania durante los años 1848 y 1849] esto me ha servido de lección definitiva en el sentido de considerar que en Europa ya no puede terminar bien ningún combate que no sea de antemano una pronunciada lucha *puramente socialista*; que ya no podrá terminar bien ninguna lucha que implique las cuestiones sociales sólo como un elemento oscuro, como un fondo,

presentándose por fuera bajo la forma de una insurrección nacional o de un republicanismo burgués.”²⁵

No vamos a detenernos en la crítica de estas decisivas conclusiones finales. En todo caso, son indudablemente correctas en el sentido de que, ya a mediados del siglo XIX, no se podía resolver la tarea nacional de la emancipación por la presión homogénea y unánime de la nación entera. Sólo la táctica independiente del proletariado, el cual sacase las fuerzas para luchar de su situación de clase y solamente de ella, podía garantizar la victoria de la revolución.

La clase obrera rusa del año 1906 no se parece en absoluto a la clase obrera de Viena del 48. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los sóviets de diputados obreros. Aquí no se trata de organizaciones de conspiradores minuciosamente preparadas, que en un momento de exaltación se hacen con el poder sobre la masa del proletariado. No, aquí se trata de órganos creados metódicamente por esta misma masa en orden a la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos sóviets, elegidos por las masas y responsables ante ellas, estas organizaciones incondicionalmente democráticas, practican una política de clase enormemente decisiva en el sentido del socialismo revolucionario.

Las particularidades sociales de la revolución rusa aparecen especialmente claras en la cuestión de la entrega de armas al pueblo. Una milicia (guardia nacional) fue la primera consigna y la primera adquisición de todas las revoluciones (1789 y 1848) en París, en todos los estados de Italia, en Viena y en Berlín. En el año 1848, la guardia nacional (es decir, la entrega de armas a los propietarios y a los “intelectuales”) fue una consigna de toda la oposición burguesa, incluso de la más moderada, pero su objetivo no era únicamente el de proteger las libertades ganadas o meramente “concedidas” contra los intentos de subversión desde arriba sino también la de preservar la propiedad burguesa de los abusos del proletariado. La demanda de una milicia era, por tanto, una clara exigencia clasista de la burguesía. “Los italianos sabían muy bien [comentó un historiador inglés liberal a propósito del acuerdo italiano] que el armamento de la milicia civil haría imposible una subsistencia del despotismo. Además, era una garantía para las clases poseedoras contra una posible anarquía y contra cualquier clase de agitación popular”²⁶. Y la reacción dominante, quien en los centros importantes no disponía del poder militar suficiente para poder combatir la “anarquía”, es decir, las masas revolucionarias, armaba a la burguesía. El absolutismo permitió, por de pronto, a los burgueses oprimir y pacificar a los obreros, para luego él desarmar y pacificar a los burgueses mismos.

En Rusia, la reivindicación de las milicias no tiene ni el más mínimo apoyo de los partidos burgueses. En el fondo los liberales no pueden menos de comprender su importancia: en este sentido, el absolutismo les ha servido claramente de lección. Pero también se dan cuenta de que es absolutamente imposible componer una milicia sin o contra el proletariado. Los obreros rusos se parecen poco a los obreros del 48 que llenaron de piedras sus bolsillos y enarbolaban garrotes, mientras que los traficantes, los estudiantes y los abogados llevaban al hombro mosquetes reales y ceñían espadas.

Armar la revolución significa en Rusia, antes que nada, armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck con el único objeto de no tener que armar a los obreros.

En la colección de artículos *El estado constitucional*, el manifiesto de la coalición liberaldemócrata, Dzvelegov dice con mucha razón, al discutir la posibilidad de un golpe de estado, que “la sociedad misma tiene que demostrar, en el momento decisivo, su disposición a sublevarse para proteger su Constitución”. Pero como de ahí resulta por sí

²⁵ [Ferdinand Lassalle, *Cartas y escritos póstumos*, Tomo 3, G. Mayer, Stuttgart-Berlín, 1922, página 14.]

²⁶ Bolon King, *Istoriya obedinenija Italii* [Historia de la unidad italiana], Moscú, Tomo I, página 220.]

mismo la exigencia de armar al pueblo, el filósofo liberal cree “necesario añadir” que para la defensa contra los golpes de estado “no es necesario en absoluto que todo el mundo tenga preparadas las armas”²⁷. Lo único necesario es que la sociedad misma esté dispuesta a resistir. Sigue siendo desconocido por qué camino debe hacerlo. Si algo resulta claro de estas evasivas es que, en el corazón de nuestros demócratas, el miedo a la soldadesca de la autocracia ha sido vencido por el miedo al proletariado en armas.

Así la tarea de armar a la revolución recae con todo su peso sobre el proletariado. Y la milicia civil, la reivindicación clasista de la burguesía del 48, se presenta en Rusia desde el principio como una exigencia de armar al pueblo y sobre todo al proletariado. Con esta cuestión se pone al descubierto todo el destino de la revolución rusa.

Revolución y proletariado

La revolución es una prueba de fuerza abierta entre las fuerzas sociales en lucha por el poder.

El estado no tiene fin en sí mismo. Es simplemente un instrumento de trabajo en las manos de la fuerza social dominante. Como cualquier instrumento, tiene sus mecanismos motrices, de transmisión y de ejecución. La fuerza motriz es el interés de clase, cuyo mecanismo consiste en la agitación, la prensa, la propaganda de iglesia, de escuela, de partido; la manifestación callejera, la petición y la sublevación. El mecanismo de transmisión es la organización legislativa de los intereses de casta, dinastía, capa o clase, bajo el signo de la voluntad divina (absolutismo) o nacional (parlamentarismo). El mecanismo ejecutor finalmente es la administración, con la policía, los tribunales, las cárceles y el ejército.

El estado no tiene fin en sí mismo, sino que es el más perfecto medio de organización, desorganización y reorganización de las relaciones sociales. Según en qué manos se encuentre, puede ser la palanca para una revolución profunda o el instrumento de una paralización organizada.

Cualquier partido político que merezca ese nombre trabaja para conquistar el poder gubernamental, a fin de poner el estado al servicio de la clase cuyos intereses representa. La socialdemocracia, como partido del proletariado, aspira naturalmente a la dominación política de la clase obrera.

El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen *directamente* de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate...

Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado. En 1871, se hizo cargo conscientemente de la dirección de los asuntos públicos en el París pequeñoburgués, aunque sólo por un período de dos meses²⁸; pero ni por una sola hora tomó el poder en los grandes centros capitalistas de Inglaterra o de los estados Unidos. La idea que la dictadura proletaria depende en algún modo automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país, es un prejuicio de un materialismo “económico” simplificado hasta el extremo. Tal concepto no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión la revolución rusa creará

²⁷ *El estado constitucional*, 1ª edición, página 49.

²⁸ Véanse los materiales de La Comuna en la serie de nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria: Comunas de París y Lyon](#).

las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así *tiene que ser*) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político.

En el periódico norteamericano *The Tribune* escribió Marx²⁹, resumiendo los resultados de la revolución y de la contrarrevolución de 1848-1849: “La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político con respecto a la clase obrera de Inglaterra y Francia en la misma medida en que la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de estos países. El criado es como el amo. La evolución en las condiciones de existencia de una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente va de la mano del desarrollo de las condiciones de existencia de una clase media numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más;”³⁰. El lector conoce probablemente esta cita ya que, en los últimos tiempos, los marxistas librescos han abusado de ella frecuentemente. La han puesto de relieve como argumento irrefutable contra la idea del gobierno obrero en Rusia. “El criado es como el amo.” Si la burguesía rusa no es lo suficientemente fuerte como para encargarse de la autoridad pública, entonces menos aún se puede hablar de una democracia obrera, es decir, del dominio político del proletariado.

El marxismo es sobre todo un método de análisis, no del análisis de textos sino del de las relaciones sociales. ¿Es justo, en Rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero? ¿Es justo, en Rusia, que un movimiento proletario independiente no sea posible antes de que la burguesía haya conquistado la autoridad pública? Basta con plantear estas preguntas para reconocer el desesperado formalismo de pensamiento contenido en el intento de convertir un comentario histórico relativo de Marx en un teorema secular.

El desarrollo de la industria fabril en Rusia tuvo, en los períodos de prosperidad industrial, un carácter “norteamericano”; pero las dimensiones efectivas de nuestra industria capitalista parecen enanas en comparación con la industria de los estados norteamericanos. Cinco millones de personas (el 16,6% de la población trabajadora) están ocupadas en la industria transformadora de Rusia; el número correspondiente en los Estados Unidos es de seis millones (el 22,2%). Estas cifras expresan todavía poco comparativamente; sin embargo, dan una idea clara si tenemos presente que la población rusa es casi el doble de la norteamericana. Pero a fin de poder figurarse las auténticas dimensiones de la industria en estos dos países, hay que señalar que, en Norteamérica en el año 1900, los talleres, fábricas y grandes empresas artesanas vendían mercancías por un valor de 25.000 millones de rublos, mientras que Rusia, en la misma época, producía en sus fábricas y empresas mercancías por un valor de menos de 2.500 millones de rublos³¹.

El número de proletarios industriales, su grado de concentración, su nivel cultural y su importancia política dependen, sin duda, del grado de desarrollo de la industria capitalista. Pero esta dependencia no es directa; entre las fuerzas productivas de un país

²⁹ [Después de la publicación, en 1913, de la correspondencia Marx-Engels, se sabe que estos artículos fueron escritos por F. Engels.]

³⁰ Federico Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS), páginas 6-7 del formato pdf.

³¹ D. Mendeleev, *Para la comprensión de Rusia*, 1906.

y las fuerzas políticas de sus clases se interponen, en cada momento, diferentes factores sociales y políticos de carácter nacional e internacional, que pueden llevar la configuración política correspondiente a unas condiciones económicas en una dirección inesperada, e incluso cambiarla por completo. Aunque las fuerzas productivas de la industria en los Estados Unidos son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política internacional, en la política de nuestro país, y la posibilidad de tener influencia en la política internacional en un futuro próximo es incomparablemente mayor que el papel y la importancia del proletariado norteamericano.

Kautsky, en su trabajo sobre el proletariado norteamericano, recientemente editado, señala que no hay ninguna analogía directa e inmediata entre las fuerzas políticas del proletariado y la burguesía, por un lado, y el grado de desarrollo capitalista, por el otro. “Son sobre todo dos estados [dice] que se contraponen como dos extremos, y de los cuales cada uno contempla el efecto desproporcionadamente fuerte (es decir mayor de lo que corresponde al nivel de su desarrollo) que produce cada uno de estos dos elementos del modo de producción capitalista: *Norteamérica la clase de los capitalistas, Rusia la de los proletarios*. En Norteamérica, más que en ningún otro lugar, se puede hablar de la dictadura del capital. El proletariado en lucha, en cambio no ha obtenido, por ningún concepto, la importancia que en Rusia; y esta importancia tendrá que aumentar, y lo hará, ya que este país tan sólo acaba de comenzar a contemplar luchas de clase y de concederles, en cierto modo, un cierto margen de libertad para su libre desenvolvimiento.” Después de la mención de que Alemania puede estudiar, en cierta medida, su *futuro* en Rusia, Kautsky continúa: “La verdad es que constituye un fenómeno peculiar el que sea precisamente el proletariado ruso quien deba indicarnos nuestro futuro, no en lo que toca a la organización del capital sino en lo que toca a la rebelión de la clase obrera; pues Rusia es el estado más atrasado entre los grandes estados del mundo capitalista. Eso parece estar en contradicción con la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico forma la base del político. Sin embargo, está solamente en contradicción con aquella clase de concepción materialista de la historia que presentan nuestros adversarios y críticos que entienden por ello un *patrón* hecho y no un *método de investigación*”³². Estas líneas hay que recomendarlas especialmente a la atención de aquellos marxistas nacionales que sustituyen el análisis independiente de las relaciones sociales por la interpretación de textos preseleccionados por ellos y aplicables a todos los casos de la vida. ¡Nadie compromete el marxismo tanto como estos marxistas nominales!

Por tanto, siguiendo a Kautsky, Rusia está caracterizada en el terreno económico por un nivel relativamente bajo del desarrollo capitalista, y en la esfera política por la falta de importancia de la burguesía capitalista y por el poder del proletariado revolucionario. Esto conduce a que la “lucha por los intereses de toda Rusia corresponda a la *única clase fuerte actualmente existente*, al proletariado industrial”.

“Como consecuencia de esto al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, la lucha en Rusia por la liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un *duelo entre éste y la clase de obreros industriales*, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante, pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente”³³.

Todo esto, ¿no nos da derecho a concluir que el “siervo” ruso puede llegar al poder antes que su “amo”?

Hay dos clases de optimismo político. Uno puede sobrestimar sus fuerzas y las ventajas de una situación revolucionaria y proponerse tareas cuya realización no está

³² K. Kautsky, *El obrero norteamericano y el ruso*, San Petersburgo, 1906.

³³ D. Mendeleev, *Para la comprensión de Rusia*, 1906.

permitida por las correlaciones de fuerzas dadas. Pero a la inversa, también uno puede reducir, *de una manera optimista*, sus objetivos revolucionarios señalándose un límite que inevitablemente sobrepasaremos en virtud de la lógica de la situación.

Se puede restringir el marco de todas las cuestiones relativas a la revolución afirmando que nuestra revolución es, en su finalidad objetiva y, por tanto, en sus resultados inevitables, una revolución burguesa; y se pueden cerrar los ojos ante el hecho de que la figura principal de esta revolución *burguesa* es el proletariado que, en el transcurso de la revolución, es llevado al poder.

Alguien puede consolarse pensando que, dentro del marco de una revolución burguesa, la dominación política del proletariado será sólo un episodio pasajero; y se puede también echar en olvido el hecho de que el proletariado, una vez en posesión del poder, no lo cederá de nuevo sin una resistencia desesperada, no lo soltará hasta que le sea arrebatado por las armas.

Hay quien puede consolarse con el hecho de que las condiciones sociales de Rusia todavía no están maduras para un orden económico socialista, sin considerar que el proletariado en el poder es empujado inevitablemente, por toda la lógica de su situación, a dirigir estatalmente la economía.

La definición sociológica general de lo que es una *revolución burguesa* no determina en absoluto las tareas político tácticas, las contradicciones y los problemas que se presentan en el caso de una revolución burguesa *concreta*.

En el marco de la revolución burguesa de finales del siglo XVIII, cuya tarea objetiva era conseguir el dominio del capital, la dictadura de los *sans-culottes* resultaba posible. Esta dictadura no era un episodio meramente pasajero, sino que configuraba todo el siglo siguiente; y ello pese al hecho de haber fracasado rápidamente a causa del reducido marco de la sociedad burguesa.

En la revolución de comienzos del siglo XX, pese a ser igualmente burguesa en virtud de sus tareas objetivas inmediatas, se bosquejó como perspectiva próxima la inevitabilidad o, por lo menos, la probabilidad del dominio político del proletariado. El propio proletariado se ocupará, con toda seguridad, de que este dominio no llegue a ser un “episodio” meramente pasajero tal como lo pretenden algunos filisteos realistas. Pero ahora podemos ya formular la pregunta: ¿Tiene que fracasar forzosamente la dictadura del proletariado entre los límites que determina la revolución burguesa o puede percibir, en las condiciones dadas de la *historia universal*, la perspectiva de una victoria después de haber reventado este marco limitado? Aquí nos urgen algunas cuestiones tácticas: ¿Debemos dirigir la acción conscientemente hacia un gobierno obrero, en la medida en que el desarrollo revolucionario nos acerque a esta etapa, o bien tenemos que considerar, en dicho momento, el poder político como una desgracia que la revolución quiere cargar sobre los obreros, siendo preferible evitarla?

¿No tenemos que darnos por aludidos por las palabras del político “realista” Vollmar³⁴ sobre los comunistas de 1871 de que, en lugar de tomar el poder les hubiese sido mejor echarse a dormir?

El proletariado en el poder y el campesinado

En el caso de una victoria decisiva de la revolución, el poder es traspasado a manos de la clase que ha desempeñado el papel dirigente en la lucha, en otras palabras: a las del proletariado en nuestro caso. Desde luego esto no excluye en lo más mínimo (y lo decimos

³⁴ [Socialdemócrata reformista alemán.]

ya aquí) que representantes revolucionarios de grupos sociales no proletarios entren en el gobierno. Ellos pueden y deben hacerlo; una política sana inducirá al proletariado a permitir que participen en el poder los líderes influyentes de la pequeña burguesía, de la intelligentsia o del campesinado. Toda la cuestión radica en esto: *¿Quién da a la política gubernamental su contenido y quién constituye en el poder una mayoría homogénea?* Es muy diferente que representantes de capas democráticas del pueblo participen en un gobierno de mayoría obrera, a que los representantes del proletariado colaboren, más o menos como rehenes honoríficos, con un gobierno evidentemente democrático burgués.

La política de la burguesía liberal capitalista es, a pesar de todas sus vacilaciones y repliegues, a pesar de toda su traición, bastante definida. La política del proletariado es definida y perfilada aún con mayor exactitud. Pero la política de la intelligentsia, a causa de su posición social intermedia y de su inconsistencia, la política del campesinado por su heterogeneidad social, por su posición intermedia y por su primitivismo, la política de la pequeña burguesía, a su vez, como consecuencia de su falta de carácter, de su posición igualmente intermedia y de su carencia completa de tradiciones políticas, la política de estos tres grupos sociales es totalmente indefinida, informe, llena de variadas alternativas y, por tanto, llena de sorpresas.

Basta imaginarse un gobierno demócrata revolucionario sin representantes del proletariado para advertir de inmediato el absurdo que supone. La renuncia por parte de la socialdemocracia a participar en un gobierno revolucionario haría imposible que un tal gobierno fuese efectivamente revolucionario y sería, por tanto, una traición a la causa de la revolución. Pero la participación del proletariado en un gobierno sólo puede resultar objetivamente probable y permisible de principio cuando se trate de una participación *dirigente y dominante*. Naturalmente, puede llamarse a un tal gobierno dictadura del proletariado y del campesinado, dictadura del proletariado, del campesinado y de la intelligentsia o, finalmente, gobierno de coalición entre la clase obrera y la pequeña burguesía. Pero la pregunta sigue planteada: *¿Quién predomina en el gobierno y, por tanto, sobre la nación entera?* Y si nos referimos a un gobierno propiamente obrero entonces la respuesta es: la hegemonía la tendrá la clase obrera.

La Convención como órgano de la dictadura jacobina no se compuso sólo de jacobinos; es más, los jacobinos se encontraron incluso en minoría. Pero la influencia de los *sans-culottes* fuera de la Convención y la necesidad de una política decidida para salvar al país pusieron el poder en las manos de los jacobinos. Y así, la Convención fue *formalmente* una representación nacional compuesta por jacobinos, girondinos y luego, al margen de ellos, un inmenso pantano; pero *de hecho* una dictadura de los jacobinos.

Cuando hablamos de un gobierno obrero nos fijamos sobre todo en la posición dominante y dirigente de los representantes obreros.

El proletariado no puede consolidar su poder sin ampliar la base de la revolución.

Muchas capas de las masas trabajadoras, sobre todo en el campo, serán incluidas por vez primera en la revolución, y, sólo entonces, conocerán una organización política, cuando la vanguardia de la revolución, el proletariado urbano, haya subido al poder estatal. Entonces se efectuarán las tareas de agitación revolucionaria y de organización con ayuda de los medios estatales. El poder legislativo mismo se convierte finalmente en un instrumento poderoso de la toma de conciencia revolucionaria de las masas populares.

Con esto, el carácter de nuestras condiciones sociohistóricas que carga todo el peso de la revolución burguesa sobre los hombros del proletariado, causará al gobierno obrero dificultades enormes; pero, simultáneamente, también le proporcionará, por lo menos en los primeros tiempos de su existencia, inestimables ventajas. Esto tendrá su efecto en las relaciones entre el proletariado y el campesinado.

En las revoluciones de 1789-1793 y de 1848, el poder pasó, en un principio, del absolutismo a los elementos moderados de la burguesía; estos liberaron a los campesinos (el cómo es otra cuestión) antes de que la democracia revolucionaria subiese al poder o se dispusiera a hacerlo. El campesinado liberado perdió todo interés en los actos de fuerza políticos de los “ciudadanos”, es decir, en la continuación posterior de la revolución, y se convirtió, como un pilar rígido, en el fundamento del “orden” entregando la revolución a la reacción cesarista o archiabsolutista.

Ahora, y por mucho tiempo ya, a la revolución rusa se le ha cerrado el camino de la edificación de cualquier orden burgués constitucional que pudiera solucionar aunque sólo fuesen las tareas más simples de una democracia. En lo que se refiere a los burócratas reformistas del estilo Witte y Stolipin, todos sus esfuerzos “ilustrados” se vienen abajo, lo que se comprueba con el simple hecho de que ellos mismos se ven obligados a luchar por su propia existencia. El destino de los intereses revolucionarios más elementales del campesinado (incluso de la *clase entera* campesina) está, por consiguiente, entrelazado con el destino de toda la revolución, es decir con el destino del proletariado.

El proletariado, hallándose en el poder, se mostrará ante el campesinado como la clase liberadora.

La dominación del proletariado traerá consigo no sólo las igualdades democráticas y la libre autogobernación, ni significará tan sólo el traspaso de la carga impositiva sobre las clases poseedoras, la transformación del ejército permanente en milicias populares y la anulación de los tributos obligatorios de las iglesias, sino que significará también la legitimación de todos los cambios revolucionarios en las condiciones de propiedad del suelo (expropiación) realizados por los campesinos. El proletariado hará de estos cambios el punto de partida para otras medidas estatales en el dominio de la agricultura. En estas condiciones, en el primero y más difícil período de la revolución, el campesinado ruso no estará, en todo caso, menos interesado en la protección del régimen proletario (la “democracia obrera”) de lo que lo estuvo el campesinado francés en mantener el régimen militar de Napoleón Bonaparte que garantizaba con sus bayonetas a los nuevos propietarios de tierra la invulnerabilidad de su propiedad. Y esto significa que el congreso de diputados convocado bajo la dirección del proletariado, el cual se ha asegurado el apoyo del campesinado, no será otra cosa que un perfeccionamiento democrático de la dominación del proletariado.

¿Pero sería posible que el campesinado mismo apartase al proletariado y ocupase su sitio? No; eso es imposible. Toda la experiencia histórica se rebela contra esta suposición. La experiencia demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político *independiente*³⁵.

³⁵ ¿Podría refutar esta y las siguientes reflexiones el hecho del nacimiento y evolución (primero) de la “Liga Campesina” y (luego) del grupo de los *trudoviki* en la дума? En absoluto. ¿Qué es la “Liga Campesina”? Es la unión de unos pocos elementos radicaldemócratas (a la búsqueda de las masas) con los elementos más conscientes del campesinado, pero *no* con sus capas más bajas, en aras de una transformación democrática y de una reforma agraria. En cuanto al programa agrario de la “Liga Campesina” (“iguales derechos a la explotación de la tierra”), que es lo que da sentido a su existencia, hay que decir lo siguiente: Cuanto más amplio y profundo sea el desarrollo del movimiento agrario, cuanto más pronto llegue a la confiscación y al reparto de tierras, tanto más rápidamente se desmoronará a consecuencia de las innumerables contradicciones entre las diferentes clases, regiones, costumbre de vida y diferentes niveles técnicos. Sus miembros ejercerán influencia en los *comités campesinos*, los órganos locales de la revolución agraria, pero éstos, como instituciones economicoadministrativas, evidentemente no podrán eliminar la dependencia política de la aldea respecto a la ciudad, por ser ésta precisamente una de las características principales de la sociedad moderna. El grupo de los *trudoviki* expresó, dada su ideología radical y su amorfismo, el carácter contradictorio de las aspiraciones revolucionarias del campesinado. En la época de las ilusiones constitucionales seguía desamparadamente a los cadetes, mientras que, en el momento de la disolución de la дума, se habían sometido, naturalmente, a la dirección de la fracción socialdemócrata. La falta de

La historia del capitalismo es la historia de la subyugación del campo a la ciudad. El desarrollo industrial de las ciudades europeas hizo imposible, en su tiempo, la perduración de las condiciones feudales en el dominio de la producción agraria. Pero el campo no produjo él mismo ninguna clase que hubiese podido llevar a cabo la tarea revolucionaria de la abolición del feudalismo. La misma ciudad, que había subyugado la agricultura al capital, produjo al mismo tiempo fuerzas revolucionarias que tomaron cuerpo político con influencia sobre toda la nación y que propagaron al campo el proceso de revolución de las condiciones estatales y de propiedad. En el transcurso de la evolución progresiva, el campo cayó definitivamente bajo la subyugación económica del capital, y el campesinado bajo la subyugación política de los partidos capitalistas. Estos hacen resurgir de nuevo el feudalismo en la política parlamentaria, convirtiendo al campesinado en dominio político suyo, en una reserva para la obtención de votos. El moderno estado burgués, con ayuda del fisco y del militarismo, precipita al campesinado en las fauces del capital usurero y lo convierte, con la ayuda de los popes a sueldo del estado, de las escuelas estatales y de la degeneración de la vida cuartelera, en la víctima de su política usuraria.

La burguesía rusa cede todas las posiciones revolucionarias al proletariado. Tendrá que ceder también la hegemonía revolucionaria sobre el campesinado. En esta situación en la que el poder pasa al proletariado, al campesinado no le quedará otra solución que adherirse al régimen de democracia obrera, aunque en este caso, no manifieste mayor firmeza moral que la que manifestó anteriormente al adherirse al régimen de la burguesía. Pero mientras que cualquier partido burgués, una vez conquistados los votos del campesinado, se aprovecha rápidamente de su poder para esquilmar al campesinado y defraudarle en todas sus esperanzas y promesas, abriendo el paso, cuando más, a otro partido capitalista, el proletariado, que se apoya en el campesinado, hará cuanto esté en su poder para elevar el nivel cultural en el campo y desarrollar la conciencia política del campesinado. De todo lo dicho resulta claramente cómo vemos nosotros la idea de la “dictadura del proletariado y del campesinado”.

Lo decisivo no es si nosotros consideramos lícita en principio, si nosotros “queremos” o “no queremos” tal forma de cooperación política. Lo cierto es que, en todo caso, no la consideramos realizable, por lo menos en un sentido directo e inmediato.

En efecto, una coalición de este tipo supone o bien que uno de los partidos burgueses existentes conquiste el campesinado, o bien que éste cree un partido poderoso independiente. Pero nos hemos esforzado en demostrar que ni uno ni lo otro es posible.

El régimen proletario

El proletariado únicamente puede subir al poder si se apoya en una sublevación nacional o en el entusiasmo general de la población. El proletariado entrará en el gobierno como el representante revolucionario de la nación, como jefe reconocido de la lucha contra el absolutismo y la barbarie de la servidumbre. Pero, ya en el poder, el proletariado iniciará una nueva época (una época de legislación revolucionaria, de política decidida) y, en relación con esto, no puede estar seguro en modo alguno de seguir siendo reconocido como representante de la voluntad de la nación. Las primeras medidas del proletariado (la limpieza de los establos de Augias del antiguo régimen y la expulsión de sus

iniciativa de la representación campesina aparecerá especialmente cuando haga falta la iniciativa más decidida: en los días del traspaso del poder a manos de la revolución.

moradores) encontrarán el apoyo activo de la nación entera, pese a lo que digan los eunucos liberales sobre el enraizamiento de ciertos prejuicios en las masas populares.

La limpia política será completada por una reorganización democrática de todas las condiciones que configuran la sociedad y el estado. El gobierno obrero tendrá que intervenir decididamente, bajo la influencia de la presión directa y de las reivindicaciones inmediatas, en todas las relaciones y fenómenos sociales...

Su primera operación tendrá que consistir en expulsar del ejército y de la administración a todos aquellos que se han manchado con la sangre del pueblo y liquidar o disolver aquellas instituciones que más se hayan caracterizado en la criminal represión contra el pueblo; este trabajo tendrá que ser realizado ya en los primeros días de la revolución, es decir, aun mucho antes de que sea posible introducir el nuevo sistema de funcionarios elegidos y responsables y proceder a la organización de una milicia popular. Pero esto sólo no es suficiente. La democracia obrera se verá confrontada en seguida con la cuestión de la duración de la jornada de trabajo, con la cuestión agraria y con el problema del paro forzoso...

Un punto está claro: cada nuevo día se hará más profunda la política del proletariado en el poder y se hará cada vez más claro su *carácter de clase*. Pero al mismo tiempo también se verá cortado el vínculo revolucionario entre el proletariado y la nación, y la separación clasista del campesinado revestirá caracteres políticos; el antagonismo entre sus partes integrantes crecerá en la medida en que la política del gobierno obrero sea consciente de su propio destino y se convierta, de una política democrática general, en una política de clase.

Si bien, por un lado, la falta de tradiciones burguesas individualistas y de prejuicios antiproletarios en el campesinado y la intelligentsia ayudará al proletariado a mantenerse en el poder, no hay que olvidar, por otra parte, que esta ausencia de prejuicios no se deriva de una conciencia política sino de una barbarie política, de la desestructuración social, del primitivismo y del amorfismo. Todos estos elementos y características no pueden proporcionar una base segura para una política consecuente y activa del proletariado.

La abolición del sistema de servidumbre feudal encontrará el apoyo del campesinado entero, la clase más afectada por la servidumbre. Un impuesto progresivo sobre la renta tendrá el apoyo de la gran mayoría del campesinado; pero las medidas legislativas de protección del proletariado del campo no sólo no serán recibidas con el beneplácito activo de la mayoría, sino que tropezarán con una resistencia activa de parte de una minoría.

El proletariado se verá obligado a llevar al campo la lucha de clases y a destruir de esta manera la comunidad de intereses que le une con el campesinado entero, comunidad indudablemente existente aunque dentro de límites relativamente estrechos. Desde el primer momento de su dominación, el proletariado tendrá que buscar su apoyo en la confrontación de las capas pobres y ricas del campesinado, del proletariado del campo con la burguesía agrícola. Pero si, por un lado, la heterogeneidad del campesinado constituye una dificultad y limita la base de una política proletaria, por otro, lado su insuficiente diferenciación de clase hará también más difícil llevar al campesinado a una lucha de clases desarrollada en la cual pudiese apoyarse el proletariado urbano. El primitivismo del campesinado mostrará al proletariado su lado más hostil.

El enfriamiento del campesinado, su pasividad política y especialmente la resistencia activa de sus capas superiores, no podrá menos de tener influencia sobre una parte de la intelligentsia y sobre la pequeña burguesía urbana.

Por tanto, cuanto más decidida y definida sea la política del proletariado en el poder, tanto más estrecha se hará su base, tanto más se moverá el suelo bajo sus pies.

Todo esto es sumamente probable e incluso inevitable... Dos rasgos esenciales de la política proletaria tropezarán con la resistencia de sus aliados: el *colectivismo* y el *internacionalismo*.

El carácter pequeñoburgués y el primitivismo del campesinado, la estrechez aldeana de su horizonte, su aislamiento de las cuestiones políticas internacionales y de sus interdependencias, serán un obstáculo serio para la estabilización de la política revolucionaria del proletariado que se encuentra en el poder.

Imaginarse que la socialdemocracia puede entrar en un gobierno provisional, dirigirlo durante un período de reformas democrático revolucionarias que también incluya sus reivindicaciones más radicales (apoyándose en el proletariado organizado) y que luego, después de haber cumplido con su programa democrático, se mude del edificio que ella ha construido, dejando libre el camino a los partidos burgueses, entrando en la oposición e iniciando una época de política parlamentaria; imaginarse esto significaría comprometer la idea de un gobierno obrero. No porque fuera inadmisibles “por principio” (tal actitud carece de sentido) sino porque sería completamente irreal, porque sería un utopismo de la peor especie, una clase de utopismo filisteo revolucionario, y lo sería por la razón siguiente.

La subdivisión de nuestro programa en uno mínimo y otro máximo es de una principal importancia con la condición de que el poder se encuentre en manos de la burguesía. Precisamente este hecho de que la burguesía esté en el poder, excluye de nuestro programa mínimo todas las reivindicaciones que sean incompatibles con la propiedad privada de los medios de producción. Precisamente estas reivindicaciones son las que dan el contenido a la revolución socialista y su condición previa es la dictadura del proletariado.

Pero una vez que el poder se encuentre en manos del gobierno revolucionario con una mayoría socialista, la diferencia entre el programa mínimo y el máximo pierde prácticamente toda importancia, tanto “de principio” como en la práctica. Un gobierno proletario no puede, de ningún modo, actuar dentro de un marco tan limitado. Tomemos la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas. Como es sabido, no se contradice en lo más mínimo con las condiciones capitalistas de producción y entra, por tanto, en el programa mínimo de la socialdemocracia. Pero imaginémonos el cuadro de su realización real durante un período revolucionario en el que todas las pasiones sociales están en tensión. La nueva ley chocaría, sin duda, con la resistencia organizada y obstinada de los capitalistas, por ejemplo, en forma de lockout y cierre de fábricas y empresas. Centenares de miles de obreros serían puestos en la calle. ¿Qué tendría que hacer el gobierno? Un gobierno burgués, por muy radical que fuese, no permitiría que se llegase a este punto ya que se vería impotente con las fábricas y empresas cerradas. Tendría que hacer concesiones, la jornada de ocho horas no sería introducida, la indignación del proletariado sería reprimida...

Bajo la dominación política del proletariado, la introducción del día laborable de ocho horas tendría que conducir a consecuencias muy distintas. El cierre de fábricas y empresas por los capitalistas naturalmente no puede ser motivo para prolongar la jornada laboral por parte de un gobierno que se quiere apoyar en el proletariado y no en el capital (como el liberalismo) y que no quiere desempeñar el papel de intermediario “imparcial” de la democracia burguesa. Para un gobierno obrero sólo hay una salida: la expropiación de las fábricas y empresas cerradas y la organización de su producción sobre la base de la gestión colectiva.

Naturalmente, puede argumentarse de la manera siguiente. Supongamos que el gobierno obrero decreta, fiel a su programa, la jornada laboral de ocho horas; si el capital practica una resistencia que no puede ser superada con los medios de un programa

demócrata (puesto que supone la protección de la propiedad privada) entonces dimite la socialdemocracia y apela al proletariado. Esta solución sería tal desde el punto de vista del grupo de personas que componen el gobierno, pero no lo sería desde el punto de vista del proletariado o desde el punto de vista del desarrollo de la revolución, ya que la situación después de retirarse la socialdemocracia sería la misma que anteriormente cuando se vio obligada a cargar con el poder. A la vista de la resistencia organizada del capital, la huida es una traición aún mayor a la revolución que la renuncia a tomar el poder, puesto que verdaderamente es mejor no entrar en el gobierno que hacerlo con el único objeto de dar pruebas de debilidad y retirarse después.

Otro ejemplo. El proletariado en el poder no puede menos de tomar las medidas más enérgicas para resolver el problema del paro forzoso, pues va de suyo que los representantes obreros que entran en el gobierno no pueden responder a las peticiones de los parados aludiendo simplemente al carácter burgués de la revolución.

Pero si el estado se encarga, aunque sólo sea, de asegurar la subsistencia de los parados (aquí no es importante saber en qué forma lo hace), esto significa un inmenso cambio inmediato en cuanto a la potencia económica del proletariado. Los capitalistas cuya presión sobre el proletariado se ha basado siempre en el hecho de la existencia de un ejército de reserva, se sienten impotentes *económicamente*, mientras que, al mismo tiempo, el gobierno revolucionario los condena a la impotencia política. Si el estado se encarga de apoyar a los parados, al mismo tiempo se encarga, con ello, de asegurar la subsistencia de los huelguistas. Si no hace esto, socava inmediata e irrevocablemente su propia base de existencia.

A los fabricantes no les queda otro remedio que llegar al lock-out, es decir al cierre de las fábricas. Está claro que los fabricantes pueden resistir durante mucho más tiempo al cese de la producción que los obreros y que, por lo tanto, para el gobierno obrero sólo hay una respuesta a un lock-out en masa: la expropiación de las fábricas y (por lo menos en el caso de las más grandes) la organización de la producción sobre una base estatal o comunal.

En el terreno de la agricultura surgen problemas análogos, simplemente a causa del hecho de la expropiación del suelo. No se puede suponer, en modo alguno, que un gobierno proletario divida las explotaciones de producción en gran escala después de su expropiación en parcelas individuales y las venda para su explotación a los pequeños productores; aquí el único camino posible es el de organizar la producción cooperativa bajo un control comunal o directamente bajo una gestión estatal; y ésta es la vía hacia el socialismo.

Todo esto demuestra claramente que la socialdemocracia no puede entrar en un gobierno revolucionario habiendo prometido al proletariado no *bajar* del programa mínimo, y habiendo prometido, al mismo tiempo, a la burguesía no *salirse* del programa mínimo. Tal compromiso simultáneo sería irrealizable. Si los representantes del proletariado entran en el gobierno, no como rehenes sin poder sino como fuerza dirigente, entonces liquidarán el límite entre el programa mínimo y el máximo, es decir, *incluirán el colectivismo en el orden del día*. El punto en el que el proletariado, lanzado en esta dirección, será frenado dependerá de la correlación de fuerzas y, en mucha menor medida, de las intenciones originarias del partido del proletariado.

Por eso no puede hablarse de alguna forma especial de dictadura proletaria en el marco de la revolución burguesa, y menos de una dictadura democrática del proletariado (o del proletariado y del campesinado). La clase obrera no puede garantizar el carácter democrático de su dictadura si al mismo tiempo se compromete a no pasarse de los límites de un estrecho programa democrático. Ilusiones cualesquiera sobre este punto serían funestas y comprometerían a la socialdemocracia desde el principio.

Cuando el partido del proletariado tome el poder, luchará por él hasta el final. Si un medio de esta lucha por el mantenimiento y la estabilización del poder será la agitación y organización, especialmente en el campo, otro medio lo será la política colectivista. El colectivismo no sólo se hará necesario en virtud de la postura política del partido en el poder, sino que al mismo tiempo será también un medio para mantener esta postura con el apoyo del proletariado.

Cuando se formuló en la prensa socialista la idea de la *revolución ininterrumpida*, que entrelazaba la liquidación del absolutismo y del sistema de servidumbre civil con la revolución socialista mediante una serie de conflictos sociales en agudización paulatina, mediante el surgimiento de nuevas capas sociales de entre las masas y mediante los continuos ataques del proletariado a los privilegios económicos y políticos de las clases dominantes, entonces, nuestra prensa “progresista” levantó unánimemente aullidos de indignación. ¡Oh, ella había aguantado mucho, pero en cambio esto no lo podía aceptar! La revolución (gritó) no es un acontecer que pueda “decretarse legalmente”. La aplicación de medidas extraordinarias sólo sería admisible en circunstancias extraordinarias. Y el objeto del movimiento liberador no sería el de eternizar la revolución sino el de dirigirla lo más rápidamente posible hacia las vías *legales*, etc.

Los representantes más radicales de esa misma especie de democracia no se atreven a manifestarse en contra de la revolución a partir del punto de vista de los “progresos” constitucionales ya asegurados: tampoco para ellos representa este cretinismo parlamentario, antecedente del ascenso al parlamentarismo, ningún arma eficaz en la lucha contra la revolución proletaria. Ellos eligen otro camino: no se colocan sobre la base del derecho sino sobre la de hechos aparentes, sobre la base de las “posibilidades” históricas, sobre la del “realismo” político y finalmente... finalmente incluso sobre la base del “marxismo”. ¿Por qué no? Ya Antonio, el devoto ciudadano de Venecia, decía muy acertadamente:

No olvides que el diablo, para sus fines,
puede citar las Sagradas Escrituras.³⁶

Ellos consideran no sólo fantástica la idea de un gobierno obrero en Rusia, sino que incluso desechan la posibilidad de una revolución socialista en Europa en la próxima época histórica. Las “condiciones previas” necesarias todavía no existen. ¿Es cierto esto? Naturalmente no se trata de fijar la fecha de la revolución socialista sino de apreciar bien sus perspectivas históricas reales.

Las condiciones previas del socialismo

El marxismo ha hecho del socialismo una ciencia. Esto no impide a ciertos “marxistas” hacer del marxismo una utopía.

Rožkov explica, en su argumentación contra el programa de socialización y cooperativismo, las “condiciones previas necesarias del futuro sistema social que han sido fijadas imperecederamente por Marx” como sigue: “¿Se da ya acaso [dice Rožkov] su condición previa material, objetiva? Esta condición previa supone un nivel de desarrollo técnico que reduzca a un mínimo el motivo del beneficio personal, la existencia [?] de iniciativa personal, de espíritu emprendedor y de riesgo de forma que coloque en el primer plano la producción colectiva. Tal nivel de la técnica está entrelazado íntimamente con el predominio casi ilimitado [!] de la gran industria en todos [!] los ramos económicos, pero ¿acaso se ha conseguido ya tal resultado? Falta también la condición previa subjetiva,

³⁶ [Shakespeare, *El Mercader de Venecia*, Primer Acto, Escena Tercera.]

psicológica, el crecimiento de la conciencia de clase del proletariado que, al fin y al cabo, trae consigo la unión espiritual de la mayoría aplastante de las masas populares.” “Conocemos [sigue Rožkov] ya ahora ejemplos de asociaciones de producción, como las conocidas fábricas de vidrios francesas en Albi y otras asociaciones de producción agrícola en Francia... Las experiencias francesas mencionadas demuestran más claramente que cualquier otro ejemplo que, incluso en un país tan avanzado como Francia, las condiciones económicas no están suficientemente desarrolladas como para posibilitar un predominio de la cooperación: estas empresas son de un tamaño mediano su nivel técnico no es más alto que el de las empresas capitalistas corrientes; *no marchan a la vanguardia del desarrollo industrial, no lo dirigen* sino que alcanzan sólo un mediano nivel modesto. Sólo cuando las experiencias de algunas asociaciones de producción muestren su papel dirigente en la vida económica, sólo entonces, estaremos cerca de un nuevo sistema social, sólo entonces podremos estar seguros de que existen las condiciones previas necesarias para su realización.”³⁷

Aún respetando las buenas intenciones de Rožkov tenemos que confesar con tristeza que incluso en la literatura burguesa rara vez hemos encontrado una mayor confusión sobre las así llamadas condiciones previas del socialismo. Vale la pena intervenir en esta confusión, no por Rožkov sino por el problema en sí.

Rožkov explica que todavía no existe “el nivel de desarrollo técnico que reduzca a un mínimo el motivo del beneficio personal, la existencia [?] de iniciativa personal, de espíritu emprendedor y de riesgo que coloque en primer plano la producción colectiva”. Es bastante difícil comprender el sentido de este párrafo. Por lo visto quiere decir Rožkov que, primero, la técnica moderna todavía no ha desplazado, en una medida suficiente, al trabajo humano vivo en la industria; que, segundo, el desplazamiento supone el *predominio “casi” ilimitado* de grandes empresas *en todas* las ramas de la economía y, con ello, la *proletarización “casi” ilimitada de la población entera de un país*.

Estas son las dos condiciones previas que se supone han sido “fijadas imperecederamente por Marx”.

Intentemos imaginarnos el cuadro de las condiciones capitalistas que encontrará el socialismo según el método de Rožkov: “El predominio casi ilimitado de la gran industria en todos los ramos de la economía” significa en las condiciones del capitalismo, como hemos dicho, la proletarización de todos los productores pequeños y medianos en la agricultura y en la industria, es decir la transformación en proletariado de la población total. Pero el predominio ilimitado de la técnica mecánica en estas grandes empresas reduce a un mínimo la necesidad de trabajo vivo y convierte así a la mayoría preponderante de la población del país (ha de pensarse en el 90%) en un ejército de reserva que vive, a costa del estado, alojado en un lugar a propósito. Suponemos el 90%; pero nada nos impide ser lógicos e imaginarnos una situación en la que toda la producción consiste en un único autómatas perteneciendo a un único sindicato y necesitando como fuerza de trabajo viva sólo un único orangután amaestrado. Ya se sabe que ésa es la brillante y consecuente teoría de Tugan-Baranovsky³⁸. En estas condiciones, la “producción colectiva” no sólo se colocará “en el primer plano” sino que dominará todo el campo; aún más, al mismo tiempo naturalmente también se organizará el *consumo colectivo*, pues es obvio que toda la nación, con excepción del restante 10%, vivirá a

³⁷ N. Rožkov, *Kagrarnomu voprosu* [Sobre la cuestión agraria], San Petersburgo, 1904, páginas 21 y 22 [Rožkov (1868-1927), profesor de historia en la Universidad de Moscú, bolchevique en 1905.]

³⁸ [Estudios para la teoría y la historia de las crisis comerciales en Inglaterra, Jena, 19001 (1ª edición rusa, San Petersburgo, 1894); *Bases teóricas del marxismo*, Leipzig, 1905.] Este teórico revisionista pretendía demostrar que “la superproducción crónica de los medios de producción no es posible” bajo el régimen capitalista y refutar la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio. Edi. Franc.

expensas públicas. Así vemos aparecer por detrás de Rožkov la cara sonriente y conocida del señor Tugan-Baranovsky. Después empieza el socialismo: la población emerge de sus viviendas públicas y expropia al grupo de los expropiadores. Naturalmente, no son necesarias ni la revolución ni la dictadura del proletariado.

La segunda característica económica de la madurez de un país para el socialismo es, según Rožkov, la posibilidad del *predominio* de la producción cooperativa. Ni siquiera en Francia las fábricas de vidrio cooperativas de Albi rinden más que otras empresas capitalistas. Una producción socialista sólo es posible si las cooperativas están como empresas *dirigentes, a la cabeza del desarrollo industrial*.

Todas estas consideraciones son retorcidas desde el principio hasta el fin. Las cooperativas no pueden llegar a la cabeza del desarrollo industrial, no porque el desarrollo económico todavía no haya progresado suficientemente, sino porque lo ha hecho *demasiado*. El desarrollo económico prepara, indudablemente, el terreno para la producción cooperativa, pero ¿para cuál?: para la cooperación *capitalista* sobre la base del trabajo asalariado; cualquier fábrica nos puede servir como muestra de tal cooperación capitalista. Con el desarrollo técnico aumenta también la importancia de esta cooperación. Pero, ¿cómo podría permitir la evolución del capitalismo que las empresas cooperativas lleguen “a la cabeza de la industria”? ¿En qué basa Rožkov sus esperanzas de que las cooperativas desplacen a los cárteles y a los trusts y se coloquen a la cabeza del desarrollo industrial? Está claro que, en este caso, las cooperativas tendrían que expropiar automáticamente a todas las empresas capitalistas, después de lo cual sólo quedaría reducir la jornada laboral hasta el punto en que todos los ciudadanos tuviesen trabajo, regulando el volumen de producción de las diferentes ramas para evitar las crisis. De esta forma estaría construido, en sus rasgos fundamentales, el socialismo. De nuevo aparece claro que no hay ninguna necesidad de la revolución o de la dictadura del proletariado.

La tercera condición previa es psicológica: haría falta “un crecimiento de la conciencia de clase del proletariado que, al fin y al cabo, trae consigo la unión espiritual de la mayoría aplastante de las masas populares”. Por lo visto, ha de entenderse, en este caso, por unión espiritual la consciente solidaridad socialista y esto quiere decir que el general Rožkov considera la unión de la “mayoría aplastante de las masas populares” en las filas de la socialdemocracia como la condición previa psicológica del socialismo. Rožkov cree, por lo visto, que el capitalismo (empujando a los pequeños productores hacia las filas del proletariado y a la masa proletaria hacia las filas del ejército de reserva industrial) dará a la socialdemocracia la oportunidad de unir espiritualmente la *mayoría aplastante* (¿90%?) de las masas populares e ilustrarlas.

Realizar esto es igual de imposible, en el mundo de la barbarie capitalista, que el dominio de las cooperativas en el imperio de la competencia capitalista. Claro está que, si fuera posible, la “mayoría aplastante de la nación unida en la conciencia y el espíritu, destituiría, de una manera natural y sin complicaciones, a los pocos magnates capitalistas y organizaría un orden económico socialista sin revolución ni dictadura”.

Aquí surge, sin embargo, involuntariamente la siguiente pregunta: Rožkov se considera un discípulo de Marx. Pero Marx, explicando las “condiciones previas imperecederas del socialismo” en su *Manifiesto Comunista*³⁹, consideraba la revolución de 1848 como la antesala inmediata de la revolución socialista. Después de 60 años, naturalmente, no hace falta ser muy sagaz para reconocer que Marx se ha equivocado, puesto que, como sabemos, el mundo capitalista existe todavía. Pero ¿cómo podía equivocarse *tanto*? ¿No había visto Marx que las grandes empresas todavía no dominaban en todos los ramos industriales? ¿Que las cooperativas de producción aún no estaban en

³⁹ Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto Comunista (anexos)*, Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS).

la cabeza de las grandes empresas? ¿Que la mayoría aplastante del pueblo todavía no estaba unida sobre la base de las ideas del *Manifiesto Comunista*? Si nosotros vemos que todo eso no existe ni siquiera hoy, ¿cómo podía no darse cuenta Marx que en el año 1848 no había nada semejante? ¡Realmente, el Marx de 1848 era, en punto a utopía, un niño de pecho en comparación con muchos actuales autómatas infalibles del marxismo!

Vemos por tanto que Rožkov, aún sin ser uno de los críticos de Marx, suprime totalmente, sin embargo, la revolución proletaria como condición previa necesaria del socialismo. Puesto que Rožkov ha expresado demasiado consecuentemente las opiniones que son compartidas por un número considerable de marxistas de las dos corrientes de nuestro partido, es menester ocuparse de las principales bases metodológicas de sus equívocos.

De paso hay que mencionar que las divagaciones de Rožkov sobre el destino de las cooperativas son de su cosecha personal. Nosotros mismos nunca hemos encontrado un socialista que creyera en un irresistible progreso tan simple de la concentración de la producción y de la proletarización de las masas populares, creyendo, al mismo tiempo, en el papel dirigente de las cooperativas de producción antes de la revolución proletaria. Unir estas dos condiciones es mucho más difícil en el ámbito del desarrollo económico que meramente en la cabeza de uno mismo, aunque incluso esto último nos pareció siempre casi imposible.

Pero tratemos otras dos “condiciones previas” que son prejuicios más difundidos.

El desarrollo técnico, la concentración de la producción y la elevación de la conciencia de las masas, son indudablemente condiciones previas del socialismo. Pero todos estos procesos tienen lugar simultáneamente; no sólo se empujan e impulsan mutuamente, sino que también se demoran y *limitan* recíprocamente. Cada uno de estos procesos, que se realiza en un nivel superior, requiere un desarrollo determinado de otro proceso en un nivel más bajo. Pero el desarrollo completo de cada uno de ellos es imposible una vez que los otros se han desarrollado, a su vez separadamente, por completo.

El desarrollo técnico encuentra indudablemente su valor límite en un único mecanismo robot que extrajese materias primas del seno de la naturaleza y depositase los bienes de consumo terminados ante los pies de los hombres. Si la existencia del capitalismo no estuviese limitada por las relaciones de clase y la lucha revolucionaria resultante de ellas, entonces tendríamos que suponer que la técnica (cuando se hubiese acercado al ideal de un único mecanismo robot, en el marco del sistema capitalista) suprimiría también automáticamente el capitalismo.

La concentración de la producción, resultante de las leyes de la competencia, supone la tendencia interna a proletarizar a la población entera. Si aisláramos esta tendencia, tendríamos quizá un motivo para suponer que el capitalismo llevaría a cabo su obra; pero ello siempre que el proceso de proletarización no se viese interrumpido por un cambio revolucionario, el cual es inevitable (dada la correlación determinada de las fuerzas de clase) mucho antes de que el capitalismo haya convertido a la mayoría de la población en un ejército de reserva recluido en viviendas similares a cárceles.

Prosigamos. La elevación del nivel de conciencia tiene lugar, sin duda, continuamente gracias a la experiencia de la lucha diaria y a los esfuerzos conscientes de los partidos socialistas. Si analizamos este proceso por separado, podemos seguirlo hasta el punto en que la mayoría aplastante del pueblo esté comprendida en organizaciones sindicales y políticas y unida por sentimientos de solidaridad y por la unidad de objetivos. Si este proceso pudiese realmente progresar cuantitativamente sin cambiar cualitativamente, el socialismo podría ser realizado pacíficamente mediante un consciente acto unánime de los ciudadanos del siglo XXI o XXII.

Pero es consustancial a estos procesos, que representan las condiciones previas históricas para el socialismo, que no se lleven a cabo separados unos de otros sino que se obstaculicen mutuamente y que, cuando hayan alcanzado un punto determinado, definido por numerosas circunstancias pero lejos, en todo caso, de su valor límite matemático, se vean afectados por un cambio cualitativo y conduzcan, en su compleja combinación, a lo que nosotros entendemos por revolución socialista.

Quisiéramos empezar con el proceso mencionado en último lugar, el crecimiento del nivel de conciencia. Esto, como sabemos, no acontece en academias donde pudiera concentrarse artificialmente al proletariado durante 50, 100 o 500 años, sino en plena vida de la sociedad capitalista sobre la base de una lucha de clases incesante. La conciencia creciente del proletariado da una nueva forma a esta lucha de clases, le otorga un carácter más profundo y provoca una reacción correspondiente de la clase dominante. La lucha del proletariado contra la burguesía tiene su propia lógica, que se agudiza más y más y que desembocará en una solución del asunto mucho antes de que las grandes empresas dominen en todas las ramas económicas.

Va de suyo que un crecimiento de la conciencia política se apoya en el incremento numérico del proletariado, de donde la dictadura proletaria supone que la fuerza numérica del proletariado es suficientemente grande como para romper la resistencia de la contrarrevolución burguesa. Pero eso no significa en absoluto que la “mayoría aplastante” de la población tenga que componerse de proletarios y la “mayoría aplastante” del proletariado de socialistas conscientes. En todo caso, está claro que el ejército revolucionario consciente del proletariado tiene que ser más fuerte que el ejército contrarrevolucionario del capital; aquí, las capas intermedias inseguras e indiferentes de la población tienen que estar en una situación tal que permita que el régimen de la dictadura proletaria las arrastre al lado de la revolución y no hacia las filas de sus enemigos. La política del proletariado, naturalmente, tiene que contar conscientemente con esto.

Pero todo eso supone, por su parte, una hegemonía de la industria sobre la agricultura y una preponderancia de la ciudad sobre el campo.

Intentemos estudiar las condiciones previas del socialismo, empezando con las más generales para llegar después a las más complejas:

1. El socialismo no es sólo una cuestión de repartición proporcionada sino también una cuestión de producción planificada. Una producción socialista, es decir producción cooperativa en gran escala, sólo es posible cuando el desarrollo de las fuerzas productivas haya alcanzado un nivel en el que las grandes empresas trabajen más productivamente que las pequeñas. Cuanto más grande sea la preponderancia de la gran empresa sobre la pequeña, es decir cuanto más desarrollada esté la técnica, tanto mayores tienen que ser las ventajas económicas de la socialización de la producción, tanto más alto debe ser, por consecuencia, el nivel cultural de la población entera al realizarse la distribución proporcionada que se basa en una producción planificada.

La primera condición previa objetiva del socialismo está dada desde hace mucho. Desde que la división del trabajo social condujo a la división del trabajo en la manufactura y, especialmente, desde que ésta ha sido reemplazada por la producción mecánica de las fábricas, la gran empresa ha llegado a ser cada vez más lucrativa y esto quiere decir que también una socialización de la gran empresa hará cada vez más rica a la sociedad. Está claro que la transformación de las empresas artesanales en propiedad común de todos los artesanos no hubiese hecho más ricos a éstos, mientras que al transformar las manufacturas en propiedad común de los obreros ocupados en ellas o al traspasar las fábricas a manos de los obreros asalariados, o mejor aún el traspaso de todos los medios de producción de la gran producción fabril a las manos de la población total, se elevaría

indudablemente el nivel material de dicha población; y cuanto más alto sea el estado alcanzado por la gran producción, tanto más alto será también este nivel material.

En la literatura socialista se cita con frecuencia la petición de Bellers, miembro de la cámara baja inglesa⁴⁰, quien presentó en el parlamento cien años antes de la conspiración de Babeuf, exactamente en 1696, un proyecto de organización de sociedades cooperativas que pretendían satisfacer, autónomamente, todas sus necesidades. Según los cálculos del inglés, un colectivo de producción debía constar de 200 a 300 personas. No podemos ocuparnos aquí del examen de sus conclusiones finales, y tampoco tienen importancia para nosotros; importante es solamente el hecho de que una tal economía colectivista, incluso aunque emplease sólo 100, 200, 300 o 500 personas, ofrecía ya ventajas de producción a finales del siglo XVII.

A comienzos del siglo XIX trazó Fourier su plan de asociaciones de producción y consumo, los falansterios, que debían constar de 2.000 a 3.000 personas cada uno. Los cálculos de Fourier no se distinguían precisamente por su exactitud; pero, en todo caso, el desarrollo del sistema manufacturero en aquella época hacía que le pareciesen más apropiados, en una medida incomparablemente mayor, los colectivos económicos que en el caso del ejemplo arriba mencionado. Pero ahora está claro que tanto las asociaciones de John Bellers como los falansterios de Fourier están mucho más cerca de las libres comunas económicas con que sueñan los anarquistas, y cuyo utopismo no consiste generalmente en que sean “imposibles” o “contra la naturaleza” (las comunidades comunistas en Norteamérica han demostrado que sí son posibles) sino en que cojean de 100 o 200 años de retraso respecto al progreso en el desarrollo económico.

La evolución de la división del trabajo social, por un lado, y de la producción mecánica, por el otro, han conducido a que el estado sea, hoy en día, la única cooperativa que puede aprovechar en gran escala las ventajas de un modo de economía colectivista. Aún más: dentro de las estrechas fronteras de algunos estados particulares, no encajaría ya la producción socialista.

Atlanticus⁴¹, un socialista alemán que no era de la misma opinión que Marx, calculó a finales del siglo pasado las ventajas económicas de una economía socialista en el marco de Alemania. Atlanticus no se distingue en modo alguno por el vuelo de su imaginación, su razonamiento se mueve completamente dentro del marco de la rutina económica del capitalismo. Se apoya en competentes escritores de la agronomía y de la técnica actuales (y en eso radica no tanto su debilidad como su lado fuerte, puesto que le protege de un optimismo exagerado). En fin, Atlanticus llega a la conclusión de que, en el caso de una organización metódica de la economía socialista, aprovechando todos los medios técnicos disponibles a mediados de los años noventa del siglo XIX, se podrían duplicar o triplicar los ingresos de los obreros y reducir el horario de trabajo a la mitad del actual.

No debe suponerse, desde luego, que Atlanticus fue el primero en demostrar las ventajas económicas del socialismo: la productividad de trabajo infinitamente más alta en las grandes empresas, por un lado, y la necesidad de una planificación de producción, demostrada por las crisis económicas, por el otro, hablan mucho más elocuentemente a favor de las ventajas económicas del socialismo que la contabilidad socialista de Atlanticus. Su mérito consiste únicamente en haber expresado esta ventaja en valores aproximados.

Lo dicho anteriormente justifica la conclusión final de que (si resultase cierto que el crecimiento continuo del poder técnico de los hombres hace el socialismo cada vez más

⁴⁰ [Bellers no era diputado. Terrateniente cuáquero, presentó su proyecto en forma de mensaje al parlamento.]

⁴¹ [Pseudónimo de Karl Ballod.]

ventajoso) están dadas, ya desde hace 100 o 200 años, las suficientes condiciones previas técnicas para la producción colectivista en tal o cual dimensión, y de que el socialismo es técnicamente *ventajoso* actualmente, no sólo en un estado individual sino, en una medida extraordinariamente grande, también a escala internacional.

Pero las ventajas técnicas del socialismo, por sí solas, no son suficientes para realizarlo. Durante los siglos XVIII y XIX, las ventajas de la gran producción no se presentaron bajo una forma socialista sino bajo la capitalista. No se realizaron los proyectos de Bellers ni de Fourier ¿Por qué no? Porque en aquella época no había ninguna fuerza social dispuesta ni capaz de realizar ninguno de los dos.

2. Ahora pasamos, de la condición previa técnica de producción, a la *socioeconómica*, que es menos general pero más compleja. Si se tratase no de una sociedad de clases antagonistas sino de una comunidad homogénea que elige conscientemente su sistema económico, ya bastarían ampliamente los cálculos de Atlanticus para empezar la construcción socialista. Atlanticus, socialista de una especie muy vulgar, opina justamente eso en su trabajo.

Tal teoría podría aplicarse actualmente, sin embargo, sólo dentro de los límites de la economía privada de una persona o de una sociedad anónima. Siempre se puede partir del principio de que un proyecto de reforma económica (introducción de nuevas máquinas, de nuevas materias primas, de nuevos reglamentos de trabajo y sistema de remuneración) es aceptado únicamente cuando este proyecto de reforma trae consigo ventajas comerciales indudables. Pero eso por sí solo no es suficiente, ya que aquí se trata de la economía de la sociedad entera. Aquí luchan intereses antagónicos; lo que para unos es ventajoso perjudica a otros. Y el egoísmo de una clase no sólo actúa contra el egoísmo de otra sino también en contra de los intereses de la totalidad. Para la realización del socialismo es necesario, por consiguiente, que, entre las clases antagónicas de la sociedad capitalista, haya una fuerza social suficientemente interesada en razón de su situación objetiva en la realización del socialismo, y suficientemente poderosa para llevarla a cabo después de superar los intereses hostiles y la resistencia.

Uno de los méritos fundamentales del socialismo científico consiste en haber descubierto teóricamente tal fuerza social en el proletariado, y en haber mostrado que esta clase, creciendo forzosamente con el capitalismo, puede encontrar su salvación sólo en el socialismo; que la situación total la empuja hacia el socialismo y que, finalmente, la doctrina del socialismo tendrá que hacerse necesaria para la ideología del proletariado en la sociedad capitalista.

Así puede fácilmente verse el gran paso atrás que significa Atlanticus en comparación con el marxismo cuando afirma que (desde el momento en que se pueda demostrar que “por el traspaso de los medios de producción a manos del estado no sólo se consigue una prosperidad general sino que, además, podrá ser reducida la jornada de trabajo) resultará completamente accesorio el que se confirme o no se confirme la teoría de la concentración del capital o la de la desaparición de clases sociales intermedias”...

Una vez que sean demostradas las ventajas del socialismo (opina Atlanticus) es “inútil poner todas las esperanzas en el fetiche del desarrollo económico; en cambio, deberían emprenderse investigaciones extensas y llegar a una amplia y escrupulosa preparación del paso de la producción privada a la estatal o ‘colectiva’” (!)⁴².

Cuando Atlanticus se vuelve contra las tácticas puramente opositoras de la socialdemocracia y recomienda “proceder” enseguida a los preparativos para la transformación socialista, olvida que la socialdemocracia carece todavía del poder necesario para ello y que Guillermo II, Bülow y la mayoría del Reichstag, a pesar de tener

⁴² Atlanticus, *Gosudarstvo buduscago* [El estado futuro], San Petersburgo, 1906, páginas 22 y 23.

el poder en sus manos, no tienen ni la menor intención de introducir el socialismo. El proyecto socialista de Atlanticus convence a los Hohenzollern tan poco como los planes de Fourier convencieron a los Borbones de la Restauración; la única diferencia es que este último basaba su utopismo político en una fantasía apasionada en el terreno de las creaciones económicas mientras que Atlanticus se apoyaba, en su utopismo político no menos grande, en una contabilidad convincente y filisteo-sensata.

¿Cómo tiene que ser el nivel de diferenciación social para que esté dada la segunda condición previa? En otras palabras: ¿Hasta dónde necesita llegar la fuerza numérica absoluta y relativa del proletariado? ¿Debemos contar con la mitad, con los dos tercios o con los nueve décimos de la población?

Intentar determinar el marco puramente aritmético de esta segunda condición previa del socialismo sería una empresa desesperante. Aceptando no obstante este esquematismo, surgiría antes que nada la pregunta de a quién ha de contarse entre el proletariado: ¿Debemos incluir en el cálculo a las amplias capas de semiproletarios y semicampesinos? ¿Debemos contabilizar el ejército de reserva de los proletarios urbanos quienes, por un lado, amalgaman con el proletariado parásito de mendigos y ladrones y, por el otro, pueblan las calles de las ciudades en calidad de comerciantes al por menor, desempeñando pues un papel parásito respecto a la economía total? Esta cuestión no es nada simple.

La importancia del proletariado se deriva principalmente de su papel en la gran producción. La burguesía se apoya, en su lucha por el dominio político, sobre su poder económico. Antes de conseguir hacerse con la autoridad pública, concentra en sus manos los medios de producción del país; esto determina también su específico peso social. El proletariado, en cambio, a pesar de todas las fantasmagorías cooperativas, estará apartado, hasta el momento de la revolución socialista, de los medios de producción. Su poder social resulta del hecho de que los medios de producción, encontrándose en manos de la burguesía, sólo pueden ser puestos en movimiento por él, por el proletariado. Desde el punto de vista burgués, el proletariado es pues también uno de los medios de producción que, junto con los otros, forma un todo, un mecanismo unitario; pero el proletariado es la única parte no automática de este mecanismo y, pese a todos esfuerzos, no puede ser reducido a estado de automatismo. Esta posición le da al proletariado la posibilidad de impedir, según su voluntad parcial o totalmente (huelga general o parcial), el funcionamiento de la economía social.

De ello resulta que la importancia del proletariado (en igualdad de circunstancias en cuanto a fuerza numérica) es tanto más grande cuanto mayor es la masa de fuerzas productivas que pone en movimiento: el proletario de una gran fábrica (en igualdad de circunstancias) tiene una importancia social mayor que un artesano, y un proletario urbano la tiene mayor que un proletario del campo. En otras palabras: el papel político del proletariado es tanto más importante cuanto más domina la gran producción sobre la pequeña, la industria sobre la agricultura y la ciudad sobre el campo.

Si analizamos la historia de Alemania o de Inglaterra en el período en el que el proletariado de estos países formaba una parte de la población igual de grande que el proletariado de la Rusia actual, podemos observar que aquél no desempeñaba el papel que corresponde actualmente a la clase obrera rusa, ni podía tampoco hacerlo, dada su significación objetiva.

Lo mismo vale, como hemos visto, para las ciudades. Cuando la población urbana en Alemania era sólo de un 15% (como ahora en Rusia) las ciudades alemanas no desempeñaban un papel político y económico en la vida del país equivalente al de las ciudades rusas de hoy en día. La concentración en las ciudades de grandes establecimientos industriales y comerciales, y la estrecha vinculación con las provincias

mediante los ferrocarriles, confiere a nuestras ciudades una importancia mucho más grande de lo que les correspondería por su cifra de población; el crecimiento de su importancia supera con mucho su incremento de población, al tiempo que el crecimiento de población en las ciudades, por otra parte, es más grande que el aumento natural de la población total... En 1848, en Italia el número de artesanos (no sólo de proletarios sino también de maestros) era aproximadamente un 15% de la población, es decir, no menos que la proporción de artesanos y proletarios en la Rusia actual. Pero el papel que desempeñaron fue incomparablemente inferior al del proletariado industrial de Rusia en la actualidad.

Todo esto demuestra claramente que el intento de predeterminar la proporción de la población total que debe formar parte del proletariado en el momento de la conquista del poder político, es un trabajo infructuoso. En lugar de ello citaremos algunos datos aproximados para mostrar qué parte de la población forma actualmente el proletariado en los países avanzados.

En el año 1895 en Alemania correspondían, de la cifra total de población activa de 20,5 millones (no comprendidos el ejército, los funcionarios estatales y personas de ocupación indeterminada), 12,5 millones al proletariado (obreros asalariados en la agricultura, la industria y el comercio y domésticos); la auténtica cifra de obreros agrícolas e industriales era de 10,75 millones. En lo que se refiere a los restantes 8 millones, muchos son también, en principio, proletarios (obreros de la industria doméstica, miembros de la familia que trabajan, etc.). En la agricultura, sólo el número de obreros asalariados era de 5,75 millones. La población total agrícola era aproximadamente el 36% de la población total. Repetimos que estos números valen para el año 1895. En los últimos once años han ocurrido indudablemente unos cambios inmensos, yendo generalmente en una dirección: ha aumentado la cifra de población urbana en relación con la agrícola (en 1882, la población agrícola era el 42%), la cifra del proletariado total en relación con la población total y la cifra del proletariado industrial en relación con el proletariado del campo; finalmente, corresponde hoy a cada obrero industrial más capital productivo que en 1895. Pero incluso las cifras mencionadas para 1895 muestran cómo el proletariado alemán representa ya desde hace mucho la fuerza dominante en la producción del país.

Bélgica, con su población de 7 millones, es un país industrial puro. De 100 personas que tienen alguna ocupación, 41 trabajan en la industria (en sentido estricto), y sólo 21 trabajan en la agricultura. De más de 3 millones de asalariados, aproximadamente 1,8 millón (lo que hace aproximadamente el 60%) corresponden al proletariado. Estas cifras serían mucho más explicativas si añadiésemos al proletariado estrictamente diferenciado los elementos sociales que le son semejantes, a saber, los productores sólo formalmente “independientes”, que en realidad están esclavizados por el capital, los pequeños funcionarios, los soldados, etc.

Pero es Inglaterra quien ocupa el primer plano desde el punto de vista de la industrialización de la economía y de la proletarización de la población. En el año 1901, la cifra de los ocupados en la agricultura, la pesca y la silvicultura era de 2,3 millones, mientras que, en la industria, en el comercio y el transporte estaban ocupadas 12,5 millones de personas.

De lo que resulta que en los países europeos más importantes la población urbana supera numéricamente a la del campo. Pero el predominio de la población urbana no se debe sólo a la cantidad de potencia productiva que representa sino, en una medida más elevada, a su composición cualitativa personal. La ciudad atrae a los elementos más enérgicos, a los más capaces e inteligentes de la población rural. Es difícil demostrarlo estadísticamente, si bien una comparación de grupos de edades entre la población urbana

y la del campo puede valer como prueba indirecta; este hecho tiene su propia significación. Así en el año 1896 se contaban en Alemania 8 millones de ocupados en la agricultura y 8 millones de ocupados en la industria. Pero si se divide la población en grupos de edades, entonces resulta que la agricultura tenía un millón de personas entre 14 y 40 años (los que están en plena posesión de sus energías físicas) menos que la industria. Eso muestra que son principalmente “los viejos y los niños” los que se quedan en el campo.

De todo ello podemos sacar la conclusión de que la evolución económica (el crecimiento de la industria, el crecimiento de las grandes empresas, el crecimiento de las ciudades, el crecimiento del proletariado en general y del proletariado industrial en particular) ha *preparado* ya la escena no sólo para la *lucha* del proletariado por el poder político sino también para su conquista.

3. Ahora trataremos de la tercera condición previa del socialismo, la *dictadura del proletariado*.

La política es el terreno donde las condiciones objetivas previas se entremezclan con las subjetivas y donde ambas se interinfluencian. En condiciones técnicas y socioeconómicas determinadas, una clase se fija conscientemente el objetivo determinado de conquistar el poder, concentra sus fuerzas, calcula la fuerza de su adversario y decide en consecuencia.

Pero tampoco en este terreno el proletariado es absolutamente independiente; junto a elementos subjetivos (conciencia, disposición e iniciativa) cuya evolución tiene también su propia lógica, el proletariado en su política se enfrenta con una serie de elementos objetivos: la política de las clases dominantes, las instituciones estatales existentes (el ejército, la enseñanza clasista, la iglesia estatal), las relaciones internacionales, etc.

Primero trataremos el elemento subjetivo: la disposición del proletariado respecto a la transformación socialista.

Indudablemente, no es suficiente que el nivel técnico haya hecho ventajosa una economía socialista desde el punto de vista de la productividad del trabajo colectivo; ni tampoco basta con que la diferenciación social, sobre la base de esta técnica, haya creado un proletariado que represente, por su significado numérico y económico, la clase más importante e interesada por razones objetivas en el socialismo. Por encima de todo esto, es necesario que esta clase sea *consciente* de su interés objetivo. Es menester que *comprenda* que para ella no hay otra salida que el socialismo; es necesario que se una en un ejército suficientemente fuerte como para conquistar en lucha abierta el poder político.

En las condiciones que se dan hoy en día sería absurdo negar esta afirmación. Sólo los viejos blanquistas podían poner sus esperanzas en la iniciativa salvadora de las organizaciones conspiradoras que se habían formado sin contacto con las masas; o bien los anarquistas (sus antípodas), que confían en un impulso espontáneo de las masas sin saber dónde conducirá; la socialdemocracia entiende por conquista del poder *una acción consciente de la clase revolucionaria*.

Ahora bien, muchos ideólogos socialistas (ideólogos en el sentido negativo, o sea, los que lo revuelven todo) hablan de la preparación del proletariado para el socialismo en el sentido de su transformación moral. El proletariado y “la humanidad” en general necesitarían ante todo perder su vieja naturaleza egoísta; en la vida social deberían predominar los impulsos del altruismo, etc... Como estamos muy lejos de semejante estado y como la “naturaleza humana” sólo ha de cambiar lentísimamente, el advenimiento del socialismo se ha alejado por algunos siglos. Tal concepto parece muy realista y evolucionista, etc... Pero en realidad se basa en consideraciones moralistas triviales.

Es de suponer que la psicología socialista tiene que existir antes del socialismo; en otras palabras, que es posible inculcar a las masas una psicología socialista sobre la base de las condiciones capitalistas. Aquí no se debe confundir el aspirar conscientemente al socialismo con la psicología socialista. Esta última supone la ausencia de motivos egoístas en la esfera de la vida económica, mientras que la aspiración y la lucha por el socialismo nacen de la psicología de clase del proletariado. Por muchos puntos de contacto que haya entre la psicología de clase del proletariado y la psicología socialista de una sociedad sin clases, un abismo profundo las separa.

La lucha común contra la explotación hace brotar en el alma obrera indicios preciosos de idealismo, de camaradería solidaria y de espíritu de sacrificio desinteresado, pero, al mismo tiempo, la lucha por la existencia individual, el espectro de la miseria, la diferenciación dentro del mismo estamento obrero, la presión de las masas ignorantes desde abajo y la actividad corrompida de los partidos burgueses, impiden el despliegue completo de estos indicios preciosos.

Sin embargo, lo esencial del asunto es que el obrero medio (aun cuando pueda seguir siendo egoísta y pequeño burgués, sin sobrepasar en su calidad “humana” a los representantes medios de las clases burguesas) se convence por la experiencia de la vida de que *sus deseos más simples y sus necesidades más naturales sólo pueden satisfacerse sobre las ruinas del sistema capitalista.*

Los idealistas se imaginan a la futura generación que será digna del socialismo de la misma manera que los cristianos se imaginan a los miembros de las primeras comunidades cristianas.

Como quiera que haya sido la psicología de los primeros prosélitos del cristianismo (sabemos por la historia de los apóstoles que se daban casos de ocultación de propiedades privadas ante la comunidad) en todo caso, al extenderse, el cristianismo fracasó no ya respecto a la transformación del modo de pensar del pueblo sino que, incluso, degenerando él mismo, haciéndose mercantilista burócrata, evolucionó de la mutua enseñanza fraternal al papismo y de la orden mendicante al parasitismo monástico; en una palabra: no logró someter a las condiciones sociales del medio dentro del cual se desarrollaba, sino que fue sometido por aquél. Y esto no ocurrió como consecuencia de la torpeza o del egoísmo de los padres y maestros del cristianismo sino como consecuencia de las leyes irrefutables de la dependencia de la psicología humana respecto de las condiciones del trabajo social y de la vida social. Y esta dependencia la mostraban incluso los propios padres y maestros del cristianismo en sus mismas personas.

Si el socialismo tan sólo se hubiese propuesto crear una nueva naturaleza humana dentro del marco de la vieja sociedad, no sería más que una nueva edición de las utopías moralistas. El socialismo no se propone la tarea de desarrollar una psicología socialista como condición previa del socialismo, sino la de crear condiciones de vida socialistas como condición previa de una psicología socialista.

El gobierno obrero en Rusia y el socialismo

Hemos demostrado anteriormente que las condiciones objetivas previas de una revolución socialista han sido ya creadas por el desarrollo económico de los países capitalistas avanzados. ¿Pero qué podemos decir a este respecto sobre Rusia? ¿Podemos esperar que el paso del poder a manos del proletariado ruso sea el comienzo de una adaptación de nuestra economía nacional a los principios socialistas?

Hace un año respondíamos a esta pregunta en un artículo que se vio sometido a un violento fuego cruzado procedente de las dos fracciones de nuestro partido:

“Los obreros parisienses [dice Marx⁴³] no esperaban que su comuna obrase milagros. Tampoco hoy debemos esperar milagros políticos de la dictadura del proletariado. El poder político no es todopoderoso. Sería absurdo suponer que el proletariado, una vez llegado al poder, podrá, con ayuda de algunos decretos, reemplazar al capitalismo por el socialismo. Un sistema económico no es el producto de la actividad del estado. El proletariado únicamente puede utilizar el poder político con toda su energía con el fin de facilitar y abreviar el camino de la evolución económica hacia el colectivismo.

“El proletariado comenzará con las reformas que figuran en el llamado programa mínimo y, partiendo de ahí, la lógica de su situación le obligará a pasar a la práctica colectivista.

“Será relativamente fácil la introducción de la jornada laboral de ocho horas y del impuesto progresivo sobre la renta, aunque tampoco en este caso el centro de gravedad radica en la promulgación de un “acta” sino en la organización de su realización práctica. La dificultad principal, sin embargo, será (¡he aquí el paso al colectivismo!) la organización de la producción a base de una gestión colectiva de las fábricas y las empresas que sean cerradas por sus propietarios como protesta contra este decreto.

“También será una tarea relativamente fácil la de promulgar una ley sobre la abolición de los derechos sucesorios y la de realizar esta ley en la práctica; herencias en forma de dinero no perjudicarán grandemente al proletariado ni obstaculizarán su orden económico. Pero, en cambio, la apropiación de las herencias de tierras e industrias significará para el estado obrero la organización de la economía sobre la base de la gestión colectiva.

“Lo mismo vale, en una medida aún mayor, para la expropiación, poco importa que se efectúe con indemnización o sin ella. La expropiación con indemnización ofrece ventajas políticas, pero entraña dificultades financieras, mientras que una expropiación sin indemnización implica ventajas financieras, pero también inconvenientes políticos. Pero más grandes que estas o aquellas dificultades serán las que planteen los problemas económicos y de organización.

“Repetimos: el gobierno del proletariado no es un gobierno que pueda hacer milagros.

“La socialización de la producción comienza con las industrias que presentan menos dificultades. La producción socializada, en su primera fase, aparecerá bajo la forma de unos pocos oasis entrelazados con las empresas privadas dentro del marco de las leyes de la circulación de mercancías. Cuanto más amplio sea el campo comprendido, por la economía socializada, tanto más obvias serán sus ventajas, tanto más seguro se sentirá el nuevo régimen político y tanto más audaces serán las siguientes medidas económicas del proletariado. Al tomar estas medidas, no solamente se apoyará en las fuerzas productivas nacionales sino también en la técnica internacional, lo mismo que en su política revolucionaria no se apoya exclusivamente en las experiencias de las condiciones de clase nacionales sino también en toda la experiencia histórica del proletariado internacional.”

La dominación política del proletariado es incompatible con su esclavización económica. Poco importa la bandera política bajo la cual el proletariado haya llegado al poder: estará obligado a proseguir una política socialista. Hay que considerar como la mayor utopía la idea de que el proletariado (después de haberse elevado, mediante la mecánica interna de la revolución burguesa, a las alturas de la dominación estatal) puede, ni siquiera, aunque así lo desease, limitar su misión a la creación de condiciones

⁴³ Carlos Marx, *La guerra civil en Francia (anexos)*, en estas mismas OEME-EIS, página 37 del formato pdf.

republicano-democráticas para el dominio social de la burguesía. Incluso una pasajera dominación política del proletariado debilitará la resistencia del capital, el cual necesita siempre del apoyo del poder político, y otorgará unas dimensiones grandiosas a la lucha económica del proletariado. Los obreros no pueden por menos que pedir del poder revolucionario el apoyo para los huelguistas; y el gobierno, apoyándose en los obreros, no puede negar esta ayuda. Pero esto significa ya paralizar la influencia del ejército de reserva del trabajo y es equivalente al dominio de los obreros, no sólo en el terreno político sino también en el económico, y convierte la propiedad privada de los medios de producción en una ficción. Estas inevitables consecuencias socioeconómicas de la dictadura del proletariado surgirán muy pronto, mucho antes de que la democratización del orden político esté terminada. La barrera entre el programa “mínimo” y el “máximo” desaparece en cuanto el proletariado obtiene el poder.

El régimen proletario tiene que acometer ya desde el principio la solución de la cuestión agraria, con la cual está conectado el destino de grandes masas de la población rusa. El proletariado, al resolver este problema (como también todos los demás) se guiará por el anhelo más importante de su política económica, a saber, posesionarse de un ámbito lo más grande posible para la organización de la economía socialista. En la cuestión agraria, las formas y la marcha de esta política tienen que ser determinadas, de un lado, por los recursos materiales que estén a disposición del proletariado y, del otro lado, por la necesidad de tomar sus medidas de tal manera que los aliados potenciales no se sientan empujados hacia las filas de los contrarrevolucionarios.

La *cuestión agraria*, es decir la cuestión del destino de la agricultura y sus relaciones sociales, no se agota naturalmente con la *cuestión de la tierra*, es decir, la cuestión de las formas de propiedad de la tierra. La respuesta que se dé al problema agrario predeterminará, quizá no la marcha del desarrollo de la agricultura, pero sí al menos la política agraria del proletariado; en otras palabras: el destino que el régimen proletario adjudique a la tierra estará estrechamente vinculado a la relación general del régimen proletario con el transcurso y las exigencias del desarrollo agrícola. Por este motivo la cuestión de la tierra ocupa el primer lugar.

Una de las soluciones a la cuestión de la tierra, que los socialrevolucionarios han popularizado tan laudatoriamente, es la socialización del país entero; ésta es una noción que, liberada de su maquillaje europeo, no significa otra cosa que “la igualación del uso de la tierra” o Reparto Negro⁴⁴. El programa de la repartición igualitaria supone, pues, la expropiación de todas las tierras, no sólo de las tierras privadas en general, no sólo de las tierras privadas de campesinos sino incluso de las tierras comunales. Si consideramos esta expropiación como uno de los primeros pasos del nuevo régimen, todavía bajo la dominación absoluta de las condiciones del capitalismo mercantil, entonces vemos que las primeras “víctimas” de esta expropiación serían los campesinos o, por lo menos, ellos se sentirían como tales. Si tenemos en cuenta que el campesino pagó, durante décadas, las sumas de redención que debían convertirle en propietario de su tierra⁴⁵, si tomamos en consideración que algunos campesinos acomodados han adquirido un inmenso terreno como propiedad privada indudablemente con grandes sacrificios, incluso en la generación actual, entonces podemos fácilmente imaginarnos cuán grande sería la resistencia contra el intento de declarar propiedad del estado las tierras comunales y las pequeñas parcelas privadas. Si el nuevo régimen actuase de este modo, empezaría a enfrentarse contra enormes masas campesinas.

⁴⁴ [Cerni Peredel: reparto espontáneo de las tierras de propietarios rurales por los campesinos.]

⁴⁵ [Después de la liberación de la servidumbre en 1861, los campesinos tenían que pagar grandes redenciones por las tierras que recibían.]

¿Para qué deberían pasar a ser propiedad del estado las tierras comunales y las pequeñas propiedades privadas de tierra? Para ponerlas a disposición, de una u otra manera, de la explotación económica “igualitaria” por todos los campesinos, incluidas las capas actualmente carentes de tierras y los obreros agrícolas. El nuevo régimen, por lo tanto, *económicamente* no ganaría nada con la expropiación de las pequeñas propiedades y de las tierras comunales, puesto que, después de la nueva repartición las tierras estatales o públicas pasarían al cultivo económico privado. Y *políticamente* cometería el nuevo régimen un grave error ya que pondría a las masas campesinas en oposición con el proletariado urbano como líder de la política revolucionaria.

La partición igualitaria supone además que estará prohibida por parte del legislador la ocupación de trabajo asalariado. La abolición del trabajo asalariado puede y tiene que ser una consecuencia de las reformas económicas, pero no puede ser llevada a cabo previamente mediante prohibiciones jurídicas. No basta con prohibir al agricultor capitalista que ocupe obreros asalariados; hay que buscar antes la posibilidad de asegurar la subsistencia al campesino carente de tierras y hay que hacerle posible una existencia racional desde el punto de vista de la economía total. Por lo demás, el programa de la explotación igualitaria del suelo que prohíbe el trabajo asalariado significa, por un lado, que se obliga a los que no tienen tierras a establecerse en minúsculas parcelas y, por el otro lado, se obliga al estado a equiparles con el utillaje necesario para su producción, socialmente irracional.

Se sobrentiende que la intervención del proletariado en la organización de la agricultura no puede comenzar por atar a algunos obreros dispersos a pedacitos dispersos de tierra, sino por explotar grandes terrenos sobre la base de una gestión estatal o comunal.

Sólo cuando la producción socializada esté ya en pie, podrá impulsarse el proceso de socialización mediante la prohibición del trabajo asalariado. Esto hará imposible la existencia de la pequeña agricultura capitalista dejando, sin embargo, espacio suficiente a las empresas agrícolas que se autoabastecen parcial o enteramente; la expropiación de éstas no encaja de ningún modo dentro de los planes del proletariado socialista.

El proletariado no puede, en ningún caso, elegir como pauta un programa de “repartición igualitaria” que, por una parte, suponga una expropiación sin finalidad, puramente formal, de los pequeños propietarios y, por otra parte, exija la completa atomización de las grandes fincas rurales en pequeños trozos. Esta política, desde el punto de vista económico claramente derrochadora, solamente podría partir de una reticencia utópico reaccionaria y más que otra cosa debilitaría políticamente al partido revolucionario.

¿Pero hasta dónde puede llegar la política socialista de la clase obrera en las condiciones económicas de Rusia? Una cosa podemos decir con toda seguridad: que tropezarán mucho antes con obstáculos políticos que con el atraso técnico del país. *La clase obrera rusa no podría mantenerse en el poder ni convertir su dominio temporal en una dictadura socialista permanente sin el apoyo estatal directo que le prestase el proletario europeo.* De esto no puede dudarse ni por un momento. Y, por otro lado, tampoco puede dudarse de que una revolución socialista en occidente nos permitiría convertir directamente el dominio temporal de la clase obrera en una dictadura socialista.

Kautsky escribió en el año 1904, cuando trataba sobre las perspectivas del desarrollo social y cuando analizaba la posibilidad de una revolución cercana en Rusia: “En Rusia, la revolución no podría conducir inmediatamente a un régimen socialista; para ello, las condiciones económicas del país no están, ni mucho menos, suficientemente maduras.” Pero la revolución rusa tiene que dar un fuerte empujón al movimiento proletario en el resto de Europa y, como consecuencia de la lucha renaciente, el proletariado podría obtener una posición dominante en Alemania. “Tal acontecer

[continúa Kautsky] tiene que tener influencia en toda Europa, pues debe conducir a la dominación política del proletariado en Europa occidental y dar al proletariado de Europa oriental la posibilidad de abreviar las etapas de su desarrollo e, imitando el ejemplo alemán, *construir artificialmente instituciones socialistas*. La sociedad como totalidad no puede saltar artificialmente ningún estadio de su desarrollo; en cambio, a algunas de sus partes constitutivas les es posible acelerar su atrasado desarrollo, siguiendo el ejemplo de países más avanzados, y colocarse, gracias a ello, en un estadio más alto, ya que no están cargadas con un lastre de tradiciones como las que pesan sobre los viejos países...

“Esto puede ocurrir [sigue Kautsky], pero con ello nos salimos, como ya hemos mencionado, del terreno de la *necesidad* y entramos en el de la *posibilidad*, por lo cual las cosas pueden desarrollarse de una manera completamente distinta”⁴⁶.

El teórico de la socialdemocracia alemana escribió estas líneas en una época en la cual era para él todavía incierto si la revolución habría de estallar primeramente en Rusia o en occidente.

Más tarde, el proletariado ruso mostró una fuerza que tampoco los socialdemócratas rusos, ni siquiera en su tendencia más optimista, se habían esperado en una medida tan extraordinaria. El curso de la revolución rusa estaba decidido en sus rasgos esenciales. Lo que fue o pareció hace dos o tres años una posibilidad ha llegado a ser probabilidad y todo denota que esta *probabilidad* está dispuesta a convertirse en *necesidad*.

Europa y la revolución

En junio de 1905 escribíamos: “Desde el año 1848 ha pasado más de medio siglo. Medio siglo de continuas conquistas del capitalismo en todo el mundo. Medio siglo de mutua adaptación “orgánica” de las fuerzas de la reacción burguesa y la feudal. ¡Medio siglo, en cuyo transcurso la burguesía ha mostrado su demencial dominación y su disposición a luchar ciegamente para conservarla! Al igual que un mecánico a la búsqueda del *perpetuum mobile* obsesionado por su fantasía, tropieza cada vez con nuevos obstáculos y superpone un mecanismo tras otro con el fin de superarlos, de la misma manera la burguesía ha cambiado y modificado su aparato de dominación, evitando el conflicto “ilegal” con las fuerzas que le son hostiles. Pero al igual que nuestro mecánico tropieza finalmente con un último obstáculo insuperable, la ley de conservación de energía, también la burguesía tiene que tropezar con una última barrera inexorable: el antagonismo de clases que se descarga inevitablemente en el conflicto.

“El capitalismo, al imponer a todos los países su modo de economía y de comercio, ha convertido al mundo entero en un único organismo económico y político. Así como el crédito moderno ha conectado a miles de empresarios a través de un lazo invisible, y permite al capital una movilidad sorprendente evitando muchas pequeñas bancarrotas privadas, pero acrecentando con ello, al mismo tiempo, las crisis económicas generales en unas dimensiones inauditas, así también todo el trabajo económico y político del capitalismo, su comercio internacional, su sistema de monstruosas deudas públicas y las agrupaciones políticas de naciones que incluyen a todas las fuerzas de la reacción en una especie de sociedad anónima internacional, no sólo ha contrarrestado por un lado todas las crisis políticas individuales sino que también, por otro lado, ha preparado el terreno para una crisis social de dimensiones fabulosas. La burguesía, al haber camuflado

⁴⁶ Véase en *Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución rusa*, en *Obras Escogidas de Karl Kautsky*, en nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria*, página 254 del formato pdf.

todos los síntomas de la enfermedad, al eludir todas las dificultades, al poner a un lado todas las cuestiones fundamentales de la política interior y exterior, ha aplazado su solución preparando con ello, al mismo tiempo, el camino para una liquidación radical de su dominio en una escala internacional. La burguesía se ha aferrado ávidamente a cualquier poder reaccionario sin preguntarse por su procedencia. El Papa y el sultán no fueron los últimos de entre sus amigos. El no haber sellado lazos “amistosos” con el emperador de China tiene su razón de ser en el hecho de que éste no representaba ninguna fuerza: para la burguesía era mucho más ventajoso saquear sus propiedades que tenerle a su servicio como inspector máximo y pagarle de su propio bolsillo. Por tanto, la burguesía internacional ha puesto la estabilidad inherente a su sistema estatal en una posición de dependencia profunda respecto a la inestabilidad que es inherente a los baluartes de la reacción preburguesa.

“Ello da, desde el principio, a los acontecimientos en curso de desarrollo, un carácter internacional y abre una gran perspectiva: la tarea de emancipación política que dirige la clase obrera rusa la eleva a ella misma a una altura hasta hoy desconocida en la historia, coloca en sus manos fuerzas y medios colosales y le posibilita por primera vez para comenzar con la destrucción a escala internacional del capitalismo, para lo cual la historia ha creado todas las condiciones objetivas previas.”⁴⁷

Si el proletariado ruso, habiendo conseguido temporalmente el poder, no traslada por propia iniciativa la revolución a Europa, entonces la reacción feudal burguesa europea le obligará a hacerlo.

Naturalmente, sería absurdo determinar ahora de antemano los caminos por los cuales la revolución rusa se extenderá sobre la vieja Europa capitalista: estos caminos podrían aparecer más tarde completamente inviables. Traemos aquí, más para ilustrar la idea que en el sentido de una profecía, a Polonia como vínculo entre el oriente revolucionario y el occidente revolucionario. El triunfo de la revolución en Rusia significa forzosamente también la victoria de la revolución en Polonia. Es fácil imaginarse que un régimen revolucionario sobre los diez gobiernos polacos anexionados por Rusia tenga que desembocar en una sublevación de Galitzia y de Posen. A esto los gobiernos de los Hohenzollern y de los Habsburgo responderían con una concentración de fuerzas militares en la frontera polaca para luego cruzarla y destrozarse al enemigo en su centro, en Varsovia. Está completamente claro que la revolución rusa no puede abandonar su vanguardia occidental en manos de los mercenarios austríaco-prusianos. La guerra contra los gobiernos de Guillermo II y de Francisco José representa, en estas condiciones, para el gobierno revolucionario de Rusia una necesidad. ¿Qué posiciones adoptarían el proletariado alemán y el austríaco? Es obvio que no pueden mirar indiferentemente cómo llevan a cabo sus ejércitos nacionales una cruzada contrarrevolucionaria. La guerra de una Alemania feudal burguesa contra una Rusia revolucionaria significa absolutamente la revolución proletaria en Alemania. A quién esta afirmación le parezca demasiado categórica le recomendamos que se imagine otro acontecimiento histórico en cuyo caso la probabilidad de una prueba de fuerzas abierta entre los obreros y los reaccionarios alemanes sería más grande.

Cuando nuestro ministerio de octubre⁴⁸ proclamó inesperadamente la ley marcial en Polonia, se extendió el rumor muy plausible de que esto había ocurrido bajo la

⁴⁷ Véase mi prefacio a la obra de F. Lassalle, *Discurso ante el tribunal*. [Se trata de un proceso contra Lassalle y Weyer por incitación a armarse contra la autoridad real, celebrado en Colonia el 3 de mayo de 1849.] (En nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano: Extracto del Prólogo al folleto de F. Lassalle 'Discurso ante el tribunal'](#)).

⁴⁸ [Ministerio del conde Witte, designado primer ministro por el zar el día de la publicación del manifiesto del 17 de octubre de 1905.]

instigación de Berlín. En la víspera de la disolución de la дума⁴⁹, el periódico gubernamental informaba, en forma de amenaza, sobre negociaciones que habían tenido lugar entre los gobiernos de Berlín y de Viena con vistas a una intervención armada en los asuntos interiores de Rusia para acabar con la agitación. Ningún mentís ministerial pudo disipar el efecto turbador de esta noticia. Estaba claro que se preparaba, en las cortes de los tres estados vecinos, un sangriento tribunal contrarrevolucionario para castigar con mano de hierro. ¡Cómo si hubiese podido pasar de otra forma! ¿Podían observar pasivamente las monarquías semif feudales vecinas cómo las llamas de la revolución alumbraban en las fronteras de sus propiedades?

Aunque la revolución rusa estaba aún lejos de su victoria, ya había tenido efecto, vía Polonia, sobre Galitzia. “¿Quién hubiera previsto hace un año”, exclamó Daszinsky, en mayo de este año, en la conferencia de la socialdemocracia polaca en Lemberg, lo que ocurre ahora en Galizia? Hemos aquí con un gran movimiento campesino que ha motivado asombro en toda Austria. Zbaraz elige a un socialdemócrata como vicemariscal del consejo regional. Los campesinos editan un periódico socialista revolucionario y lo llaman *Bandera Roja*; grandes manifestaciones de masas en las cuales participan 30.000 campesinos; desfiles con banderas rojas y canciones revolucionarias, en los pueblos de Galitzia, anteriormente tan tranquilos y apáticos... ¿Qué pasará cuando el clamor de la nacionalización del suelo les llegue desde Rusia a estos campesinos depauperados?”

Kautsky señaló, en sus discusiones con el socialista polaco Lusnia hace más de dos años, que Rusia no debería ser considerada por más tiempo como un tronco colocado sobre las piernas de Polonia ni que Polonia era la cabeza de la vanguardia oriental de la Europa revolucionaria que hubiese invadido las estepas de la barbarie moscovita. En el caso de la continuación y de la victoria de la revolución rusa (según lo dicho por Kautsky) “la cuestión polaca se hará de nuevo crítica, pero no en el sentido de Lusnia; Polonia enseñará los dientes, no contra Rusia sino contra Austria y Alemania; y, si es que llega a servir a la causa de la revolución, su tarea no será la de defender la revolución contra Rusia sino la de traerla desde Rusia a Austria y Alemania”. Ahora esta predicción está mucho más cerca de la realidad de lo que pudiera pensar el propio Kautsky.

Pero una Polonia revolucionaria no es, de ningún modo, el único punto de salida posible para la revolución europea. Hemos señalado más arriba que, ya desde hace décadas, la burguesía ha eludido sistemáticamente la solución de muchos problemas complejos y urgentes, no sólo en política interior sino también en la exterior. Aunque los gobiernos burgueses han puesto sobre las armas enormes cantidades de hombres, les falta la fuerza para determinarse a solucionar con la espada las complicadas cuestiones de la política internacional. Sólo un gobierno apoyado por una nación cuyos intereses vitales están amenazados, o bien un gobierno que ha perdido el suelo bajo sus pies y que se siente impulsado por el valor de la desesperación, puede mandar a morir a centenares de miles de hombres. En las actuales condiciones del desarrollo político y de la técnica militar, del sufragio universal y del servicio militar obligatorio, sólo una confianza profunda por parte de la nación o un loco arrebatado de cólera puede hacer que dos naciones entren en conflicto. En la guerra franco-prusiana de 1870 vemos, por un lado, a Bismarck, luchando por la prusianización, es decir, por la unificación de Alemania (una necesidad elemental que sentía todo alemán) y, por otro lado, al gobierno de Napoleón III, insolente, impotente, despreciado por el pueblo, dispuesto a cualquier aventura que le proporcionase un plazo de otros doce meses de vida. En la guerra ruso-japonesa, los papeles estaban distribuidos de manera similar: por un lado, el gobierno del mikado luchando por el dominio del capital japonés sobre Asia Oriental sin que pudiese oponérsele ningún proletariado

⁴⁹ [El 21 de julio de 1906, comienzo de la dictadura de Stolipin.]

revolucionario fuerte; por otro lado, un gobierno autocrático y caduco que se esforzaba en compensar sus derrotas en el interior con victorias en el extranjero.

En los viejos países capitalistas no hay necesidades “nacionales”, es decir necesidades de la *sociedad burguesa entera*, de las cuales la burguesía pudiese sentirse defensora. Los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania o Austria ya no son capaces de conducir guerras nacionales. Los intereses vitales de las masas populares, los intereses de las nacionalidades oprimidas o la bárbara política interior de un país vecino no inducen a ningún gobierno burgués a entrar en una guerra que pudiese tener un carácter liberador y por tanto nacional. Por otro lado, los intereses de la codicia capitalista, que con tanta frecuencia impulsan, ora a este gobierno, ora a aquél, a tintinear las espuelas y hacer ruido con los sables ante los ojos de todo el mundo, no pueden provocar el más mínimo eco en las masas populares. Por este motivo, la burguesía no puede o no quiere provocar o realizar guerras nacionales. Las últimas experiencias en el sur de África y luego en el este de Asia demostraron a dónde conducen, en las condiciones actuales, las guerras antinacionales. La grave derrota del conservadurismo imperialista en Inglaterra tiene como causa, y no la menos importante, la lección de la guerra de los boers; la otra consecuencia, mucho más importante y más peligrosa para la burguesía inglesa, de la política imperialista, es la autonomía política del proletariado inglés que, una vez iniciada, avanzará con botas de siete leguas. Y no hace falta recordar las consecuencias de la guerra rusojaponesa para el gobierno de Petersburgo. Pero incluso prescindiendo de estas dos experiencias, los gobiernos europeos tienen cada vez más miedo de colocar al proletariado, desde que ha comenzado a ser independiente, ante el dilema: guerra o revolución. Precisamente este miedo a la sublevación proletaria incita a los partidos burgueses a acordar inmensas sumas para gastos militares y a declarar, al mismo tiempo, solemnes manifiestos de paz; les incita a soñar con tribunales internacionales de arbitraje e incluso con la organización de los Estados Unidos de Europa. Es una declamación ridícula que no puede eliminar naturalmente ni el antagonismo entre los estados ni los conflictos armados.

La paz armada que se produjo en Europa después de la guerra francoprusiana se basaba en un sistema de equilibrio europeo, el cual no sólo suponía la invulnerabilidad de Turquía, la división de Polonia, la conservación de Austria (este traje de Arlequín etnográfico) sino también la existencia del despotismo ruso en el papel de gendarme, armado hasta los dientes, de la reacción europea. La guerra rusojaponesa asestó un duro golpe a este sistema, mantenido en pie artificialmente, en el que la autocracia tenía una posición de primer rango. Rusia salió, por una cierta época, del, así llamado, concierto de potencias. El equilibrio estaba destruido. Los éxitos japoneses inflamaron, por otra parte, los instintos conquistadores de la burguesía capitalista, y especialmente de la bolsa, de una gran importancia dentro de la política actual. La posibilidad de una guerra en suelo europeo ha crecido considerablemente. Por todas partes maduran conflictos y aunque hasta ahora hayan sido resueltos por medio de la diplomacia, ello no es ninguna garantía para el día de mañana. Mas una guerra europea significa inevitablemente la revolución europea⁵⁰.

Ya durante la guerra rusojaponesa, el partido socialista de Francia declaró que, en caso de una intervención del gobierno francés a favor de la autocracia, llamaría al proletariado a tomar las medidas más decididas, incluso hasta llegar a la sublevación. En marzo de 1906, cuando se agudiza el conflicto francoalemán a causa de Marruecos, el buró de la Internacional Socialista⁵¹ decidió, en el caso de un peligro bélico, “concretar las medidas de acción más apropiadas para todos los partidos socialistas internacionales

⁵⁰ [En la edición de 1919 esta frase está subrayada.]

⁵¹ [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#), en estas mismas EIS.

y toda la clase obrera organizada a fin de evitar y detener la guerra”. Ciertamente, aquello no pasó de ser una resolución y para comprobar su significación real sería necesaria una guerra. La burguesía tiene todas las razones para querer evitar tal experimento. Pero para desgracia suya, la lógica de las relaciones internacionales es más fuerte que la lógica de los diplomáticos.

La bancarrota del estado ruso (sea provocada por el despilfarro de la burocracia o sea proclamada por un gobierno revolucionario que no quiere responsabilizarse de los pecados del viejo régimen), la bancarrota del estado ruso, suscitará una tremenda conmoción en Francia. Los radicales, que actualmente tienen en sus manos el destino de Francia, han asumido, junto con el poder, todas las funciones protectoras, y entre ellas también el cuidado de los intereses del capital. Por esto hay serios motivos para suponer que la catástrofe financiera (consecuencia de la bancarrota del estado ruso) se convierta directamente en una crisis política en Francia, que sólo podría terminar con el traspaso del poder a manos del proletariado. De una u otra manera (bien a causa de una revolución en Polonia como consecuencia de una guerra europea, bien como resultado de la bancarrota del estado ruso) trascenderá la revolución a los territorios de la vieja Europa capitalista.

Pero también sin la presión exterior de acontecimientos tales como la guerra o la bancarrota puede surgir, en un futuro próximo, la revolución en uno de los países europeos como consecuencia de la extrema agudización de la lucha de clases. No queremos hacer aquí ninguna suposición sobre cuál de los países europeos será el primero que marchará por el camino de la revolución; pero es indudable que los antagonismos de clase han alcanzado, en los últimos años, un alto grado de tensión en todos los países europeos.

El crecimiento colosal de la socialdemocracia alemana en el marco de una constitución semiabsolutista llevará al proletariado por necesidad imperiosa a un choque abierto contra la monarquía feudal burguesa. La cuestión de la resistencia mediante la huelga general contra un golpe de estado ha llegado a ser desde el año pasado una de las cuestiones centrales en la vida política del proletariado alemán. En Francia, el paso del poder a los radicales libera decididamente las manos del proletariado, que, en relación con el internacionalismo, estuvieron atadas durante mucho tiempo por la colaboración con los partidos burgueses; el proletariado socialista, que ha recibido las tradiciones inmortales de cuatro revoluciones, y la burguesía conservadora, que se esconde detrás de la máscara de un partido radical, están puestos cara a cara. En Inglaterra, donde durante un siglo entero, dos partidos burgueses se sentaban por turno en el columpio del parlamentarismo, empezó hace poco tiempo, por toda una serie de motivos, el proceso de separación política del proletariado. Mientras que en Alemania este proceso duraba cuatro décadas, la clase obrera británica, disponiendo de fuertes sindicatos y de gran experiencia en la lucha económica, puede alcanzar, en pocos saltos, al ejército del socialismo continental.

La influencia de la revolución rusa sobre el proletariado europeo es extraordinariamente grande. No sólo destrozará al absolutismo de Petersburgo, la fuerza principal de la reacción europea, sino que creará también las condiciones previas, necesarias para la revolución, en la conciencia y en el ánimo del proletariado europeo.

La tarea del partido socialista era y es la de revolucionar la conciencia de la clase obrera en la misma medida en que el desarrollo del capitalismo ha revolucionado las condiciones sociales. Sin embargo, el trabajo de agitación y organización en las filas del proletariado está marcado por una inmovilidad interna. Los partidos socialistas europeos, especialmente el más grande entre ellos, el alemán, han desarrollado un conservadurismo propio, que es tanto más grande cuanto mayores son las masas

abarcadas por el socialismo y cuanto más alto es el grado de organización y la disciplina de estas masas. Consecuentemente, la socialdemocracia, como organización, personificando la experiencia política del proletariado, puede llegar a ser, en un momento determinado, un obstáculo directo en el camino de la disputa abierta entre los obreros y la reacción burguesa⁵². En otras palabras: el conservadurismo propagandístico socialista de un partido proletario puede, en un momento dado, obstaculizar la lucha directa del proletariado por el poder. El peso inmenso de la revolución se manifiesta en el hecho de aniquilar la rutina de partido, destruir el conservadurismo y poner en el orden del día la cuestión de la prueba abierta de fuerzas entre el proletariado y la reacción capitalista. La lucha por el sufragio universal en Austria, Sajonia y Prusia se ha agudizado bajo la influencia directa de la huelga de octubre en Rusia. La revolución en el este contagiará al proletariado del oeste con un idealismo revolucionario, despertando en él el deseo de hablar en “ruso” con sus enemigos.

Si el proletariado ruso se encuentra en el poder, aunque no sea más que como consecuencia del éxito temporal de nuestra revolución burguesa, entonces contará frente a sí con la hostilidad organizada de la reacción internacional y con la disposición al apoyo organizado del proletariado internacional. Abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera rusa sería destrozada inevitablemente por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado se apartase de ella. No le quedará otra alternativa que entrelazar el destino de su dominación política, y por tanto el destino de toda la revolución rusa, con el destino de la revolución socialista en Europa.

Echará en la balanza de la lucha de clases del mundo capitalista entero el inmenso poder estatal político que le da la prosperidad temporal de la revolución burguesa rusa. Con el poder estatal en las manos, con la contrarrevolución a su espalda y la reacción europea ante sí, gritará a sus compañeros de todo el mundo la consigna de lucha (y esta vez al último combate): *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

⁵² [En la edición de 1919 esta frase está subrayada.]

El Sóviet de Diputados Obreros y la revolución⁵³

Unos dos años después de la detención del sóviet de 1905, varios antiguos dirigentes de esa organización, entre ellos Chrustalyov Nossar, el primer presidente, y Trotsky, el segundo, se reunieron en el extranjero tras haber escapado del exilio siberiano. Decidieron resumir sus experiencias soviéticas en un libro que titularon *Historia del Sóviet de Diputados Obreros*. El libro apareció en 1908 en Petersburgo y fue inmediatamente suprimido. Reproducimos aquí uno de los ensayos de este libro.

En su estimación del papel del sóviet, Trotsky sin duda exagera. Sólo con la imaginación se puede ver en las actividades del sóviet en relación con las huelgas de correos, telégrafos y ferrocarriles, el comienzo de un control soviético sobre correos, telégrafos y ferrocarriles. También cabe preguntarse seriamente si el sóviet era realmente un organismo dirigente, o si se dejó llevar por la corriente de los acontecimientos revolucionarios, que fue incapaz de controlar. Lo que hace que este ensayo sea interesante y significativo es la afirmación de Trotsky de que “la primera nueva oleada de la revolución conducirá a la creación de sóviets en todo el país”. Esto ha ocurrido realmente. Sus predicciones sobre la formación de un sóviet de toda Rusia y sobre el programa que seguirían los sóviets también se han hecho realidad en el curso de la actual revolución.

I

La historia del Sóviet de los Diputados Obreros de San Petersburgo es la historia de cincuenta días. El 13 de octubre de 1905 se celebró la sesión en la que fue creado el sóviet. El 3 de diciembre fue disuelta la asamblea por las tropas gubernamentales.

¿Cómo es posible que haya conseguido en tan poco tiempo ocupar, no solamente en la historia del proletariado ruso sino también en la de la revolución rusa, un lugar que nadie piensa discutir?

El sóviet organizaba a las masas, dirigía las huelgas políticas y las manifestaciones, armaba a los obreros...

Pero otras organizaciones revolucionarias ya lo habían hecho antes que él, lo hacían al mismo tiempo y continuaron haciéndolo después de su disolución. La diferencia estriba en que era, o al menos aspiraba a ser, un *órgano de poder*. Aunque el proletariado, exactamente lo mismo que la prensa reaccionaria, llamaba al sóviet “el gobierno obrero”, en los hechos el sóviet representaba realmente un embrión de *gobierno revolucionario*. El sóviet realizaba el poder en la medida en que ya se encontraba en sus manos; luchaba directamente por el poder en la medida en que todavía se concentraba en manos del estado policíacomilitar. Antes del sóviet, ya existieron organizaciones revolucionarias en el seno del proletariado industrial, organizaciones socialdemócratas en su mayoría. Pero se trataba de organizaciones que evolucionaban en el seno del proletariado; su lucha tenía

⁵³ Tomado de “[El Sóviet de Diputados Obreros y la revolución](#)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano. Escrito en diciembre de 1906, una vez escapado de su exilio en Siberia Trotsky entrega este material para la obra conjunta de varios líderes de la revolución de 1905 que se tituló *Historia del Sóviet de Diputados Obreros* y que, publicada en 1908 en Petersburgo, fue secuestrada inmediatamente. Publicado en alemán en *Neue Zeit*, XXV, 2, 1906, número 7, página 85 y siguientes, bajo el título “Der Arbeiterdeputierrat und die Revolution”. Este texto fue retomado por Trotsky en conjunto, aumentándolo, en sus “Conclusiones” a su obra [1905](#). EIS.

como objetivo inmediato el de conquistar *influencia* entre las masas. Por su parte, el sóviet es la organización del proletariado; y su objetivo, la lucha *por el poder revolucionario*.

Sin embargo, al mismo tiempo, el sóviet era y seguía siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En la lucha por el poder, aplicaba los métodos que con toda naturalidad se derivaban del hecho de que el proletariado sea una clase: su papel en la producción, su número, su homogeneidad. Es más: ligaba la lucha por el poder a la dirección inmediata de toda la actividad social autónoma de las masas obreras; frecuentemente incluso se encargaba de solucionar conflictos entre los representantes individuales del capital y el trabajo.

Aunque el sóviet ha conducido diversas huelgas a la victoria, y ha solucionado con éxito diversos conflictos entre obreros y patronos, ello no se debe en modo alguno a que existiera expresamente para ese objetivo; al contrario, donde había un sindicato potente, éste demostró encontrarse en mejores condiciones que el sóviet para dirigir la lucha sindical; la intervención del sóviet sólo tenía peso a causa de la autoridad universal de que disfrutaba. Y esa autoridad se debía al hecho de que realizaba sus tareas fundamentales, las tareas de la revolución, que trascendían los límites de cada oficio y de cada ciudad y asignaban al proletariado, en tanto que clase, un lugar en las primeras filas de los combatientes.

El principal instrumento del sóviet fue la huelga política de masas. La virtud de una huelga de ese tipo radica en *desorganizar el poder del estado*. Y cuanto mayor es la “anarquía” que se origina, más se acerca la huelga a su objetivo. Pero esto sólo resulta exacto si *no es por medios anarquistas como se llega a esa anarquía*. La clase que día tras día hace funcionar el aparato de producción y simultáneamente el del poder, la clase que, al cesar en bloque el trabajo, paraliza no solamente la industria sino también toda la máquina estatal, debe encontrarse *suficientemente organizada* para no ser la primera víctima de la anarquía que ha creado. Cuanto más interrumpe la huelga en una gran escala la organización del estado vigente, más la organización de la huelga debe asumir las funciones del estado.

El Sóviet de los Diputados Obreros ha convertido en una realidad la libertad de prensa. Ha organizado patrullas callejeras para garantizar la seguridad de los ciudadanos. Se apoderó más o menos de correos, telégrafos y los ferrocarriles. Ha intentado instaurar la obligatoriedad de la jornada de trabajo de ocho horas. Al paralizar con el movimiento huelguístico al estado absolutista, introdujo su propio orden democrático en la vida de las clases trabajadoras de las ciudades.

II

Después del 9 de enero de 1905, la revolución mostró que dominaba en *la cabeza* de las masas obreras. El 14 de junio, con la sublevación del acorazado *Potemkin Tavvitchesky*, mostró que podía convertirse en una *fuerza material*. La huelga de octubre mostró que podía *desorganizar*, paralizar al enemigo y hacerle doblar la rodilla. Finalmente, al provocar el surgimiento por todas partes de los sóviets obreros, la revolución mostró que era capaz de crear una forma de poder. Ahora bien, un poder revolucionario no puede apoyarse más que sobre una fuerza revolucionaria activa. El desarrollo de la revolución rusa lo indica: ninguna clase social, salvo el proletariado, resulta apta ni se encuentra preparada para apoyar el poder revolucionario. El primer acto de la revolución ha sido el combate callejero que enfrentaba el *proletariado* a la monarquía; la primera victoria sería de la revolución ha sido conseguida mediante un verdadero *instrumento de clase del proletariado*, la huelga política; por último, el primer órgano embrionario del poder revolucionario es un órgano de *representación del proletariado*. El sóviet, en la historia rusa moderna, es la primera forma de poder

democrático. El sóviet es el poder organizado de las mismas masas sobre cada una de sus partes. Se trata de la verdadera democracia sin trapicheos, sin dos cámaras, sin burocracia profesional, con el derecho de los electores para revocar su representante cuando lo deseen. Por mediación de sus miembros, los diputados obreros elegidos, el sóviet dirige sin intermediarios todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto, y de sus diferentes grupos, organiza sus acciones de masas, le proporciona sus consignas y su bandera. Esta dirección organizada de las masas autónomas ha aparecido por primera vez en tierra rusa.

El *absolutismo* dominaba a las masas sin dirigirlas. Creaba de manera mecánica marcos exteriores para la actividad de las masas, en los que obligaba a encajar mediante la coacción a los elementos agitados de la nación. La única masa que dirigió el absolutismo era el ejército. Pero, ahí también, dirigir no significaba otra cosa que ordenar. Al manejar los elementos que componían el ejército, el absolutismo aniquilaba entre ellos todo lazo moral; lo substituía con la identidad de las condiciones físicas y sometía su voluntad a la hipnosis embrutecedora del cuartel. En el momento actual, incluso la dirección de esa masa atomizada e hipnotizada se le va cada vez más de las manos al absolutismo.

Por su parte, el *liberalismo* no tenía fuerza suficiente para dar órdenes a las masas, y carecía de la iniciativa necesaria para guiarlas. Frente a la aparición pública de las masas, incluso en los casos en que le reforzaba directamente, reaccionaba como frente a un fenómeno natural cargado de peligros, un terremoto o la erupción de un volcán.

El *proletariado* se lanzó al terreno de la revolución masivamente y en forma autónoma, con una independencia política total respecto del liberalismo burgués.

El *sóviet era la organización de clase de los obreros* y ahí residía la fuente de su potencia en la lucha. Pereció en el primer período de su existencia y no podía ocurrir de otra forma, no porque le faltara la confianza de las masas urbanas, sino porque, en general, la revolución en las ciudades tiene dimensiones limitadas; las razones de su pérdida se encontraron en la pasividad de los pueblos y aldeas y en la inercia de los elementos aldeanos en el ejército. Su posición política entre la población urbana resultaba tan fuerte como se podría desear.

Según el censo de 1897, San Petersburgo tenía alrededor de 820.000 personas “activas”, de las cuales 433.000 eran obreros y criados; la población proletaria llegaba por consiguiente al 53 por 100. Si contamos las personas inactivas, obtenemos una cifra algo inferior (50,8 por 100), al no tener familia la mayoría de los proletarios. En cualquier caso, el proletariado representaba más de la mitad de la población petersburguesa.

El sóviet de los diputados obreros no era el representante oficial del medio millón de personas que componía casi la población obrera de la capital. Reunía en su organización alrededor de 200.000, en su mayoría obreros fabriles, y aunque su influencia política, directa e indirecta, tenía un amplio alcance, capas muy importantes del proletariado (obrero de la construcción, criados, jornaleros, carreteros) no se encontraban, empero, casi o nada afectados por él.

Sin embargo, no existe la menor duda de que el sóviet expresaba los intereses de esa masa proletaria en su conjunto. Aunque en las fábricas, había también elementos reaccionarios, todo el mundo veía que su número se reducía no solamente de día en día, sino de hora en hora. Entre las masas proletarias de San Petersburgo, no podían encontrarse más que amigos y no enemigos de la dominación política del sóviet. La única excepción eran los criados privilegiados, los lacayos cargados de dignidades de la alta burocracia, los cocheros de los ministros, de los especuladores en bolsa y de las cortesanas (todos conservadores y monárquicos profesionales).

En la *intelligentsia*, tan numerosa en San Petersburgo, el sóviet tenía más amigos que enemigos. Millares de estudiantes reconocían la dirección política del sóviet y apoyaban sus iniciativas.

La *intelligentsia* titulada y asalariada estaba totalmente de su parte, salvo los elementos que habían caído irremediablemente en la inercia. El apoyo enérgico otorgado a la huelga de correos y del telégrafo llamó igualmente la atención de las capas inferiores de los funcionarios sobre el sóviet. Todo lo que en la ciudad era honesto, y se encontraba sojuzgado, o animado de cierta vida, se sentía, instintivamente o conscientemente, atraído por el sóviet.

¿Quién estaba contra él? Los representantes del bandidaje capitalista, los especuladores de la bolsa que juegan al alza, los patronos, los negociantes y los exportadores para quienes la huelga suponía pérdidas, los proveedores del hampa dorada, la cuadrilla del consejo municipal petersburgués, ese sindicato de propietarios de bienes inmuebles, la alta burocracia, las cortesanas que cobran del presupuesto del estado, los dignatarios, esos hombres públicos generosamente pagados, los partidarios de los *Nowoje Vremja*, el departamento de los detectives, todo lo que existía de rapaz, de grosero, de corrompido y de condenado a perecer. Entre el ejército del sóviet y sus enemigos, se encontraban los elementos políticamente indiferentes, vacilantes o poco seguros. Los grupos más atrasados de la pequeña burguesía, que todavía permanecían al margen de la política, no tuvieron tiempo de estudiar suficientemente el sóviet y de interesarse por él. Sin embargo, a causa del carácter de sus propios intereses, se hallaban más cerca del sóviet que del antiguo poder.

Los políticos profesionales de los medios de la *intelligentsia*, los periodistas radicales que no saben lo que quieren, los demócratas carcomidos por el escepticismo refunfuñaban condescendientes de cara al sóviet, contaban sus errores con los dedos, y, de manera general, daban a entender que en el supuesto de que *ellos* hubiesen estado al frente de esa institución, habrían conseguido la eterna felicidad del proletariado. Puede estimarse que la total impotencia de esos señores les disculpa.

En cualquier caso, el sóviet era efectivamente el órgano de la mayoría significativa de la población. Sus enemigos en el seno de la población de la capital no habrían supuesto peligro alguno para su dominación política si no hubiesen encontrado un protector en el absolutismo todavía lleno de vida que, por su parte, se apoyaba en los elementos atrasados del ejército campesino. La debilidad del sóviet no era su propia debilidad, sino la de una revolución exclusivamente urbana. Esos cincuenta días representaron para la revolución el período de su mayor potencia. El sóviet ha sido su órgano en la lucha por el poder. El carácter de clase del sóviet fue determinado por la rigurosa división en clases de la población urbana y la profunda antinomia política existente entre el proletariado y la burguesía capitalista (incluso en el marco históricamente limitado de la lucha contra el absolutismo). Tras la huelga de octubre, la burguesía capitalista ha frenado abierta y conscientemente la revolución; la pequeña burguesía demostró ser demasiado insignificante para desempeñar un papel autónomo, y el proletariado ha sido el jefe indiscutible de la revolución urbana, y su organización de clase fue su órgano en la lucha por el poder.

III

Cuanto más desmoralizado estaba el gobierno, más fuerte era el sóviet. Y, en comparación, cuanto más perdía la cabeza y sus medios el antiguo poder del estado, mejor se ganaba el sóviet la simpatía de las masas no proletarias.

La huelga política de masas (general) era el principal instrumento de que disponía el sóviet. Al unir todos los grupos del proletariado mediante un lazo directo y al mantener

la energía de los obreros de cada empresa gracias a la autoridad y a la fuerza de la clase, existía la posibilidad de interrumpir toda la vida económica del país. Por consiguiente, no importaba que los medios de producción y de transporte continuaran siendo, como antes, propiedad privada de los capitalistas y en parte del estado, y que la potencia estatal siguiera en manos de la burocracia, puesto que era el sóviet quien *disponía* de los medios de producción y de transporte nacionales, al menos en la medida en que se trataba de *paralizar* la vida económica y política regular. Y fue precisamente su capacidad, demostrada con hechos, para organizar la vida económica y para provocar la anarquía en la vida oficial del estado, lo esencial para que el consejo fuera lo que era. En esas condiciones, habría sido la más desesperada de las utopías buscar un medio para que coexistieran el sóviet y el viejo gobierno. No obstante, si tratamos de resumir el verdadero fondo de todas las objeciones que han sido expuestas contra la técnica del sóviet, advertimos que todas parten de esta idea fantástica: después de octubre, apoyándose sobre las conquistas arrancadas al absolutismo, el sóviet hubiese debido preocuparse de organizar a las masas, y abstenerse de cualquier otra iniciativa agresiva.

Ahora bien, ¿en qué consistía esa victoria de octubre?

Aunque el proletariado tenga el derecho de registrar en su cuenta histórica la victoria completa, esto no ha impedido a su partido valorar con toda lucidez, los resultados conseguidos.

No hay duda alguna de que, después del asalto de octubre, el absolutismo abandonó la partida. Sin embargo, hablando con propiedad no había perdido la batalla, había evitado el enfrentamiento. No realizó ningún intento serio para oponer su ejército campesino a las ciudades sublevadas. Naturalmente, no se abstuvo por razones humanitarias, sino porque había perdido todo el valor y todo el dominio de sí mismo. Los elementos liberales de la burocracia, que tranquilamente esperaban su turno, obtuvieron una ventaja, y en el momento en que ya retrocedía la huelga publicaron el manifiesto del 17 de octubre, la abdicación de principios del absolutismo. Pero toda la organización material del poder, la jerarquía de los funcionarios, la policía, la justicia, el ejército, continuaba siendo, como antes, propiedad indivisa de la monarquía. Bajo esas condiciones ¿qué táctica podía y debía seguir el sóviet?

Basaba su fuerza en el hecho de que, al apoyarse en el proletariado productivo, podía privar al absolutismo de la posibilidad de utilizar el aparato material del poder. Desde ese punto de vista, la actividad del sóviet significaba la organización de la “anarquía”. Si continuaba existiendo y desarrollándose, esto representaba el reformismo de la “anarquía”. Una coexistencia permanente resultaba imposible. El conflicto próximo ya se encontraba implícito en la semivictoria de octubre, que era su base material.

Por consiguiente, ¿qué debía hacer el sóviet? ¿Debía fingir que no preveía que el conflicto era inevitable? ¿Debía aparentar que había organizado a las masas para los placeres de un régimen constitucional? ¿Quién hubiera creído eso de él? ¿Es claro que ni el absolutismo, ni las masas obreras!

Más tarde, el ejemplo de la дума nos ha mostrado qué pobre auxilio representaba en la lucha contra el absolutismo una corrección superficial, una forma hueca de lealtad. Para entregarse a una táctica de hipocresía constitucional, hubiera sido preciso que el sóviet estuviera hecho de una pasta distinta. E, incluso en ese último caso, ¿a qué resultado habría llegado? Únicamente al que llegó más tarde la дума. El sóviet no podía hacer otra cosa sino *reconocer que un conflicto abierto era inevitable a corto plazo*, y no disponía de más táctica que la de prepararse para la *insurrección*.

¿Y en qué podían consistir esos preparativos, sino en desarrollar y consolidar las cualidades del sóviet que le proporcionaban la posibilidad de paralizar el poder del estado y constituían su fuerza? Naturalmente, los esfuerzos, que se derivaban de su carácter, y

que el sóviet desplegaba para consolidar y desarrollar esas cualidades, aceleraban inevitablemente el conflicto.

El sóviet se preocupó (y cada vez más) de extender su influencia entre el ejército y el campesinado. En noviembre, el sóviet hizo un llamamiento a los obreros para que demostrasen activamente su fraternal solidaridad con el ejército que comenzaba a despertar de su letargo. No hacerlo, suponía no preocuparse por aumentar sus fuerzas. Hacerlo correctamente, implicaba marchar al encuentro del conflicto.

¿Habría habido por casualidad una tercera vía? ¿Acaso el sóviet hubiera debido recurrir a la supuesta “razón de estado” del régimen? ¿Habría podido, habría debido localizar la frontera que separa los derechos del pueblo de los privilegios de la monarquía y detenerse en ese límite sagrado? Pero ¿quién garantizaría que la monarquía no atravesaría ese límite? ¿Quién se habría encargado de preparar la paz, o al menos un armisticio provisional, entre los dos adversarios? ¿El liberalismo? Una de sus comisiones propuso el 18 de octubre al conde Witte, como señal de reconciliación con el pueblo, retirar las tropas de la ciudad.

“Es preferible quedarse sin electricidad y sin agua que sin tropas”, contestó el ministro.

Con toda evidencia, el gobierno no pensaba en modo alguno en ceder. ¿Qué posibilidades tenía, pues, el sóviet? O apartarse y dejar el asunto en manos de la cámara conciliadora, la futura Duma del Imperio (lo que igualmente deseaba, a decir verdad, el liberalismo). O prepararse para defender con las armas en la mano todo lo que había sido conquistado en octubre y, si fuera posible, para organizar nuevos asaltos. Ciertamente, sabemos ahora hasta la saciedad que la cámara conciliadora se ha convertido en el escenario de un nuevo conflicto revolucionario. Por consiguiente, el papel objetivo desempeñado por la duma no hizo más que confirmar la justeza de la hipótesis de la que el proletariado había deducido su táctica. Pero ni siquiera resulta necesario ir tan lejos. Podemos plantear la pregunta: ¿qué es lo que podía y debía garantizar la reunión de esa “cámara conciliadora” que no tenía la posibilidad de conciliar a nadie? ¿De nuevo la misma razón de estado de la monarquía? ¿O una solemne promesa de su parte? ¿O la palabra de honor del conde Witte? ¿O las peregrinaciones de los estados rurales a Peterov por la puerta de servicio? ¿O las advertencias de Mendelsohn? ¿O finalmente el famoso “curso natural de las cosas” sobre el cual el liberalismo se descarga de todos los problemas a partir del momento en que la historia le confía su solución a él, a su iniciativa, a su energía, a su razón?

IV

Si reconocemos (y es imposible no reconocerlo) que tras la semivictoria de octubre las cosas se presentaban como acabamos de indicar, queda todavía por preguntarse si el sóviet se preparó como era necesario para ese inevitable conflicto. La prensa burguesa democrática ha expuesto, a este respecto, diversas acusaciones que, desgraciadamente, han encontrado también algún eco en la prensa del partido.

Si les creemos, el principal error del sóviet y de los partidos revolucionarios ha consistido en hacer demasiada agitación y muy poco trabajo de organización; y, por ello, el asalto contrarrevolucionario no fue repelido con suficiente fuerza. Nosotros, tenemos dificultad para captar en qué tipo de organización piensan esos acusadores.

La organización del sóviet unía a un número no menor de 200.000 obreros. Todas las fábricas tenían su centro director: el colegio de los diputados de la fábrica, y todos los distritos, el suyo: la asamblea de distrito de los diputados, y, por último, el conjunto del proletariado petersburgués el suyo: el sóviet; era una organización amplia, libre, influyente, capaz de iniciativa. Simultáneamente se desplegaba una intensa actividad para

crear sindicatos; estos aspiraban vivamente a unirse; tenían un órgano: la oficina central de los sindicatos; de representación de diversas empresas, el propio sóviet se convertía en representación de las organizaciones de oficios; en su último período de existencia, dieciséis sindicatos estaban representados en él.

Naturalmente, puede reprochársele al sóviet haber organizado sólo 200.000 y no 400 a 500.000 obreros. Puede reprochársele al sóviet y a la socialdemocracia no haber organizado más que dieciséis sindicatos, y no treinta o cuarenta, y no haber organizado al conjunto del proletariado en esas uniones. Pero de todos modos no hay que perder de vista que, para todo ese trabajo, ¡la historia no ha concedido más que *cincuenta* días! La socialdemocracia ha hecho mucho, no podía hacer milagros.

Y el trabajo de organización interna del propio partido ¿iba por buen camino? ¿No dejó pasar esos cincuenta días sin aprovecharlos? En la medida en que la tarea consistía en armar, en los más breves plazos, a centenares de millares de obreros, lo mejor que podía hacer el partido era utilizar todas sus fuerzas para la organización y la consolidación del sóviet. A fin de cuentas, el sóviet es íntegramente su trabajo. En lo que se refiere a su propia organización, dos vías se abrían ante el partido: la vía conspirativa y la vía abierta. En nuestras filas, ningún individuo dotado de un poco de sentido común dudaba de la inevitabilidad del asalto de la contrarrevolución contra las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, habría sido una completa estupidez, en ese período en que la vida política de las masas era intensa y abierta, dirigir toda la organización del partido hacia la clandestinidad. Para que el trabajo de agitación tuviera éxito, resultaba indispensable hacer aparecer públicamente al partido por medio de las secciones y de los círculos socialdemócratas. Pero ni que decir tiene que esas organizaciones experimentaron en diciembre la misma suerte que el sóviet de los diputados obreros, la federación campesina y todas las demás uniones sindicales, con la federación de los ferroviarios, de correos y telégrafos en primer lugar. Diciembre se deriva de octubre como la conclusión de la hipótesis. La salida de diciembre se explica, con toda naturalidad, por el hecho de que en ese momento dado del desarrollo revolucionario la reacción ha sido mecánicamente más fuerte que la revolución. Es cierto que el liberalismo estima conveniente, en todas las circunstancias, suplir la falta de fuerzas con la rapidez de los pies. Para él, la táctica realmente valiente, madura, meditada y adecuada es la deserción en el momento decisivo. Ello se debe a la inmensa ventaja de tener los pies ligeros, al no encontrarse atado por la confianza de las masas ni por las responsabilidades frente a ellas. Pero, si en diciembre, la socialdemocracia o el sóviet hubieran cedido sin lucha, habrían vaciado de su sentido no solamente la manifestación de noviembre, sino también los esfuerzos realizados y la victoria conseguida en octubre. Esto habría significado, añadido a la derrota material que provenía de las correlaciones de fuerzas, la derrota moral que se hubiera derivado de la traición que suponía la deserción.

Hemos dicho que diciembre ha sido la consecuencia directa e inevitable de octubre. Desde ese punto de vista, las diferencias de opinión en la apreciación de la huelga de noviembre y de la lucha por la jornada de ocho horas adquieren una importancia secundaria. La lucha por la jornada de ocho horas suscita actualmente, cuando se aprecia retrospectivamente la actividad del sóviet, cierto número de opiniones divergentes. No ocurre así con la huelga de noviembre, pero algunos socialdemócratas influyentes han puesto en duda su oportunidad. Por nuestra parte, señalemos lo siguiente: si la huelga de noviembre ha sido un error, si el establecimiento forzoso de la jornada de ocho horas ha sido otro error fenomenal (aunque ello no sea en modo alguno nuestra opinión) los dos errores tienen una importancia menor; no han modificado la situación política; esos dos “errores” no han originado la oposición entre el poder que se apoya sobre los soldados y el que se apoya sobre los obreros. Con o sin errores, el conflicto de diciembre se

encontraba implícito en la situación contradictoria. La derrota de diciembre también lo estaba en las correlaciones de fuerzas. En el sur, en los países bálticos, en el Cáucaso, no hubo huelga de noviembre ni establecimiento forzoso de la jornada de ocho horas. Y, sin embargo, ocurrió lo mismo: en todas partes ha habido, en diciembre, conflicto y derrota.

V

Puesto que las causas de la derrota de diciembre no se pueden buscar en la táctica seguida, ¿acaso las encontraremos en la *composición* del sóviet? Se ha dicho que el pecado original del sóviet estribaba en su carácter de clase. Para llegar a ser el órgano de la revolución nacional (se explica) resultaba necesario que el sóviet ampliara su marco; se precisaba que los representantes de todas las capas de la población tuvieran su sitio en él. Esto habría consolidado la influencia del sóviet y reforzado su poder.

¿Es cierto?

La fuerza del sóviet provenía del papel desempeñado por el proletariado en la economía capitalista. La tarea del sóviet no consistía en transformarse en una parodia de parlamento, sino en crear las condiciones del parlamentarismo; no era la de organizar la representación igual de los intereses de diferentes grupos sociales, sino unificar la lucha revolucionaria del proletariado. El arma principal del sóviet era la huelga política de masas, un método que sólo pertenece a la clase de los obreros asalariados, al proletariado. La unidad de clase eliminaba en el sóviet las fricciones internas y le proporcionaba capacidad de iniciativa revolucionaria.

¿De qué manera podía ampliarse la composición del sóviet? Se habrían podido admitir representantes de las profesiones liberales; aunque no aportasen nada al sóviet, podemos suponer que tampoco le estorbarían demasiado. Pero es inútil añadir que no hubiera cambiado nada la fisonomía de clase del sóviet.

¿Qué otros grupos de la sociedad deberían haber sido representados?: ¿el congreso de los zemstvos?, ¿el comercio y la industria?

El congreso de los zemstvos se reunía en Moscú en noviembre; deliberaba sobre la cuestión de las negociaciones con el ministerio del conde Witte, pero ni siquiera se le ocurrió plantear el problema de las negociaciones con el sóviet obrero.

En el transcurso de las sesiones del congreso estalló la [insurrección de Sebastopol](#). Esto impulsó inmediatamente a los representantes de los zemstvos hacia la derecha, de tal modo que Miliukov tuvo que tranquilizar al congreso con un discurso en el que sustancialmente decía que, gracias a Dios, la insurrección ya estaba aplastada. ¿De qué modo se habría podido llevar a una acción revolucionaria común a esos señores y a los diputados obreros que aclamaron a los insurrectos de Sebastopol? Uno de los dogmas medio sinceros, medio hipócritas del liberalismo proclama la exigencia de que el ejército permanezca al margen de la política. Por su parte, el sóviet desarrolló una inmensa energía para atraer al ejército hacia la política revolucionaria. ¿Sobre la base de qué programa se podía imaginar una cooperación en ese terreno? ¿Qué podían aportar esos señores a la actividad del sóviet, aparte de una oposición sistemática, debates interminables y la desmoralización interna? ¿Qué nos habrían podido proporcionar, excepto advertencias y consejos de los que ya había bastantes en la prensa liberal? Es muy posible que los cadetes y los octubristas hayan tenido a su disposición la verdadera “razón de estado”; aun así el sóviet no podía transformarse en un club de polémicas políticas y de educación mutua (era necesario que fuese un órgano de *lucha*, y continuó siéndolo).

Mientras que para el sóviet la huelga general, y sólo ella, era la condición previa de la insurrección, en la que los elementos no proletarios podían encontrar su sitio al lado de los obreros; mientras que el sóviet pedía a todos los grupos revolucionarios que preparasen la huelga directamente e inmediatamente con él, el liberalismo burgués veía

en la huelga política (en la que, por su carácter, no podía participar activamente), un método de combate que había perdido toda eficacia y exigía la mejor parte en la dirección de una lucha, en la que el proletariado debía soportar todo el peso.

¿Qué es lo que los representantes del liberalismo burgués y de la democracia burguesa podían añadir a la fuerza del sóviet? ¿Cómo habrían podido enriquecer sus métodos de lucha? Basta recordar el papel que desempeñaron en octubre, en noviembre, en diciembre, basta acordarse de la resistencia que esos elementos opusieron a la disolución de su дума, para comprender que el sóviet podía y debía seguir siendo una organización de clase, esto es, una organización de lucha. Algunos diputados burgueses podían aumentar su importancia *numérica*, pero eran absolutamente incapaces de aumentar su *fuerza*.

VI

La tarea central de la revolución es la lucha por el poder. Estos cincuenta días y su conclusión sangrienta no sólo han mostrado que la Rusia de las ciudades constituía una base demasiado estrecha para esa lucha, sino también que, dentro de los límites de la revolución urbana, una organización local no puede asumir la dirección del proletariado. La lucha del proletariado en nombre de tareas nacionales exigía una *organización de clase de envergadura nacional*. El sóviet de Petersburgo era una organización local. Sin embargo, la necesidad de una organización central se hacía sentir de tal modo que, de grado o por fuerza, tuvo que asumir sus funciones. Desde ese punto de vista, hizo todo lo que pudo, pero continuó siendo, no obstante y ante todo, el sóviet de los diputados de *Petersburgo*. Ya en la época del primer sóviet apareció con nitidez y con fuerza la necesidad de un congreso obrero panruso, que indefectiblemente habría provocado la creación de un órgano dirigente central. La derrota de diciembre impidió que se llevara a cabo dicha tarea. Quedó como legado de este período de cincuenta días. La idea del sóviet se fijó en la inteligencia obrera, al igual que la necesidad previa de la irrupción revolucionaria de las masas. La experiencia demostró que el sóviet no resulta adecuado ni posible bajo todas las circunstancias. La organización del sóviet significa objetivamente que se crea la posibilidad de desorganizar el gobierno, significa la organización de la “anarquía” y, por consiguiente, la condición necesaria para un conflicto revolucionario. Por eso, aunque un período de calma chicha para la revolución y de triunfo desmesurado de la reacción excluye la posibilidad de un órgano de masas abierto, elegido, influyente, no hay ninguna duda de que el cercano nuevo asalto de la revolución provocará en todas partes la constitución de sóviets obreros. El sóviet obrero panruso, organizado por la unión de todos los obreros del territorio, se encargará de la dirección de las organizaciones locales elegidas del proletariado. Naturalmente, lo esencial no es el nombre y los detalles de las organizaciones, sino la tarea que consiste en dirigir de manera democráticamente centralizada al proletariado en la lucha para hacer pasar el poder a las manos del pueblo.

La historia no se repite, y el nuevo sóviet ya no tendrá que recorrer el ciclo de los acontecimientos de estos cincuenta días, sino que de este período, podrá sacar un programa completo de actividad. Y este programa está perfectamente claro:

- cooperación revolucionaria con el ejército, el campesinado y las capas plebeyas de la burguesía urbana;
- supresión del absolutismo; destrucción de su organización material: en parte cambio completo, en parte disolución inmediata del ejército, aniquilamiento del aparato policíaco burocrático;
- jornada de ocho horas;
- armamento de la población y, sobre todo, del proletariado;

- transformación de las administraciones en órganos de autoadministración de las ciudades; creación de sóviets de diputados campesinos en tanto que órganos locales de la revolución agraria;
- organización de las elecciones a la Asamblea Constituyente y campaña electoral sobre la base de un programa preciso de los trabajos de la representación popular.

Un plan de este tipo resulta más fácil de formular que de poner en práctica. Pero si la revolución vence, el proletariado ruso se encontrará obligado a seguir con precisión este programa. Desarrollará una actividad revolucionaria nunca vista en el mundo todavía. La historia de estos cincuenta días entonces no será más que una página muy pálida en el gran libro de la lucha y de la victoria del proletariado.

Prefacio a Mi viaje de ida y vuelta

Trotsky nunca fue personal. El lado emocional de la vida rara vez aparece en sus escritos. El suyo es el reino de las actividades sociales, de las luchas sociales y políticas. Sus escritos respiran lógica, no sentimiento, hechos, no poesía. El siguiente prefacio a su *Viaje de ida y vuelta* es, quizás, la única excepción. Habla del hombre Trotsky y habla de sus creencias. Nótese su confesión de fe: “La historia es un tremendo mecanismo al servicio de nuestros ideales”.

Prefacio a Mi viaje de ida y vuelta

En el Congreso de Estocolmo del Partido Socialdemócrata Ruso se distribuyeron unos curiosos datos estadísticos que mostraban las condiciones en que trabajaba el partido del proletariado.

El congreso, en su conjunto, personificado por sus 140 miembros, había pasado en la cárcel ciento treinta y ocho años y tres meses y medio.

El congreso había estado en el exilio ciento cuarenta y ocho años y seis meses y medio.

Escapados de prisión: una vez, dieciocho miembros del congreso; dos veces, cuatro miembros.

Escapados del exilio: una vez, veintitrés; dos veces, cinco; tres veces, un miembro.

La duración de la actividad socialdemócrata del congreso en su conjunto es de 942 años. De ello se deduce que el tiempo pasado en la cárcel y en el exilio es aproximadamente un tercio del tiempo que un socialdemócrata está activo. Pero estas cifras son demasiado optimistas. “El congreso ha estado activo en el trabajo socialdemócrata durante 942 años” significa simplemente que las actividades de esas personas se han extendido durante tantos años. Su período real de trabajo debe haber sido mucho más corto. Posiblemente todas estas personas habían trabajado, real y directamente, sólo una sexta o una décima parte del tiempo mencionado. Tales son las condiciones de la actividad clandestina. Por otra parte, el tiempo pasado en la cárcel y en el exilio es tiempo real: el congreso había pasado más de cincuenta mil días y noches entre rejas de hierro, y más que eso, en rincones bárbaros del país.

Tal vez pueda ofrecer, además de estas cifras, algunos datos sobre mí mismo. El autor de estas líneas fue detenido por primera vez en enero de 1898, después de haber trabajado durante diez meses en los círculos obreros de Nikoláyev. Pasó dos años y medio en la cárcel, y escapó de Siberia después de vivir allí dos de sus cuatro años de exilio. Fue detenido por segunda vez el 3 de diciembre de 1905, como miembro del Sóviet de Diputados Obreros de Petersburgo. El sóviet había existido durante cincuenta días. Cada uno de los miembros arrestados del sóviet pasó 400 días en prisión, después fueron enviados a Obdorsk “para siempre”. Cada socialdemócrata ruso que haya trabajado en su partido durante diez años podría dar estadísticas similares sobre sí mismo.

El tobogán político que existe en Rusia desde el 17 de octubre y que el *Gotha Almanach* ha caracterizado con humor inconsciente como “una monarquía constitucional bajo un zar absoluto”, no ha cambiado nada en nuestra situación. Este orden político no puede reconciliarse con nosotros, ni siquiera temporalmente, ya que es orgánicamente incapaz de admitir cualquier actividad libre de las masas. Los simplones e hipócritas que

nos instan a “mantenernos dentro de los límites legales” recuerdan a María Antonieta, que recomendaba a los campesinos hambrientos que comieran pastel. Se diría que padecemos una aversión orgánica al pastel, una especie de enfermedad incurable. Se diría que nuestros pulmones están infectados por un deseo irresistible de respirar la atmósfera de las mazmorras solitarias de la Fortaleza de Pedro y Pablo. Se diría que no tenemos otro uso para esas interminables horas arrancadas de nuestras vidas por los carceleros.

Amamos nuestra clandestinidad tan poco como un ahogado ama el fondo del mar. Sin embargo, tenemos tan pocas opciones como, digámoslo directamente, el orden absolutista. Siendo plenamente conscientes de ello, podemos permitirnos ser optimistas incluso en un momento en el que el subsuelo nos rodea el cuello con una dureza implacable. No nos ahogará, ¡lo sabemos! ¡Sobreviviremos! Cuando los huesos de todas las grandes hazañas que están realizando ahora los príncipes de la tierra, sus sirvientes y los sirvientes de sus sirvientes, se hayan convertido en polvo, cuando nadie conozca las tumbas de muchos partidos actuales con todas sus hazañas, la causa a la que servimos gobernará el mundo, y nuestro partido, que ahora se ahoga bajo tierra, se disolverá en la humanidad, por primera vez ama de sí misma.

La historia es un tremendo mecanismo al servicio de nuestros ideales. Su trabajo es lento, bárbaramente lento, implacablemente cruel, pero el trabajo continúa. Creemos en ella. Sólo en los momentos en que este monstruo voraz bebe la sangre viva de nuestros corazones para servirle de alimento, deseamos gritar con todas nuestras fuerzas:

¡Lo que haces, hazlo rápido!

París, 8/21 de abril de 1907

Las lecciones de un gran año (9 de enero de 1905 – 9 de enero de 1917)

Este ensayo se publicó en un periódico ruso de Nueva York el 20 de enero de 1917⁵⁴, menos de dos meses antes de la segunda revolución rusa. Trotsky vivía entonces en Nueva York. El ensayo muestra cómo había aumentado su desprecio, incluso odio, hacia los partidos liberales en Rusia desde 1905-1906.

Los aniversarios revolucionarios no son tanto días de conmemoración como días de enseñanzas. Particularmente para nosotros, rusos. Nuestra historia es pobre. Lo que llamamos nuestra existencia particular y original sólo está compuesta en gran parte por pobreza, bastedad, incapacidad y atraso. Únicamente la revolución de 1905 nos condujo a la gran ruta del desarrollo político. El 9 de enero, el trabajador petersburgués golpeó con fuerza en las puertas del Palacio de Invierno. Pero se puede decir que era el pueblo ruso quien llamaba en las puertas de la historia. El portero coronado no salió. Pero nueve meses más tarde, el 17 de octubre de 1905, tuvo que entreabrir las pesadas puertas del poder y, a pesar de todos los esfuerzos de la reacción, en aquellas puertas quedó una pequeña abertura para siempre. La revolución no triunfó. Como hace ahora doce años, en el poder se encuentran casi los mismos personajes. Pero la revolución hizo irreconocible a Rusia. El imperio del inmovilismo, de la esclavitud, de la ortodoxia, del vodka y de la sumisión, se convirtió en el imperio de la fermentación, de la crítica y la lucha. Allí donde no había más que una masa (el pueblo gris y sin forma, la “Santa Rusia”) se alzaron nuevas clases conscientes, nacieron nuevos partidos con programas y métodos de combate. La nueva historia rusa nació el 9 de enero. Desde esta fecha sangrienta no es posible ninguna vuelta atrás, y el asiatismo maldito de los siglos pasados ya no volverá.

El camino de la nueva historia rusa no lo han abierto ni la burguesía liberal, ni la democracia pequeñoburguesa, ni la intelligentsia radical y la multitud campesina, sino el proletariado. Sobre él, haciendo de él los fundamentos, nosotros, socialdemócratas, edificamos nuestras conclusiones y elaboramos nuestra táctica. El 9 de enero, a la cabeza de los trabajadores marchaba el pope Gapón, figura fantástica en la que se mezclaba el aventurero, el histérico y el provocador. Su sotana era el cordón umbilical que ligaba a los trabajadores a la antigua Rusia, la “Santa Rusia”. Pero nueve meses más tarde, durante la huelga de octubre, la más gran huelga que haya conocido la historia, a la cabeza de los trabajadores petersburgueses se encontraba una organización elegida, independiente: el Comité de Delegados Obreros. En ella figuraban muchos antiguos partidarios de Gapón pero, durante algunos meses de revolución, habían crecido igual que la clase a la que representaban. Gapón, vuelto secretamente a Rusia, intentó reconstruir su organización y hacer de ella un arma al servicio de Witte. Los partidarios de Gapón, los “fieles”, participaron en nuestras reuniones, pero en ellas no hicieron otra cosa más que cantar los funerales en memoria de las víctimas del 9 de enero.

Durante el primer período de la ofensiva revolucionaria, el proletariado obtuvo la simpatía e incluso el apoyo de los liberales. Los partidarios de Miliukov confiaban en que

⁵⁴ *Novy Mir*, 20 de enero de 1917. EIS.

los trabajadores restregarían los costados del zarismo y lo volverían más dócil para un acuerdo con la oposición burguesa. Pero la burocracia zarista, habituada desde hacía siglos a dominar al pueblo, no se apresuró a repartir el poder con el pueblo liberado. En octubre de 1905, la burguesía se convenció de que el único medio de acceder al poder era romperle la espina dorsal al zarismo. Pero esta tarea salvadora sólo la podía realizar la revolución.

El problema radicaba en esto: la revolución empujó a primer plano a la clase obrera y la confirmó con una hostilidad irreductible no solamente frente al zarismo sino, también, frente al capitalismo. En el curso de los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1905, observamos que cada avance revolucionario del proletariado rechaza a los liberales al campo zarista. Toda esperanza de colaboración entre los trabajadores y la burguesía no era más que utopía. Para quien haya visto todo esto y no lo haya entendido, para quien todavía sueña con el levantamiento “general y nacional” contra el zarismo, la revolución y la lucha de clases constituyen un libro cerrado con siete llaves.

A fines de 1905 la cuestión se planteó brutalmente. La monarquía se convenció de que la burguesía jamás acudiría en ayuda de los proletarios en el momento decisivo y se decidió a marchar contra los revolucionarios con todas sus fuerzas. Llegaron los siniestros días de diciembre. El Comité de Delegados Obreros fue arrestado por el regimiento Ismailovsky. La respuesta revolucionaria fue grandiosa. En Petrogrado estalló la huelga, el pueblo se levantó en Moscú, en todos los centros industriales se produjeron movimientos revolucionarios y en el Cáucaso y Letonia rebeliones. El movimiento revolucionario fue aplastado. No faltaron “socialistas”, o así llamados, para llegar a la conclusión que la revolución era imposible sin el concurso de los liberales. Si debía ser así, ello significaría que la revolución es imposible en Rusia.

Nuestra gran burguesía industrial (sólo ella es muy fuerte) está separada del proletariado por el odio de clases y necesita a la monarquía para protegerse. Los Guchov, Krestovnikov y Riabuchinsky⁵⁵ sólo pueden ver en el proletariado a su enemigo mortal. La mediana y pequeña burguesía industrial sólo tienen un ínfimo significado en la vida económica del país y están enredadas en sus dependencias frente al capital. Los partidarios de Miliukov sólo juegan un papel político como comisarios de la gran burguesía. Por ello el líder cadete ha llamado “harapo rojo” a la bandera de la revolución; recientemente ha declarado que si se necesitaba la revolución necesaria para vencer a los alemanes, no quería la victoria.

El campesinado ocupa un lugar enorme en la vida rusa: en 1905 iba a caer a su nivel más bajo. Ciertamente que los campesinos expulsaban a sus señores, incendiaron las haciendas, se apoderaron de las tierras de los nobles; pero los campesinos resultaron malditos por su negligencia, incultura e incompreensión. Se levantaban contra sus opresores locales, pero quedaron aterrorizados ante los opresores de toda la nación. Peor aún, los campesinos movilizados no comprendieron que el proletariado derramaba su sangre no sólo por sí mismo sino también por ellos y, en tanto que instrumento ciego al servicio del poder, los campesinos aplastaron la insurrección en diciembre de 1905.

Quien se acuerda de la tentativa de 1905 entiende hasta qué punto son quiméricas y lamentables las esperanzas de los socialpatriotas de hacer colaborar a los proletarios y a los burgueses liberales. En doce años, el capitalismo ha hecho enormes progresos. Los medianos y pequeñoburgueses han caído bajo una dependencia mayor de los bancos y trust. El proletariado, con efectivos acrecidos, está separado de las clases burguesas por un foso más hondo todavía que el de 1905. Si una revolución “nacional general” no se

⁵⁵ Guchkov, Riabuchinsky y Krestovnikov son representantes del gran capital en Rusia. Guchkov es el líder del partido moderadamente liberal de los octubristas. Fue ministro de guerra en el primer gabinete tras el derrocamiento de los Romanov.

produjo hace doce años aún tiene menos posibilidades de estallar ahora. Es cierto que se ha elevado el nivel cultural y político de los campesinos. Pero, hoy menos aún que en 1905, en el campesinado no se pueden depositar esperanzas sobre su papel revolucionario. *El proletariado no puede encontrar apoyo real más que entre los proletarios y semiproletarios del campo.*

Bajo estas condiciones ¿existen posibilidades para el triunfo?, nos pregunta un escéptico. Es una pregunta particular; en las columnas de *Novy Mir* nos esforzamos en mostrar que esas posibilidades existen y que son sólidas. Pero antes de abordar esta cuestión nos es necesario barrer todas las ilusiones en cuanto a una posibilidad de acuerdo entre el trabajo y el capital en la lucha contra el zarismo. La tentativa de 1905 nos enseña que tal colaboración es una vana utopía. Examinar a fondo esa tentativa, sacar enseñanzas de ella, es el deber de todo trabajador consciente y deseoso de evitar errores fatales. En este orden de ideas hemos dicho más arriba que los aniversarios revolucionarios no son días de conmemoración sino de enseñanzas.

En el umbral de la revolución

Este ensayo fue escrito el 13 de marzo de 1917⁵⁶, cuando las primeras noticias de los disturbios en Petrogrado llegaron a Nueva York.

Las calles de Petrogrado hablan de nuevo el lenguaje de 1905. Como en tiempos de la guerra ruso-japonesa, los trabajadores reclaman pan, paz y libertad. Como en 1905, los tranvías no funcionan y los diarios no salen. El gobierno envía a sus cosacos. Y de nuevo se puede ver en las calles de la capital a estas dos fuerzas: los obreros revolucionarios y las tropas zaristas.

La falta de pan ha provocado el movimiento. Evidentemente éste no es un motivo fortuito. En todos los países beligerantes las restricciones de productos alimentarios son la causa del descontento de las masas. Toda la demencia de la guerra queda iluminada por este hecho brutal: sólo se produce lo que es indispensable para la vida porque hay que fabricar ingenios de muerte.

Las explicaciones dadas por las agencias telegráficas anglorusas intentan rebajar el asunto al nivel de una simple falta de pan momentánea y a las nevadas, señalando así la estupidez de esta política del avestruz que oculta la cabeza bajo el suelo cuando se aproxima el peligro. Los trabajadores no se echan a la calle para enfrentarse a los cosacos por simples nevadas que, a veces, causan dificultades de abastecimiento.

Mucha gente tiene la memoria corta y numerosas personas de entre esa gente (incluso en nuestros propios círculos) han olvidado que Rusia se vio sorprendida por la guerra en plena fermentación revolucionaria. Tras la dura represión de 1908-1911 los proletarios curaron sus heridas y los disparos sobre los huelguistas en el Lena han despertado la energía revolucionaria de las masas. Comenzó la oleada de huelgas y durante el año precedente a la guerra, la oleada huelguística alcanzó una amplitud solamente conocida en 1905. En el verano de 1914, cuando Poincaré visitó al zar (seguramente para ponerse de acuerdo sobre el medio de salvar a las pequeñas naciones), el presidente francés pudo ver con sus propios ojos, en las calles de la capital de su amigo, las primeras barricadas de la segunda revolución rusa.

La guerra rompió ese oleaje revolucionario. Se repitió lo que pasó durante la guerra ruso-japonesa. Tras las huelgas tumultuosas de 1903, observamos durante el primer año de la guerra un apaciguamiento político casi total: los trabajadores petersburgueses necesitaron doce meses para recuperarse y lanzarse a las calles. Esto se produjo el 9 de enero de 1905, cuando comenzó nuestra primera revolución, por decirlo así.

La guerra actual es bastante más grandiosa que el conflicto ruso-japonés. Al movilizar a millones de trabajadores, el zarismo no solamente ha roto las filas de las masas proletarias, sino que les ha planteado a las capas más evolucionadas interrogantes de la mayor importancia. ¿Por qué la guerra? ¿Cuál debe ser la táctica de la clase obrera durante la guerra? El zarismo y sus aliados, las esferas noble y capitalista, han desvelado durante la guerra su incapacidad para resolver los problemas de producción creados por

⁵⁶ *Novy Mir*, 13 de marzo de 1917, Nueva York. EIS.

la guerra. La miseria de las masas crece (la miseria inevitable de la guerra) multiplicada por la criminal incapacidad del zarismo “rasputiniano”.

En las capas más atrasadas, que puede que nunca hayan escuchado hablar de agitación revolucionaria, los acontecimientos han hecho penetrar un profundo sentimiento de odio contra las clases dirigentes. Al mismo tiempo, la capa evolucionada de los trabajadores ha comenzado elaborando un proceso de crítica de los acontecimientos. El proletariado socialista se ha recuperado del golpe asestado por la quiebra de la internacional y ha entendido que la nueva era exige el endurecimiento de la lucha. Lo que se está desarrollando en Petrogrado y Moscú es el resultado de ese trabajo interno de preparación.

El poder está desorganizado, comprometido y desgarrado. El ejército está dislocado. Las clases dirigentes están descontentas, ya no creen y tienen miedo. El proletariado se forja al fuego de los acontecimientos. Todo nos da derecho a decir que somos testigos de los inicios de la Segunda Revolución Rusa. Confiamos en que muchos de nosotros participemos en ella.

Dos rostros (Las fuerzas internas de la revolución)⁵⁷ (1917)

Miremos desde más cerca qué pasa. Nicolás ha sido depuesto y, por lo que algunos cuentan, se encuentra a buen recaudo. Los “centurias negras” más conocidos han sido arrestados; los más odiados han resultado muertos. El nuevo ministerio se compone de liberales, octubristas y radicales de Kerensky. Se ha declarado una amnistía general.

Estos son hechos impresionantes, grandes hechos. Son los hechos más visibles para el mundo exterior. Sobre la base de estos hechos, las burguesías europea y norteamericana declararon a la revolución como terminada y victoriosa. El zar y sus “centurias negras” sólo se batieron para conservar el poder. La guerra, los planes imperialistas de la burguesía, los intereses de los “Aliados”, todo ello pasó a segundo plano. Estaban dispuestos a firmar la paz con el enemigo para dejar libres, así, tropas fieles y lanzarlas contra su propio pueblo.

El bloque progresista de la Duma⁵⁸ no se fiaba del zar, menos aún de sus ministros. Ese bloque se componía de diversas fracciones de la burguesía. El bloque tenía dos objetivos: primero, llevar la guerra hasta el final, hasta la victoria; después, promulgar reformas internas: más orden, control y responsabilidad. La victoria le era indispensable a la burguesía para la conquista de mercados, para la puesta en valor de las tierras, para su enriquecimiento. La reforma era indispensable para obtener la victoria. Pero el bloque liberal-progresista quería una reforma pacífica. Los liberales se esforzaban en controlar la presión de la Duma sobre la monarquía y dominarla con la colaboración de los gobiernos francés e inglés. No querían la revolución. Sabían que la revolución, al llevar a primer plano a las fuerzas obreras, amenazaba sus planes imperialistas. Las masas trabajadoras (en las ciudades, en los campos y en el seno del ejército) querían la paz. Los liberales lo sabían. Por ello siempre fueron enemigos de la revolución. Hace ahora algunos meses, Miliukov declaraba: “Si es indispensable una revolución para la victoria, yo rechazaría la revolución”. Pero gracias a la revolución los liberales están en el poder. Fuera de este hecho, los periodistas burgueses no ven otra cosa. En tanto que ministro de asuntos extranjeros, Miliukov ha declarado: la revolución se ha hecho en nombre de la victoria sobre el enemigo exterior, y el nuevo gobierno tiene la intención de llevar la guerra hasta el final. La bolsa neoyorquina ha juzgado así la revolución: los liberales están en el poder, harán falta, pues, más obuses.

Entre los jugadores de bolsa y los periodistas burgueses hay un gran número de personas inteligentes. Pero se vuelven obtusos cuando se trata de juzgar a los

⁵⁷ Tomado de “*Dos rostros (Las fuerzas internas de la revolución)*”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano.

⁵⁸ El 3 de junio de 1907 fue el día en que, tras la disolución de la primera y segunda dumas, el gobierno del zar, desafiando la constitución, promulgó una nueva “ley electoral” que eliminaba del cuasiparlamento ruso a grandes grupos de votantes democráticos, asegurándose así una mayoría “mansa” y obediente a las órdenes del gobierno. Decir “La Duma del 3 de junio equivale a decir: “una дума dominada por los representantes de los ricos terratenientes y las grandes empresas” generalmente trabajando mano a mano con la autocracia, aunque pretendan ser representantes del pueblo. En la Duma del 3 de junio, los octubristas y todos los partidos a su derecha estaban con el gobierno, los demócratas constitucionales (cadetes) y todos los partidos a su izquierda estaban en la oposición. En 1915 se formó en la дума el Bloque Progresista. Incluía a varias facciones liberales y conservadoras, junto con los cadetes, y se oponía al gobierno. Su programa era un gobierno responsable ante la дума.

movimientos obreros. Les parece que Miliukov conduce la revolución como si condujese sus propios asuntos. Solo ven la expresión liberal-progresista del desarrollo de los acontecimientos, fleco de espuma en la superficie de la corriente histórica.

El descontento de las masas, tanto tiempo contenido, ha estallado muy tarde, a los treinta y dos meses de guerra; no porque estuviese embridado por la represión policial, sino porque los liberales habían convencido a las masas de la necesidad “patriótica” de la disciplina y del orden. Hasta el último momento, en el que las mujeres hambrientas se lanzaron a la calle y las apoyaron los obreros con la huelga, los liberales intentaron taponar el curso de los acontecimientos, pareciéndose a la heroína de Dickens que quería retener la marea con un cepillo de limpiar.

Pero el movimiento vino de abajo, de los barrios obreros. Tras horas y días de indecisión y disparos, los mejores elementos del ejército confraternizaron con los insurgentes. El poder se mostró impotente, paralizado, destrozado. Los burócratas de las “centurias negras” se ocultaron como cucarachas.

Solamente entonces le llegó el turno a la Duma. El zar intentó disolverla en el último minuto. Lo habría hecho, “siguiendo el ejemplo de los últimos años”, si hubiese tenido la posibilidad de hacerlo. Pero el pueblo ya triunfaba en las calles, ese mismo pueblo que había salido para la lucha, contra la voluntad de los liberales. El ejército marchaba junto al pueblo. Si la burguesía no hubiese organizado su poder, el gobierno habría sido constituido por los insurgentes. La Duma jamás se habría decidido a arrancar el poder de manos del zar. Pero no podía dejar de aprovechar el interregno: la monarquía desaparecía de la superficie de la tierra, el poder revolucionario todavía no se había constituido.

Está fuera de cualquier duda que los Rodzianko habrían querido dar marcha atrás. Pero por encima de ellos planeaba el control de los gobiernos francés e inglés. La participación de los Aliados en la formación del Gobierno Provisional es indiscutible. Entre las perspectivas de una paz por separado por parte de Nicolás y la toma del poder por las masas, los Aliados preferían ver al gobierno en manos de los imperial-progresistas. La burguesía rusa va corta de dinero, y los “consejos” del embajador inglés resuenan en sus oídos como tantas otras órdenes. La burguesía se encuentra en el poder contrariamente a toda su historia pasada, a su política y a su voluntad liberal.

Miliukov habla de la guerra hasta “el final”. Estas palabras no le han salido fácilmente de la garganta: sabe que suscitarán la indignación de las masas y las levantarán contra el poder. Pero Miliukov debe expresarse así por la Bolsa de París, Londres, y... Nueva York. Es verosímil que Miliukov haya teleografiado su declaración al extranjero, cuidándose mucho de darla a conocer en Rusia. Pues Miliukov sabe muy bien que, bajo las actuales condiciones, no puede vencer a los alemanes y apoderarse de Constantinopla y Polonia. Las masas se han levantado para obtener pan y paz. La llegada al poder de algunos liberales no ha alimentado a los hambrientos y no ha curado las heridas. Para satisfacer las necesidades imperativas del pueblo es preciso hacer la paz. Pero el bloque liberal-imperialista no puede permitirse hacer alusión a la paz. Primeramente a causa de los Aliados. En segundo lugar, porque la burguesía liberal carga ante el pueblo con una gran responsabilidad en lo que atañe a la guerra. Concertadamente con la camarilla “romanoviesca”, los Miliukov y Guchov precipitaron a la nación en este espantoso conflicto. La perspectiva de acabar esta guerra nefasta, volver al hogar destruido, está al alcance del pueblo. Miliukov y Guchov temen el fin de la guerra tanto como a la revolución.

Tal es su posición gubernamental: están obligados a hacer la guerra no pudiendo contar con una victoria; temen al pueblo y éste no confía en ellos.

“... Desde el principio, presta ya a traicionar al pueblo y a tratar con los representantes de la antigua sociedad, pues ella misma pertenece a esta sociedad..., manteniéndose en el timón de la revolución, no porque el pueblo la sostuviese sino porque el pueblo la había puesto ante él... sin confianza en sí misma, sin confianza en el pueblo, quejándose de las clases dirigentes, temblando ante las clases inferiores, egoísta en los dos frentes y conociendo su egoísmo, revolucionaria contra los conservadores, conservadora contra los revolucionarios, no creyendo en sus propios eslóganes, con frases en lugar de ideas, asustada por la tempestad mundial y explotando esta tempestad mundial; banal, ya que desprovista de originalidad, original pero solamente en la banalidad; traidora a sus propios deseos, sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, sin misión histórica; vieja maldita que debe dirigir y explotar los primeros movimientos juveniles de un gran pueblo; ciega, sorda, desdentada, así aparecía tras la revolución de marzo la burguesía prusiana que detentaba el poder”. (Karl Marx)

En estas palabras de un gran maestro se tiene el retrato acabado de la burguesía liberal rusa tras nuestra revolución de marzo. “Sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, desdentada, ciega”, tal es su apariencia política.

Afortunadamente para Rusia y Europa, la revolución rusa tiene dos rostros. Telegramas nos hacen saber que un Comité de Trabajadores se opone al Gobierno Provisional y ya ha protestado contra la tentativa de los liberales de confiscar la revolución en su propio beneficio y devolverle el poder a la monarquía.

Si la revolución se detiene ahora, como lo quisieran el liberalismo, la coalición de los nobles, del zar y de la burocracia, “eyectaría” a Guchoy y Miliukov igual que la contrarrevolución prusiana expulsó a los representantes del liberalismo prusiano.

Pero la revolución no se detendrá. Y en su desarrollo futuro barrerá de su camino a los burgueses liberales como ahora ha barrido a la reacción zarista.

El conflicto en aumento (Las fuerzas internas de la revolución)⁵⁹
(1917)

Es inevitable un conflicto entre las fuerzas de la revolución, a la cabeza de las cuales se encuentra el proletariado, y el liberalismo burgués antirrevolucionario. Evidentemente que se pueden (y se emplean en ello activamente el burgués liberal y el socialtraidor) acumular grandes palabras sobre la predominancia de la unidad nacional en relación con la separación de las clases. Pero nadie ha logrado todavía descartar mediante conjuros las contradicciones sociales y detener el desarrollo natural de la lucha revolucionaria.

La historia de los acontecimientos que se desarrollan actualmente sólo la conocemos a través de ecos y consideraciones filtradas a través de los telegramas oficiales. Es preciso llamar la atención sobre dos puntos que opondrán al proletariado revolucionario y a los liberales.

El primer conflicto lo ha provocado la cuestión de la forma del gobierno. El liberalismo necesita a la monarquía. En todos los países que llevan adelante una política imperialista observamos el crecimiento extraordinario del poder personal. El rey de Inglaterra, el presidente francés y, recientemente, el presidente de los EEUU, han tomado en sus manos una gran parte del poder. La política de conquistas mundiales, negociaciones secretas, traiciones abiertas, exige la independencia ante el parlamento. Por otra parte, la monarquía constituye una preciosa ayuda para los liberales en lucha contra la mentalidad revolucionaria del proletariado. En Rusia, esas dos causas actúan con mayor fuerza que en ninguna otra parte. La burguesía rusa considera que es imposible rechazar el sufragio universal pues ese rechazo “dirigiría” a las masas contra el Gobierno Provisional y le daría la predominancia al ala más decidida del proletariado. Incluso el monarca “en reserva”, Miguel Alexandrovich, entiende la imposibilidad de acercarse al trono por una vía diferente a la del “derecho de voto, igual para todos, directo, general y secreto”. Es mucho más importante para la burguesía constituir un contrapeso contra las profundas exigencias social-revolucionarias de las masas trabajadoras. Cuenta con hacer que se resuelva la cuestión en la próxima Asamblea Constituyente. Pero en realidad, el gobierno y el ministerio octubrista y cadete transforman el trabajo preparatorio para el establecimiento de la Constituyente en una lucha a favor de la monarquía contra la república. La suerte de la Constituyente dependerá enormemente de quién la convoque y de qué manera la convoque. En consecuencia, el proletariado debe, desde ahora mismo, oponer sus organismos de combate a los del Gobierno Provisional. En esta lucha, el proletariado debe tener como objetivo esencial la toma del poder agrupando alrededor de él a las masas trabajadoras. Solamente un gobierno proletario tendrá la voluntad y la capacidad, incluso durante los preparativos de la Constituyente, para proceder a una depuración radical y democrática en el país, para reformar el ejército, hacer de él una milicia revolucionaria y demostrarles a los campesinos que su salvación sólo puede llegar de un régimen obrero revolucionario. Tal tarea movilizará a las fuerzas creadoras del país y será la principal arma en el desarrollo ulterior del conflicto.

La segunda cuestión que debe oponer implacablemente el proletariado revolucionario al liberalismo es la actitud ante la guerra y la paz.

⁵⁹ Tomado de “[El conflicto en aumento \(Las fuerzas internas de la revolución\)](#)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano. Publicado en *Novy Mir*, 19 de marzo de 1917, Nueva York.

¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)⁶⁰ (1917)

La cuestión que interesa sobre todas las cosas a los gobiernos y pueblos del mundo entero, a saber ¿qué influencia tendrá sobre el curso de la guerra la revolución rusa? ¿Hará ésta que se aproxime la paz? O bien, por el contrario ¿no se orientará el entusiasmo revolucionario hacia una prolongación de las hostilidades? Es una cuestión grave. De su resolución, en uno u otro sentido, dependen tanto el destino de la guerra como, también, el de la misma revolución.

En 1905, Miliukov llamaba a la guerra ruso-japonesa una aventura y exigía el inmediato cese del conflicto. Toda la prensa liberal y radical escribía en ese sentido. Las más potentes organizaciones industriales se declaraban (a pesar de derrotas sin parangón) a favor del fin de la guerra. ¿Cómo explicar esto? Gracias a la esperanza en una reforma interna. El establecimiento de un orden constitucional, el control parlamentario sobre el presupuesto y la economía, la difusión de la enseñanza y la reforma agraria, habrían debido elevar el nivel de vida, aumentar la población y crear un inmenso mercado interno para la industria. Es cierto que la burguesía rusa estaba dispuesta a apoderarse de cualquier tierra extranjera, pero daba por descontado que el enriquecimiento de los campesinos le ofrecería un mercado más pujante que Manchuria o Corea.

Sin embargo, se demostró que democratizar al país y enriquecer a los campesinos no era cosa tan fácil. Ni el zar ni su nobleza, ni la clase de los funcionarios, consintieron en ceder ni una pulgada de sus privilegios. Recibir de sus manos la máquina gubernamental y tierras no podía hacerse mediante los procedimientos de los liberales; se necesitaba la potente presión de las masas. Pero la burguesía no la quería. Las revueltas campesinas, la lucha sin cesar más dura del proletariado y el crecimiento de la agitación en el ejército, rechazaron a la burguesía liberal al campo de la burocracia zarista y de la reacción constituida por los nobles. Su unión se vio reforzada por la media vuelta gubernamental del 3 de junio de 1907. De ésta nacieron la Duma del mismo nombre y la que actualmente está en ejercicio.

Los campesinos no recibieron tierra alguna. Las instituciones gubernamentales cambiaron más de forma que de realidad. No se obtuvo la creación de un rico mercado interno siguiendo el modelo de los granjeros norteamericanos. Las clases capitalista, reconciliándose con el régimen, se esforzaron en conquistar los mercados exteriores. Se asistió al inicio de un nuevo imperialismo ruso, con una economía gubernamental y militar depravada y de apetitos insaciables. Guchov sesionaba en la Comisión de Defensa Nacional que debía acelerar el desarrollo del ejército y de la flota. Miliukov elaboraba un programa de anexiones y lo difundía a través de Europa.

Una gran parte de la responsabilidad de la guerra recae sobre el imperialismo ruso y sus representantes octubristas y cadetes: sobre este punto, los Guchov y Miliukov no tienen nada que reprocharles a los Bachibuzuk del imperialismo alemán: tanto monta, monta tanto.

Guchov y Miliukov están en el poder gracias a la revolución, que no han deseado y contra la que luchan. Quieren la prolongación de la guerra. Quieren victorias. ¡Y qué se sabe más! Han arrastrado al país a la guerra para servir a los intereses del capitalismo.

⁶⁰ Tomado de “¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano. Publicado en *Novy Mir*, 20 de marzo de 1917, Nueva York.

Toda su oposición al zarismo provenía de la insatisfacción de sus apetitos capitalistas. Mientras se mantuvo en el poder la camarilla de Nicolás la política extranjera estaba dominada por los intereses dinásticos y reaccionarios. Por ello, en Berlín y en Viena, siempre se confiaba en llegar a la firma de una paz por separado. Ahora, en la bandera gubernamental están inscritos los intereses de un imperialismo integral. “Ya no existe el poder zarista [le dicen Guchov y Miliukov al pueblo] ahora debéis derramar vuestra sangre por el interés nacional de todos.” Bajo esas palabras los imperialistas entienden el retorno de Polonia, la conquista de Galicia, Constantinopla, Armenia y Persia. Con otras palabras, Rusia se coloca al mismo nivel que el resto de estados europeos y, ante todo, el de sus Aliados: Francia e Inglaterra.

Inglaterra es una monarquía parlamentaria, Francia es una república. En ellas están en el poder liberales e incluso socialpatriotas. Pero esto no cambia en nada el carácter imperialista de la guerra; por el contrario: lo camufla. Y los trabajadores revolucionarios llevan adelante una lucha implacable contra la guerra tanto en Inglaterra como en Francia.

El cambio del imperialismo dinástico a un imperialismo puramente burgués no reconcilia al proletariado con la guerra. La lucha internacional contra el imperialismo sigue siendo, más que nunca, nuestro objetivo supremo. Los telegramas relatando manifestaciones contra la guerra en las calles de Petrogrado confirman que nuestros camaradas cumplen valerosamente con su deber.

Las jactancias imperialistas de Miliukov (aplantar a Alemania, Austria y Turquía) sirven de la mejor manera de las posibles a los Hohenzollern y Habsburgo. Miliukov ejerce ahora el papel de espantapájaros. Antes incluso de haber procedido a una reforma del ejército, el Gobierno Provisional ayuda a los Hohenzollern a sostener el espíritu patriótico y a mantener la “unidad” del pueblo alemán que cede por todas partes. Si el proletariado alemán llegase a creer que el proletariado ruso, la principal fuerza revolucionaria, apoya al gobierno burgués, eso sería un terrible golpe para nuestros hermanos de Alemania. La conversión de los trabajadores rusos en una carne de cañón patriótica al servicio del liberalismo burgués empujaría a las masas alemanas al campo del chovinismo y frenaría durante mucho tiempo el desarrollo de la revolución en Alemania.

El primer deber del proletariado ruso es mostrar que el gobierno no tiene el apoyo de las masas. La revolución rusa debe desvelarle al mundo entero su gran figura, es decir su hostilidad irrenunciable a la reacción y al imperialismo liberal.

El futuro desarrollo de la lucha revolucionaria y la creación de un Gobierno Obrero Revolucionario descargarían un golpe mortal sobre los Hohenzollern pues le darían un fuerte impulso al movimiento revolucionario alemán, así como, también, a las masas del resto de naciones europeas. Si la primera revolución rusa de 1905 provocó revueltas en Asia, Persia, Turquía y China, la segunda marcará el inicio de una gigantesca lucha social y revolucionaria en Europa. Solo esto aportará una paz duradera a la Europa cubierta de sangre.

No, el proletariado ruso no se dejará encadenar al carro del imperialismo miliukoviano. Sobre los estandartes de la socialdemocracia rusa, más vivos que nunca, brillan las consignas del internacionalismo intransigente:

¡Abajo los codiciosos imperialistas!
¡Viva el Gobierno Obrero Revolucionario!
¡Viva la paz y la fraternidad entre los pueblos!

Trotsky en el estrado de Petrogrado (De un periódico ruso)

Trotsky, siempre Trotsky.

Desde la última vez que lo vi, ha ascendido de rango: se ha convertido en el presidente del Sóviet de Petrogrado. Ha sucedido a Chcheidze, el líder sabio y sobrio que ha perdido la confianza de las masas revolucionarias. Ocupa el lugar de Lenin, el líder reconocido del ala izquierda de la socialdemocracia, cuya ausencia de la capital se debe a causas externas y accidentales.

Me parece que Trotsky se ha vuelto más nervioso, más triste y más comedido. Algo como un escalofrío helado emana de sus ojos profundos e inquietos; una sonrisa fría, decidida e irónica juega alrededor de sus móviles labios judíos, y hay un escalofrío en sus palabras bien equilibradas y claras que lanza a su auditorio con una calma peculiar.

Parece casi solitario en el estrado. Sólo un pequeño grupo de seguidores aplaude. Los demás protestan contra sus palabras o le lanzan miradas airadas e inquietas. Se encuentra en una reunión hostil. Es un extraño. ¿No es también un extraño para quienes le aplauden y en cuyo nombre habla desde esta tribuna?

Tranquilo y sereno, mira a sus adversarios, y se siente que es una alegría especial para él ver la rabia, el miedo, la excitación que provocan sus palabras. Es un Mefistóles que lanza palabras como bombas para crear una guerra de hermanos junto a la cama de su madre enferma.

Sabe de antemano qué palabras tendrán el mayor efecto, las que provocarán el resentimiento más amargo. Y cuanto más extremas, más dolorosas son sus palabras, más firme y fuerte es su voz, más lento es su discurso, más desafiante es su tono. Dice una frase, luego se detiene para esperar a que pase la tormenta, luego repite su afirmación, con una entonación más aguda y con más desdén en su tono. Sólo sus ojos se vuelven más nerviosos, y en ellos arde un peculiar inquietante fuego.

Esta vez no habla; lee una declaración escrita. La lee con pausas, a veces acentuando las palabras, a veces pasándolas rápidamente por alto, pero todo el tiempo es consciente del efecto y espera una respuesta.

Su voz es la voz de un profeta, de un predicador: “¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro! ¡El pueblo está en peligro!”

Es un extraño en el estrado y, sin embargo, corrientes eléctricas fluyen de él a su entorno, creando un entusiasmo sincero, aunque primitivo, por un lado, y por otro ira y rencor. Abre vastas perspectivas ante las ingenuas masas fieles:

“¡Viva una paz inmediata, honesta y democrática!”

“¡Todo el poder a los sóviets de obreros! ¡Toda la tierra para el pueblo!”

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- 01. *Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- 02. *Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- 03. *Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - 04. *Obres escollides de Lenin en català*
 - 05. *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - 06. *León Sedov: escritos*
 - 07.a *Liga de los Comunistas*
- 07.b *Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- 08.a *Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - 08.b *Internacional de Mujeres Socialistas*
- 09. *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - 10. *Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- 11. *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- 12.a *Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - 12.b *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - 13. *Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - 14. *Lenin: dos textos inéditos*
 - 15. *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- 17. *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- 18. *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- 16. *Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

